

# Los estudios del discurso en las ciencias sociales

Percepción, palabras, muestra, transformando, mundo, imágenes, prácticas, yo, rodea, forma, segmentarlo, mejorar, palabras, preguntas, motivación, buenas, sirve, do, ten, mejorar, quejan, sistemas, relevancia, su mundo, introducción, grupo social?, personas, conocimiento, imágenes, filósofos, percibidos, analista, obtener, universo, creciente, ardido, transformo, estudiantes, general, simbólicos, ayudan, semiótica, y discursos, multimodales, Poder, objeto, zónas, metodológicos, notas, Identidad, comparado, páginas, disciplinas, igual, lenguaje, manera, parte, caminos, el lado, Investigaciones, laberinto, cómo, problemáticas, va, dinámicas, visibles, estudio, lugar, compleja, facetas, percibimos, diversos, sociodigitales, por, mutuas, concierne, acervos, mirada, era, ya, realidad, literatura, estudios, comunicación, sistemática, recopilación, documental, antes, propuestas, sólo, sistemática

Eva Salgado Andrade



LOS ESTUDIOS DEL DISCURSO  
EN LAS CIENCIAS SOCIALES

# UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO

*Rector* • ENRIQUE LUIS GRAUE WIECHERS

*Secretario General* • LEONARDO LOMELÍ VANEGAS

*Secretario Administrativo* • LEOPOLDO SILVA GUTIÉRREZ

*Abogada General* • MÓNICA GONZÁLEZ CONTRÓ

*Director General de Publicaciones y Fomento Editorial* • SOCORRO VENEGAS PÉREZ

## FACULTAD DE CIENCIAS POLÍTICAS Y SOCIALES

*Directora* • ANGÉLICA CUÉLLAR VÁZQUEZ

*Secretario General* • ARTURO CHÁVEZ LÓPEZ

*Secretario Administrativo* • JUAN MANUEL LÓPEZ RAMÍREZ

*Jefe del Departamento de Publicaciones* • ILAN EDWIN GARNETT RUIZ



FACULTAD DE CIENCIAS  
POLÍTICAS Y SOCIALES



UNIVERSIDAD NACIONAL  
AUTÓNOMA DE MÉXICO

**LOS ESTUDIOS DEL DISCURSO  
EN LAS CIENCIAS SOCIALES**

**EVA SALGADO ANDRADE**

Esta investigación, arbitrada a “doble ciego” por especialistas en la materia, se privilegia con el aval de la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales, UNAM.

***Los estudios del discurso en las ciencias sociales***

Eva Salgado Andrade

Primera edición: 16 de octubre de 2019.

D.R. © Universidad Nacional Autónoma de México.

Facultad de Ciencias Políticas y Sociales.

Circuito Cultural Mario de la Cueva, Ciudad Universitaria C.P. 04510,

Alcaldía Coyoacán, CDMX.

ISBNe: 978-607-30-2557-7

Cuidado de la edición: Domingo Cabrera Velázquez.

Esta publicación no puede ser reproducida ni en todo ni en parte, ni registrada en, o transmitida por un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electro-óptico, por fotocopia o cualquier otro sin el permiso previo por escrito de la Universidad Nacional Autónoma de México.

Impreso en México / Printed in Mexico.

## ÍNDICE

<b>Introducción</b> .....	9
<b>Capítulo 1. El discurso y sus camaleónicas formas</b> .....	14
1.1. ¿Cómo definir al discurso? .....	14
1.2. La inseparable dualidad de lenguaje y pensamiento .....	19
1.3. El discurso como vehículo de la ideología .....	21
1.4. El poder se materializa en discursos .....	25
1.5. La construcción de identidad como práctica discursiva .....	28
1.6. El discurso y la construcción social de la realidad .....	31
1.7. La dimensión discursiva de las representaciones sociales .....	34
1.8. El discurso y la transmisión de la memoria social .....	36
1.9. El discurso y su relación con la percepción .....	39
<b>Capítulo 2. Conceptos fundamentales para el estudio del discurso</b> .....	41
2.1. La filosofía del lenguaje y la relación entre pensamiento, lenguaje y mundo .....	42
2.2. La lingüística frente al estudio del lenguaje verbal en contexto .....	48
2.3. Teoría de la argumentación .....	54
2.4. La semiótica y su contribución al estudio de los lenguajes en contexto .....	56
2.5. Relación entre ciencias de la comunicación y estudios del discurso .....	59
2.6. El discurso desde una mirada interdisciplinaria .....	63
<b>Capítulo 3. Consideraciones epistemológicas para los estudios del discurso</b> .....	68
3.1. La construcción del objeto de estudio .....	69
3.2. La pregunta general de investigación y la hipótesis .....	71
3.3. Contexto, condiciones generales de enunciación e identificación de géneros .....	78
<b>Capítulo 4. Obtención de datos y primer acercamiento al corpus</b> .....	82
4.1. La construcción o recopilación de datos .....	82
4.2. Del acervo al <i>corpus</i> .....	85
4.3. Sistematizar los materiales e identificar los temas para una visión macro .....	87

<b>Capítulo 5. Las respuestas del discurso</b> .....	94
5.1. Niveles sintáctico y semántico: signos y sus relaciones entre sí y con la realidad .....	98
5.1.1. Los actores .....	105
5.1.2. Las acciones .....	107
5.1.3. La modalización .....	109
5.2. Nivel pragmático: encontrar relaciones mutuas y dinámicas entre discurso y contexto .....	113
5.2.1. El discurso y sus nexos .....	114
5.2.2. Autoconstrucción de hablante y construcción de interlocutores o adversarios .....	116
5.2.3. Juegos del lenguaje, formas de vida, ver cómo y parecidos de familia .....	120
5.3. Confrontar el análisis con la teoría: preguntas tentativas a manera de ejemplo .....	123
<b>Conclusiones</b> .....	130
<b>Bibliografía</b> .....	133

## ÍNDICE DE GRÁFICAS

Gráfica 1. Visión general del discurso y su naturaleza interdisciplinaria .....	18
Gráfica 2. Elementos y funciones del proceso de comunicación, según Roman Jakobson, y su relación con el discurso .....	62
Gráfica 3. Lineamientos generales para los estudios del discurso .....	69
Gráfica 4. Componentes del objeto de estudio .....	70
Gráfica 5. Macrorreglas que intervienen en la definición del tema de un enunciado .....	93
Gráfica 6. Representaciones del discurso como iceberg y relaciones dinámicas y mutuas entre los niveles del lenguaje y su análisis .....	96

El lenguaje es un laberinto de caminos.  
Vienes de un lado y sabes por dónde andas;  
vienes de otro al mismo lugar y ya no lo sabes.

**Ludwig Wittgenstein, *Investigaciones filosóficas*.**

## INTRODUCCIÓN

En forma creciente, los estudios del discurso y su potencial para la investigación en ciencias sociales son tema de interés para la antropología, la sociología, la historia, la psicología social, la ciencia política, la pedagogía o las ciencias de la comunicación. De igual forma, para la lingüística y la semiótica se torna evidente que el lenguaje en la vida humana no es un fenómeno aislado, sino que se produce, se recibe y funciona en condiciones sociales específicas, cuyo conocimiento no puede dejarse de lado si se pretende comprender qué son y cómo operan los discursos que nos rodean. Sin embargo, no siempre resultan claros los caminos teórico-metodológicos para estas propuestas que necesariamente se vislumbran como interdisciplinarias.

Este libro está pensado como una introducción general para estudiantes e investigadores provenientes de diversas disciplinas que descubren, quizás sin proponérselo, que la evidencia empírica de su objeto de estudio está conformada por discursos, es decir, por materiales verbales, no verbales, gráficos, simbólicos, multimodales o semióticos, inscritos en contextos sociales específicos, como ocurre con la observación etnográfica, entrevistas, historias de vida, diarios de campo, archivos documentales, fotografías, notas de prensa, información audiovisual o el creciente universo discursivo en circulación en redes sociodigitales. Estos acervos exigen una mirada analítica sistemática por parte de quien los recopila o construye. La tarea no se restringe a la lingüística o a la semiótica, sino que concierne a todas las disciplinas que, por diversos motivos, pretendan conocer y comprender distintas facetas de la compleja realidad y las relaciones dinámicas y mutuas de ésta con los discursos.

No obstante, entre investigadores y estudiantes provenientes de disciplinas que no tienen al lenguaje como su área principal de investigación, suele haber reticencia para analizar discursos, al juzgar erróneamente que esto pertenece más a los terrenos de la lingüística o, en menor medida, a la semiología. Así lo he constatado luego de varios años de investigación y docencia en México, donde imperan posturas de recelo o de rechazo hacia una aparente intromisión de las ciencias del lenguaje en otras ciencias más “sociales”. De un lado están quienes sostienen que la lingüística o la semiótica son ciencias autónomas y que no debieran ser consideradas como una vía metodológica para obtener conocimiento; del otro lado, quienes sostienen la independencia de las ciencias sociales y de sus métodos de estudio, y rechazan, en consecuencia, que la antropología, la historia,

la sociología o la psicología deban acudir a las aportaciones de las ciencias del lenguaje. Esta situación parece ser compartida en otras latitudes; se lee, por ejemplo, en la introducción general del volumen colectivo *El discurso como estructura y como proceso* (Van Dijk, 2000a:17) que dicho libro está dedicado a “los profesionales que provienen de otras disciplinas y quieren saber (¡por fin!) qué es eso del análisis del discurso”.

Paradójicamente, los afanes de separar a las ciencias del lenguaje del resto de las ciencias sociales con frecuencia resultan falaces, al advertir que unas y otras emplean formas distintas para nombrar preocupaciones similares; a fin de cuentas, la observación participante, la etnografía, la descripción densa, la historia oral, los imaginarios colectivos o las representaciones sociales, por mencionar algunos conceptos clave en la investigación social, necesariamente se materializan en discursos.

Así pues, en estas páginas se pretende abordar, de una forma muy general y comprensible para lectores provenientes de diversas disciplinas, problemas teóricos, epistemológicos y metodológicos para estudiar discursos. De antemano hay que desechar la idea de que existe *un* método para el análisis del discurso, que no es más que un eslabón del proceso de investigación que inicia con la definición clara de un objeto de estudio (cuyos componentes son de naturaleza empírica, teórica y metodológica), y a partir del cual se construye una hipótesis y se definen objetivos.

Hay que señalar, de inicio, que el análisis de discurso forma parte de las metodologías cualitativas, con las cuales comparte varias características. En primer lugar, destaca la imposibilidad de negar la presencia del investigador, quien, al confrontarse con la realidad, más específicamente con los discursos en los cuales aquella se materializa, no puede desprenderse de su propia experiencia, percepciones o sistemas de valores. En segundo lugar, conviene tener presente que los resultados obtenidos por medio de estas metodologías no son medibles o cuantificables, y no existen reglas precisas para recoger, recopilar, analizar o interpretar los materiales. En tercer lugar, si bien no se trata de convertir en lingüista o semiólogo a todo aquel que analice discursos, sí es conveniente tener al menos algunas nociones de la forma en que opera el lenguaje en sus muy diversas manifestaciones. Es éste uno de los propósitos centrales del presente libro, para cuyo desarrollo se han tomado en cuenta experiencias y problemáticas concretas y bastante comunes observadas en quienes se inician en la investigación en ciencias sociales.

Para ejemplificar cómo los estudios del discurso pueden aportar interesantes referentes teórico-metodológicos referiré a un conjunto de tesis de posgrado en antropología cuyos objetos de estudio tenían una obvia relación con discursos sociales. Tal fue el caso de Valdés (2006), quien trató de desentrañar cómo en los discursos cotidianos de la familia (transmitidos por los padres o los abuelos) se construyen

representaciones sobre el futuro que son apropiadas por sus hijos hasta convertirse en profecías que se autocumplen; Laguarda (2003) hizo una exploración en bares gay para conocer los discursos o prácticas semióticas generadoras de identidad; Aguayo (2008) examinó un *corpus* periodístico para identificar en la prensa las huellas de visiones excluyentes y discriminatorias hacia los indígenas que, a su vez, son reproducidas por estos discursos; Llamas (2010) centró su investigación en la intersección de los discursos de la locura y la criminalidad para etiquetar a algunos de los primeros pacientes internos en calidad de reclusos en el Manicomio General de la Ciudad de México; Rodríguez (2008) examinó las marchas como un discurso de protesta multimodal; Hernández (2012) analizó la interacción social en centros comerciales, con especial énfasis en la construcción de discursos de exclusión y discriminación entre visitantes y empleados de estos espacios pseudopúblicos; Algarabel (2012) tuvo como objeto de estudio los discursos de la censura y el escándalo para desentrañar los efectos de la combinación entre cine y poder; Godínez (2014) se centró en los discursos de la primera plana para identificarlos como una construcción semiótica del poder en el marco de las elecciones del 2006 en México.

Llama la atención, en este conjunto de tesis, la recurrencia a los estudios del discurso en sus muy diversas materialidades: discursos de prensa, documentos históricos, documentos políticos, narraciones y tradiciones orales y, desde luego, discursos cotidianos, para conocer aspectos de la vida de hombres y mujeres en comunidad, a partir precisamente de las evidencias discursivas que, consciente o inconscientemente, van dejando a su paso, y que, según la naturaleza de cada una de las investigaciones en cuestión, debían ser recopiladas o construidas por sus respectivos autores.

Varios de los materiales ilustrativos que se presentan en este libro provienen de éstas y otras tesis similares, donde en no pocos casos hubo una cierta reticencia o inseguridad inicial para embarcarse en una empresa que parecía más cercana a la lingüística que a la antropología; a la postre, sus autores descubrieron la utilidad de considerar a los discursos como un elemento analítico y no sólo como una fuente de información, de tal suerte que un estudio riguroso y sistemático al lenguaje puesto en acción les permitió comprender de manera profunda conceptos como identidad, poder, construcción social de la realidad, representaciones sociales o ideología.

El libro se divide en cinco capítulos. El primero aborda la definición de un término tan polisémico como el de discurso y sus usos. Asimismo, se hace una presentación general en torno a los elementos que forman parte de todo proceso discursivo, sea éste de naturaleza verbal (hablado o escrito), no verbal (gestos, postura, distancia corporal), visual o icónico (fotografías, viñetas), multimodal (videos, películas, redes sociales) y, en

suma, todas las diversas formas en que los signos contribuyen a la construcción de sentidos. Por último, a partir de una exploración de algunos de los principales conceptos provenientes de las ciencias sociales se reflexiona en torno a las formas en las que se materializan los discursos.

El segundo capítulo explora algunos conceptos teóricos básicos, provenientes de la filosofía del lenguaje, la lingüística y la semiótica. El recorrido comienza con la mirada amplia en torno al lenguaje que aportan algunos pensadores clave para comprender al lenguaje, los juegos del lenguaje, la interacción comunicativa o el discurso como poder, tales como Ludwig Wittgenstein, John Austin, John Searle, Paul Watzlawick, Michel Foucault o Jürgen Habermas. Se examinan también los orígenes lingüísticos del ahora ampliamente reconocido campo del análisis de discurso, el cual debe mucho de su bagaje teórico a la semiótica y por extensión a las ciencias de la comunicación. Por último se hace una reflexión general en torno a las aportaciones que ciencias sociales como la antropología, la historia o la psicología social han realizado para una comprensión profunda de los discursos y su funcionamiento.

Los tres capítulos restantes tienen un objetivo más práctico y buscan servir como guía introductoria para quien se interese por los discursos y su análisis. Así, el tercer capítulo presenta reflexiones epistemológicas básicas para el diseño de una investigación: qué es un objeto de estudio, cómo se construye y hasta qué grado, en las ciencias sociales, los materiales empíricos de prácticamente cualquier investigación serán de una naturaleza inevitablemente discursiva. Se delibera también sobre uno de los aspectos fundamentales para cualquier investigación, tenga o no puesta la mira en los discursos: plantear una pregunta de investigación adecuada para evitar que el análisis se convierta en una confrontación obvia, superficial o azarosa a materiales sometidos a un escrutinio sin dirección.

En el cuarto capítulo se presentan sugerencias metodológicas básicas para comenzar a trabajar con discursos: la naturaleza de la construcción y de la recopilación de datos, el paso de un acervo a un *corpus*, la identificación del género y, por ende, de las características generales de los discursos a analizar, así como una primera aproximación temática al conjunto de materiales de un *corpus*.

El último capítulo explora los distintos niveles en que opera el lenguaje y cómo se relacionan con el análisis del discurso. Así, se muestra cómo, en un nivel sintáctico y semántico se trata de identificar, segmentar y encontrar relaciones entre los signos, sean éstos verbales, no verbales, visuales o multimodales. En el nivel pragmático, la meta es reagrupar los resultados obtenidos al identificar, segmentar y relacionar signos, para interpretarlos, aproximarse así a sus posibles sentidos y encontrar relaciones dinámicas

---

y mutuas entre los diversos niveles del lenguaje, lo cual implica responder las interrogantes que nos llevaron a analizar discursos. En todo momento se insiste que la confrontación con los discursos es dinámica, y que no existen rutas necesariamente lineales para analizarlos.

Este trabajo no intenta marcar el camino para un acercamiento metodológico riguroso a los materiales recopilados o construidos en campo, y menos aún presentar una revisión exhaustiva de todos los trabajos que permiten conocer al lenguaje en acción; sólo ofrece, a partir de experiencias concretas, un acercamiento a algunas teorías o metodologías. Cada lector será libre de recurrir a ellas o buscar sus propios caminos. Tampoco se pretende sustituir varios excelentes trabajos que proponen metodologías para analizar el discurso, y que, algunos más que otros, figuran como libros de cabecera entre quienes se ocupan del análisis de discurso en México, tales como Calsamiglia y Tusón (1990), Fairclough (1995), Van Dijk (2000a y 2000b), Gee (2002) y Wodak y Meyer (2003). El objetivo es más modesto, aunque no por ello menos valioso: recuperar problemáticas y desafíos reales, y a partir de ellas invitar a investigadores y estudiantes a conocer, reafirmar o incluso convencerse, desde sus diversas disciplinas, del potencial de los discursos (entendidos en una dimensión tan amplia que probablemente genere polémica, al considerar todas las formas de producción de sentido) para comprender los complejos y siempre cambiantes hechos sociales en los que estamos inmersos.

## 1

## EL DISCURSO Y SUS CAMALEÓNICAS FORMAS

En *Investigaciones filosóficas*, Wittgenstein (1988:121) advierte que “una fuente principal de nuestra falta de comprensión es que no vemos *sinópticamente* el uso de nuestras palabras”; así pues, en esta sección daremos un recorrido a través de la palabra *discurso*, de dónde proviene, sus acepciones y variantes y las conexiones que hay entre éste y otros conceptos.

## 1.1. ¿Cómo definir al discurso?

Discurso es un término polisémico con el cual se nombran todas las modalidades del lenguaje puesto en acto, por medio de las cuales las personas y los grupos interactúan entre sí; valoran, construyen, perciben, se representan o preservan la realidad y las experiencias colectivas; construyen identidades, o establecen relaciones de poder. No es de extrañar, en consecuencia, que diversas ciencias incorporen entre sus preocupaciones teórico-metodológicas el concepto de discurso, incluso nombrándolo de formas diversas, al tiempo que han diseñado estrategias para su recopilación, construcción y análisis. Es preciso señalar que no existe una concepción unívoca en torno al discurso, y subsisten grandes polémicas entre quienes piensan que este concepto debe reservarse sólo para el lenguaje verbal, y quienes, por el contrario, asumimos que las formas de comunicarnos son de naturaleza variada (verbal, no verbal, visual, sonora, multimodal) y que todas ellas quedan englobadas bajo la denominación de discurso. Como plantea Van Dijk (2000a: 21): “La situación sería ideal si pudiéramos condensar todo lo que sabemos acerca del discurso en una definición única y práctica. Lamentablemente, ocurre en este caso lo mismo que con otros conceptos afines como ‘lenguaje’, ‘comunicación’, ‘interacción’, ‘sociedad’ y ‘cultura’: la noción de discurso es esencialmente difusa”.

Palabra en apariencia sencilla, de uso ampliamente extendido, tanto en la vida cotidiana como en el lenguaje científico, los usos de *discurso* van desde el ampliamente conocido de una alocución política construida con la intención de persuadir, hasta nociones más elaboradas que lo enmarcan en diversos sistemas de conocimiento y cultura. Así, prácticamente todos los ámbitos de la acción humana pueden servir para adjetivar el concepto de discurso, y, en consecuencia, podemos referirnos a discurso filosófico, científico, político, religioso, estético, literario, poético, cinematográfico, cotidiano,

periodístico, es decir, toda suerte de manifestaciones de lenguaje puesto en acto. Este concepto incluye no sólo palabras, sino todo aquello con lo cual podemos construir sentido: imágenes, fijas o en movimiento, gestos, miradas y, en forma amplia, cualquier acción encaminada a decir algo a alguien. Como puede advertirse, se trata de dos diversas acepciones del término *discurso*:

En su sentido más amplio y menos técnico, “discurso” significa simplemente “charla” o “conversación”, a veces con un matiz de propósito didáctico (entonces, “sermón”, “tratado” o “palabra dirigida a alguien sobre un tema en particular”). Este último sentido parece contrariar la etimología de la palabra, que se remonta al verbo latino *discurrere*, “correr por todas partes”, “recorrer”, “alejarse del rumbo”, etcétera. Y por cierto, hay algo de esa ambigüedad —o tendencia a pujar en direcciones opuestas— cuando la palabra es usada (como ha sucedido con frecuencia) en el ámbito de diversas disciplinas especializadas (Norris, 2006:141-142).

Esta dificultad para encasillar el concepto de discurso parece corresponder con la mirada interdisciplinaria que crecientemente permea la investigación en todos los campos, y de forma notable en las ciencias sociales. En una forma metafórica y coincidente con su etimología, el discurso aparece a la vista como una corriente que fluye en todas direcciones, que no puede quedar atrapada en rígidos esquemas disciplinarios, por ejemplo al suponer que es materia de estudio de la lingüística o la semiótica.

Recuperamos de Tim Ingold, quien a su vez se inspira en Deleuze y Guattari, una analogía para ilustrar los desafíos y la exigencia por investigaciones interdisciplinarias, que en el caso de los estudios del discurso se erigen como la ruta obligada; como es evidente, el discurso es precisamente el río que conecta la realidad, las disciplinas que la estudian y la manera que tenemos de aproximarnos a ella:

Supongan que las orillas del río están conectadas por medio de un puente carretero. Podríamos entonces cruzar por la carretera desde una locación en un lado a una locación en el otro. Así el puente establece una conexión entre las dos locaciones. Pero el río, corriendo debajo del puente en dirección ortogonal a la carretera, no conecta nada con nada. En vez de eso, sólo fluye, sin principio ni final, limpiando las orillas de cada lado y tomando velocidad en el medio. El flujo del río describe lo que Deleuze y Guattari llaman, intercambiamente, una “línea de fuga” o una “línea de devenir”. Mi afirmación es que no sólo en la antropología, sino en todos los caminos de la vida académica, hemos estado demasiado preocupados con las líneas de conexión, por la interacción entre esto y lo otro, ya sean las entidades en cuestión humanos o no humanos, especies o culturas, naciones o disciplinas. En efecto, nos hemos estado concentrando en las orillas, y en los cruces entre una y otra, mientras perdíamos de vista al río. Sin embargo, si no fuera por el flujo del río —o, más precisamente, por la correspondencia entre las líneas de los devenires

en la constante generación de cosas— no habrían orillas, y no habría posibilidad de conexión entre ellas (Ingold, 2012:50).

En esta exploración inicial, conviene aclarar la diferencia entre *texto* y *discurso*. Van Dijk (2012:20) menciona que, en alemán, holandés y otras lenguas, sólo existe “texto”; en lenguas donde existen ambos términos, como el español, *texto* es equivalente a *discurso escrito* y *discurso* alude a la *unidad observacional*, que se refiere a lo que interpretamos al ver o escuchar una emisión. Así, un texto sería materia de descripción de la gramática; por el contrario, *discurso* implica toda la actividad comunicativa del hablante y su entorno. En este libro empleamos primordialmente *discurso*, bajo el entendido de que un *texto* (por ejemplo, un documento, una conversación, un testimonio) es un *discurso*, como también lo es una fotografía, una película, un símbolo, una vestimenta, una marcha de protesta, una nota en un periódico, un programa de radio o televisión, un *blog*, un *tuit*, un mensaje en Facebook, un meme, etcétera.

Líneas antes nos referíamos al uso cotidiano y al uso científico de discurso. En el primer caso, estaríamos frente a cualquier mensaje, consciente o no, con lo cual se comunica algo a alguien; en el segundo caso estaríamos frente a un concepto que, necesariamente, nos lleva a pensar que lo dicho forma parte de una dimensión social mayor, es decir, al analizarlo estaremos en posibilidad de descubrir algo más en relación con las condiciones sociohistóricas en las que fue enunciado. Para esclarecer la dimensión social que subyace a cualquier enunciación (verbal o no verbal), Gee (2002:33) propone el uso de dos términos: *discurso* (con minúscula) y *Discurso* (con mayúscula); los primeros se refieren básicamente al lenguaje en uso, a enunciaciones concretas, tales como conversaciones o narraciones. En tanto que los segundos, los *Discursos*, implican mucho más que el lenguaje, y comprenden formas de actuar, interactuar, pensar, valorar, hablar, que se consideran pertinentes para un contexto específico.

Para clarificar aún más su postura, Gee plantea que *Discurso* es un concepto equivalente al que de manera pionera propone Foucault; a la *comunidad cultural* de Clark; al de *práctica* de Bourdieu; al de *cultura* de Geertz, o al de *formas de vida* de Wittgenstein, entre otras. Desde luego, cualquier *discurso* no es ajeno a los *Discursos* que lo determinan; no obstante, para fines metodológicos puede resultar interesante la distinción entre una enunciación (*discurso*) y los grandes sistemas de creencias, juicios, ideologías u opiniones (*Discursos*) subyacentes.

Como plantea Jäger, “No es el individuo quien hace el discurso, sino que lo contrario tiende a ser cierto. El discurso es supraindividual. Pese a que todo el mundo aporta su grano de arena a la producción del ‘tejido’ discursivo, ningún individuo ni ningún grupo específico determina el discurso o se ha propuesto lograr exactamente aquello que acaba convirtiéndose en el resultado final” (Jäger, 2008:67). El discurso, como propone Bolívar:

es interacción social, porque los significados se crean, se retan, se transforman, mueren y renacen en sociedad y no en compartimientos aislados fuera de contexto [...] Segundo, el discurso es cognición porque las personas construyen su conocimiento del mundo y adaptan sus representaciones a los contextos en los que viven [...] Tercero, el discurso es historia porque para interpretar los significados del presente es necesario conocer la dinámica en que se crearon [...] Cuarto, y sobre todo, el discurso es diálogo porque para que existan las interacciones se necesita un yo, un tú, un nosotros, y un otros (Bolívar, 2007:22).

Si bien, como ya hemos referido, para muchos estudiosos del lenguaje *discurso* alude exclusivamente a lo que se expresa con palabras, en realidad los humanos tenemos a nuestro alcance un conjunto mucho más amplio para comunicarnos con nuestros semejantes, por lo cual los discursos poseen varios componentes sígnicos, mismos que pueden figurar por sí mismos o combinándose entre sí:

- ◆ Verbales: orales o escritos.
- ◆ No verbales: gestos, señales, proxémicos.
- ◆ Paraverbales: volumen, entonación, tono, timbre de la voz.
- ◆ Icónicos: imágenes (fotografías, diagramas, dibujos...).
- ◆ Multimodales: combinación de elementos sígnicos (verbales, no verbales, icónicos).
- ◆ Semióticos: El color, el tiempo, el espacio y, en suma, todos los elementos culturales capaces de producir sentido, incluidos aquellos poco codificados en la cultura occidental, como los aromas o los sabores.

Otro aspecto muy importante para reflexionar en torno a los discursos radica en sus condiciones generales de enunciación, que incluyen elementos tales como los actores de tales discursos, las relaciones de poder que subyacen a las prácticas discursivas y, finalmente, el género, entendido como la relación entre el lenguaje y todas las esferas de actividad humana:

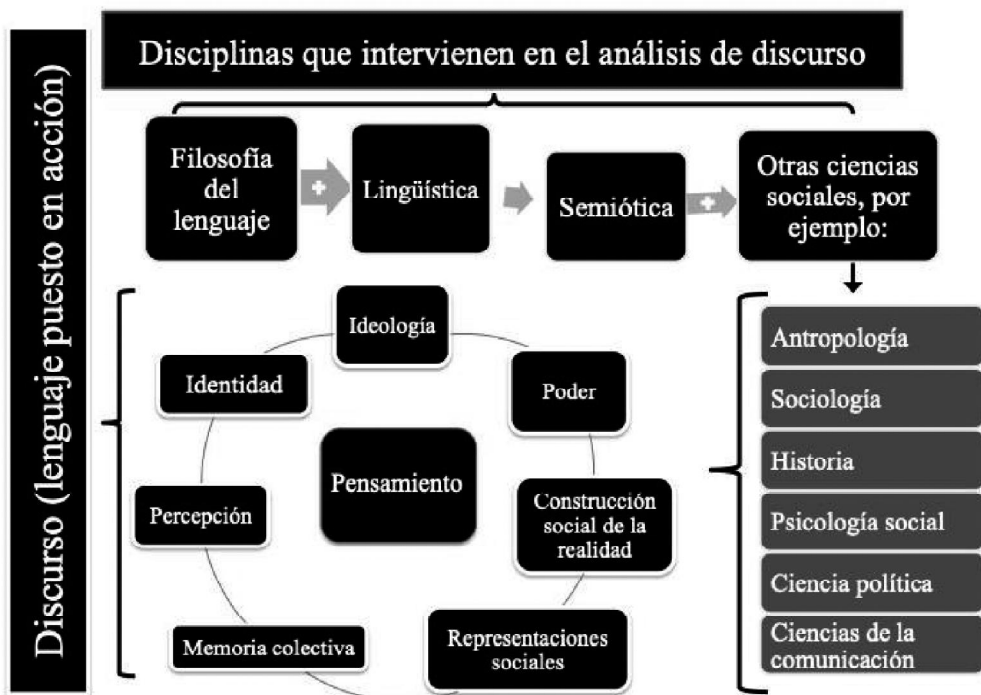
- ◆ Personas, actores o sujetos del discurso: quién o quiénes enuncian y a quién o quiénes se dirige el enunciado. Varía la forma en que se les designa, y puede ser hablante, enunciador o emisor (nos referimos a la persona o grupo que elabora el discurso o ejecuta la acción); interlocutor, enunciatario u oyente (persona a la que se dirige el discurso o la acción, y que puede o no estar presente en el momento de que se da a conocer el mismo).
- ◆ Situación de enunciación: relación de poder (vertical u horizontal) entre el enunciante y sus destinatarios.

- ◆ Prácticas de enunciación: pueden ser formales o informales; rituales o espontáneas; monológicas o dialógicas.
- ◆ Género o subgénero del discurso: conjuntos relativamente estables (periodísticos, literarios, políticos, cinematográficos, cotidianos...) a los cuales pertenece cualquier enunciado.
- ◆ Tipos de discurso: narración, descripción, exposición o argumentación, las cuales no aparecen en los mensajes de manera aislada, “sino que se combinan de modo tal que una de ellas predomina” (González Reyna, 2009:13-21).

Más de un antropólogo, sociólogo, historiador, psicólogo social o politólogo podría sentir cierta fragilidad ante el hecho de tener que analizar *discursos*, aduciendo que sus intereses académicos están más cercanos a conceptos como pensamiento, ideología, poder, identidad, construcción social de la realidad, representaciones sociales, memoria social o percepción. No obstante, los conceptos anteriores no están reñidos con el término de *discurso*; es más, de una forma tal vez desafiante para varios, sostenemos que todos ellos son discursos (véase la Gráfica 1).

**Gráfica 1**

**Visión general del discurso y su naturaleza interdisciplinaria**



De allí que el análisis de discurso, visto en un sentido amplio e interdisciplinario, representa una propuesta teórico-metodológica valiosa para el conjunto de las ciencias sociales. En los siguientes apartados se examinarán algunos conceptos clave para las ciencias sociales, haciendo hincapié en su dimensión significante y, por ende, en su naturaleza discursiva.

## 1.2. La inseparable dualidad de lenguaje y pensamiento

Sin duda uno de los hechos más fascinantes del lenguaje es su carácter único para captar en toda su extensión el pensamiento y la forma en que percibimos lo que nos rodea. La forma como fragmentamos la naturaleza y la organizamos en conceptos surge de un acuerdo que abarca nuestra comunidad de habla y está codificado en las pautas del lenguaje. “El acuerdo es, sin duda, implícito y no declarado, *pero sus términos son absolutamente obligatorios*: no podemos hablar en absoluto a no ser que suscribamos la organización y clasificación de datos que decreta el acuerdo” (Hall, 1990:34). En efecto, ningún individuo puede describir la naturaleza con absoluta imparcialidad, sino que está constreñido a usar ciertos modos de interpretación aun cuando se crea libre. De allí que cualquier análisis que se haga del lenguaje, ya sea de un individuo o de una comunidad, rebase al propio sujeto o sujetos investigados y lleve al descubrimiento de pautas sociales de conducta, de visión del mundo, de acuerdos sociales.

La lingüística reciente ha avanzado mucho en la comprensión de lo que acontece en la relación del individuo con el lenguaje. Van Dijk (2012:154-165) lo explica como un fenómeno de construcción de modelos, según el cual los usuarios tratan de comprender de qué trata un texto y establecen sus modelos mentales o “modelos de la situación”. Así se obtiene una doble representación del significado en la memoria: por un lado, un significado del texto y, por el otro, un significado del acontecimiento sobre el que trata el texto, un fragmento del mundo.

Estos marcos de conocimiento, lejos de ser un fenómeno individual, son representaciones socialmente compartidas de acontecimientos o actividades sociales estereotipadas, que se adquieren y cambian socialmente, y pueden ser típicos de un grupo social o una cultura. Existe una estrecha relación entre cognición social y discurso. La cognición social opera mediante tipos de cogniciones, estereotipos o prototipos (“mujeres”, “hombres”, “negros”, “blancos”, etc.). Las actitudes racistas, por ejemplo, son un rico campo para detectar cómo operan los modelos sociales que comparte una comunidad. Según Amossy y Herchsberg (2010: 32) con estas “representaciones cristalizadas” o “esquemas culturales preexistentes” se filtra la realidad del entorno; sin

ellas, al individuo “le sería imposible entender lo real, categorizarlo o actuar para ello”.

Todas las experiencias, actos o situaciones en las que participamos, las escenas que presenciamos, las conversaciones en las que tomamos parte o lo que leemos queda representado en forma de una compleja red de modelos. Los modelos son mucho más ricos en información que los textos o las representaciones textuales, que no son más que la punta del *iceberg* de los modelos subyacentes.

Con estos modelos se integran diversas unidades de información: un escenario (lugar y época); las circunstancias, los participantes con sus distintos papeles (agentes, pacientes, objetos, etc.), acontecimientos o acciones; sus respectivos modificadores evaluativos (bueno, malo, placentero, etc.).

Sin embargo, si bien es cierto que en los fenómenos de habla el individuo no puede sustraerse a la sociedad a la cual pertenece, también hay que asumir que el individuo y su pensamiento desempeñan un papel importante para moldear dicha sociedad. No somos sólo una especie de embudo donde el lenguaje es depositado, para ser asimilado como si fuéramos un procesador de palabras. El individuo también cuenta en esta codificación y decodificación, en la cual interviene su propia acción, experiencia, memoria a corto, largo y mediano plazo. Esta aseveración nos lleva de nuevo al asunto del lenguaje, ya que la propia acción, experiencias o memorias, han debido ser almacenadas por medio del lenguaje. El pensamiento y el lenguaje están íntimamente relacionados; las palabras y la estructura de un lenguaje constituyen la materia de esas formas de pensamiento. El pensamiento existe en las formas y estructuras del lenguaje, e, inversamente, las formas y estructuras del lenguaje representan el pensamiento, a tal grado que “el proceso de articulación del lenguaje representa el proceso de pensar” (Kress, 1983:68).

Lev S. Vygotsky explora de manera amplia la relación entre lenguaje y pensamiento, y sostiene que este último no está formado por unidades separadas como el lenguaje. El pensamiento verbal, sostiene Vygotsky, se eleva de las generalizaciones primitivas a los conceptos más abstractos. No cambia sólo el contenido de la palabra, sino el modo en que la realidad se generaliza y se refleja por medio de la palabra (Vygotsky, 1996:143). Así, al analizar el lenguaje, y aceptando que éste sólo puede concebirse como tal en tanto tenga un significado, es posible advertir la evolución que el significado o sentido de algunas palabras ha experimentado a lo largo del tiempo.

Si pensamos mientras hablamos o también mientras escribimos –me refiero a como lo hacemos habitualmente– no diremos, en general, que pensamos más rápido de lo que hablamos; por el contrario, el pensamiento parece aquí no separado de la expresión. Por otro lado, sin embargo, se habla de la rapidez del pensamiento; de cómo un pensamiento nos pasa por la cabeza como un rayo, de cómo los

problemas se nos vuelven claros de golpe, etc. De ahí sólo hay un paso a preguntar: ¿Sucedee al pensar como un rayo lo mismo que al hablar pensando –sólo que de modo extremadamente acelerado? De modo que en el primer caso el mecanismo del reloj transcurre de un tirón, pero en el segundo paso a paso, frenado por las palabras (Wittgenstein, 1988:318).

La idea fundamental de la relación entre pensamiento y lenguaje no es un hecho, sino un proceso, un continuo ir y venir del pensamiento a la palabra y de la palabra al pensamiento. El pensamiento no se expresa simplemente en palabras, sino que existe mediante ellas. “Todo pensamiento tiende a conectar una cosa con otra, al establecer relaciones, se mueve, crece y se desarrolla, realiza una función, resuelve un problema” (Vygotsky, 1996:147). Sólo por medio del pensamiento se ve “la realidad”, y sólo por medio del lenguaje se expresa el pensamiento.

George Lakoff, uno de los mayores expertos en lingüística cognitiva, ha explorado ampliamente el efecto del lenguaje sobre el pensamiento; específicamente se ha centrado en el tema de las metáforas. “Las metáforas estructuran parcialmente los conceptos que usamos a diario, y esta estructura se refleja en nuestro lenguaje literal” (Lakoff y Johnson, 1995:85). De esta forma, las metáforas que empleamos se convierten en *marcos* que intervienen en la representación mental que tenemos en torno a diversos conceptos. No es gratuito, por ejemplo, que expresiones tan empleadas como “el tiempo es oro” intervengan para que, en la cultura occidental, el tiempo se asuma como algo valioso.

En suma, discurso y pensamiento no son dos entidades ajenas, por lo cual el análisis del primero puede conducirnos a la comprensión de la forma en que pensamos, y cómo, al hacerlo, no podemos sustraernos del contexto social que nos rodea, el cual se materializa ante nosotros por medio de discursos, ideologías, identidades, memoria social, percepciones, etcétera.

### **1.3. El discurso como vehículo de la ideología**

Reflexionar sobre el pensamiento nos conduce casi de inmediato al concepto de ideología, que alude a creencias generalmente aceptadas como verdaderas o válidas por una sociedad o cultura determinadas. Este conocimiento se da por hecho, es parte del sentido común y no genera disputas significativas. Puede ser localizado en diccionarios o enciclopedias, y cualquier miembro de la comunidad, con una aceptable competencia lingüística, les encuentra sentido. La experiencia que las personas almacenan sobre el mundo que les rodea, permeada por sus sistemas de valores, se materializa en el lenguaje. Por medio del lenguaje las ideologías se producen, se reproducen y se hacen observables; por lo

tanto, el análisis del lenguaje puesto en acto es parte necesaria de toda tentativa de estudiar los procesos ideológicos. Como bien lo dicen Marx y Engels (1970:31): “El lenguaje es tan viejo como la conciencia: el lenguaje es la conciencia práctica, la conciencia real, que existe también para los otros hombres y que, por tanto, comienza a existir también para mí mismo; y el lenguaje nace, como la conciencia, de la necesidad, de los apremios del intercambio con los demás hombres”.

Desde sus orígenes como ciencia de las ideas, el término ideología propuesto en 1796 por Destutt de Tracy para analizar las ideas y las sensaciones (Thompson, 2002:48), ha sido concebido de formas diversas, siempre ligadas, aunque en forma distinta, con el lenguaje. Recordemos, por ejemplo, como para Marx y Engels la ideología dominante es la *expresión*, en forma de ideas, de las relaciones materiales dominantes:

Las ideas de la clase dominante son las ideas dominantes en cada época; o, dicho en otros términos, la clase que ejerce el poder *material* dominante en la sociedad es, al mismo tiempo, su poder *espiritual* dominante. La clase que tiene a su disposición los medios para la producción material dispone con ello, al mismo tiempo, de los medios para la producción espiritual, lo que hace que se le sometan, al propio tiempo, por término medio, las ideas de quienes carecen de los medios necesarios para producir espiritualmente. Las ideas dominantes no son otra cosa que la expresión ideal de las relaciones materiales dominantes, las mismas relaciones materiales dominantes concebidas como ideas; por tanto, las relaciones que hacen de una determinada clase la clase dominante son también las que confieren el papel dominante a sus ideas (Marx y Engels, 1970:51).

Pensar en la supremacía de la ideología de la clase dominante frente a las demás conlleva el riesgo de pensar que es la única ideología posible y, consecuentemente, puede conducir a imaginarla como un conjunto de pensamientos, esquemas o valoraciones susceptibles de ser *implantados* en el sujeto, que recibiría así de manera pasiva su dosis de ideas para interpretar el mundo. Esta visión dogmática de la ideología se ha transformado, para asumir, en cambio, que no existe sólo *una ideología* dominante, sino que este concepto alude a las cambiantes formas en que vemos, valoramos y experimentamos el mundo, y que obedecen, en buena medida, a la información, opiniones, juicios y valores que recibimos, desde que nacemos, por medio del lenguaje. Así lo propone Geertz, quien insiste en la fuerte carga simbólica inherente a la ideología: “La acción de pensar, la conceptualización, la formulación, la comprensión o lo que se quiera consiste, no en un espectral proceso que se desarrolla en la cabeza de alguien, sino en un cotejo de los estados y procesos de modelos simbólicos con los estados y procesos del mundo exterior” (Geertz, 2003:187).

La ideología es así un proceso donde “las personas hablan unas con otras, nombran cosas, hacen afirmaciones y hasta cierto punto se comprenden unas a otras” (Geertz, 2003:187); todos los sujetos forman parte de este proceso, como se ilustra en la siguiente nota informativa obtenida del *corpus* de una investigación sobre la construcción de los indígenas en la prensa nacional, y donde se advierte, por parte del periodista, una ideología excluyente y discriminatoria hacia esta población:

Con copal, flores y música, una veintena de límpidos niños indígenas —*porque los indios bañados son como cualquier hijo de vecino*— inundaron de colores el Palacio de Bellas Artes en una novedosísima exposición [...] llamada Colorín Colorado (*El Universal*/14 de octubre de 1993/Jorge Luis Berdeja, en Aguayo, 2008:173).

Otro ejemplo de cómo opera esta ideología excluyente se advierte al ver cómo plantea la Secretaría de Educación Pública de México, en el documento rector de @prende 2.0, Programa de Inclusión Digital 2016-2017, lanzado en septiembre de 2016, atender la problemática en las zonas indígenas:

El desarrollo de habilidades digitales y el pensamiento computacional para niñas, niños, alumnos y alumnas *con discapacidad y estudiantes indígenas* y que contribuyan a la equidad en la educación mediante el uso y aprovechamiento de las TIC (SEP, 2016:62).

En el párrafo anterior, no pasa desapercibido el hecho de que sean agrupados, en un mismo bloque, los niños discapacitados con los estudiantes indígenas. Conviene recordar lo que, con respecto a la producción social del lenguaje, plantean Fowler y Kress (1983:39): “Es bien sabido que las formas lingüísticas del habla y de la escritura expresan las circunstancias sociales en que se produce el lenguaje. La relación entre el estilo y la situación es muy precisa y funcional, de modo que un análisis de las estructuras lingüísticas revela los contextos del lenguaje con considerable precisión”. Así, la contigüidad en la superficie del texto de los niños discapacitados con los niños indígenas es un reflejo, tal vez inconsciente, de una visión ideológica que concibe a los indígenas como seres desvalidos.

Para acercarse a las estructuras lingüísticas puede bastar, en ocasiones, con reflexionar sobre algo tan aparentemente banal como la selección de una palabra frente a otra. Por ejemplo, Aguayo (2008:209) señala cómo en un *corpus* periodístico referente a notas indígenas detectó 25 diversas modalidades para referirse a los indígenas, tales como *aborígenes, antepasados, antiguos mexicanos, campesinos, comunidades tradicionales, comunidades autóctonas, etnias, gente antigua, gente encontrada por Colón, grupos nativos, grupos étnicos, hombres de piel de laurel*, etcétera. Desde luego, un analista no debería ver la selección de uno u otro término

como el resultado de una simple búsqueda de sinónimos, sino que podría advertir cómo en ella se materializan visiones ideológicas o valoraciones de un periodista o un medio de comunicación hacia un grupo de población determinado.

Conviene aclarar que si bien el lenguaje verbal representa un elemento primordial para la transmisión de ideologías, todas las demás formas (no verbales, gráficas, semióticas) con las cuales se construye sentido son capaces de reproducir ideologías.

Más allá de polémicas en torno a si el discurso es (o no) sólo de naturaleza verbal, resulta evidente el interés que reviste el registro de las interacciones comunicativas para conocer cómo se materializa la ideología. En función de lo anterior, el concepto de ideología guarda un estrecho parentesco con la teoría de la acción comunicativa de Habermas, la cual radica en una “interacción simbólicamente mediada”, “normas intersubjetivamente vigentes que definen expectativas recíprocas de comportamiento y que tienen que ser entendidas y reconocidas, por lo menos por dos sujetos agentes” (Habermas, 2010:69). La forma en que se materializan estas normas de acción racional no pueden sustraerse de su dimensión simbólica, como es el caso de las normas sociales, las reglas técnicas, la internalización de roles o los castigos basados en sanciones.

Esta concepción de la ideología como una interacción simbólica no desecha por completo la existencia de ideologías de las clases dominantes o (para decirlo en términos de Marx) las que poseen los medios de producción, si bien propone una constante negociación y conflicto entre visiones encontradas del mundo, algo que Hodge y Kress nombran como complejo ideológico, que se refiere al “conjunto de versiones contradictorias del mundo relacionadas, impuestas coercitivamente por un grupo social a grupo para responder a sus intereses particulares, o subversivamente propuestos por otro grupo social en un intento por resistir en función de sus intereses propios” (Hodge y Kress, 1988:3).

El lenguaje se convierte en un elemento clave para que las ideologías evolucionen, se impongan, se transformen, se adopten o resistan, y resulta por lo tanto fundamental para las ciencias sociales. Como bien propone Geertz, “El estudio de la acción simbólica es una disciplina sociológica en no menor medida que el estudio de pequeños grupos, de las burocracias o del cambiante papel de la mujer norteamericana, sólo que está mucho menos desarrollada” (1973:189-190).

Para desarrollar este estudio de la acción simbólica se requiere una perspectiva lingüística crítica, que sea consciente de las presuposiciones en que se basa cualquier discurso, y esté preparada para reflexionar sobre las causas subyacentes de los fenómenos que estudia y sobre la naturaleza a la que pertenece esa lengua (Fowler y Kress, 1983:248-249). Así pues, los sistemas conceptuales e ideológicos que organizan los discursos se

alimentan con los materiales del mundo social y están motivados por todas las formas en las que opera ese mundo, ya sean educativas, éticas, intelectuales o políticas.

#### 1.4. El poder se materializa en discursos

Para comprender la forma en que se ejerce el poder, en sus muy diversas manifestaciones, es obligado referir a Michel Foucault:

Las relaciones de poder poseen una naturaleza específica, pasen o no pasen a través de sistemas de comunicación. No debe confundirse entonces las relaciones de poder, las relaciones de comunicación y las capacidades objetivas. Ello no quiere decir que se trate de tres dominios separados, ni que de un lado exista el campo de las cosas, de la técnica perfeccionada, del trabajo y de la transformación de lo real; por otro lado el de los signos, la comunicación, la reciprocidad y la producción de significado, y finalmente, el de la dominación de los medios de coacción, de desigualdad y de la acción de los hombres sobre otros hombres. Se trata de tres tipos de relaciones, que de hecho siempre se traslapan, se apoyan recíprocamente y se utilizan mutuamente como instrumentos (Foucault, 1988:12).

Así, centrando la mirada en evidencias empíricas de naturaleza discursiva, es viable analizar los procesos por medio de los cuales el poder se disputa, busca, ejerce o balancea a nivel individual, cotidiano, grupal, institucional, partidista, estatal, etcétera.

¿Es posible plantear un uso específico del lenguaje por parte del poder? Es oportuno citar lo que respecto a este concepto plantea Michel Foucault (1991:192): “Tradicionalmente el poder es lo que se ve, lo que se muestra, lo que se manifiesta”. Añade que aquellos sobre quienes se ejerce, “no reciben luz sino de esa parte de poder que les está concedida o del reflejo que recae en ellos un instante”. ¿Acaso esa luz o reflejo se materializa en el lenguaje? Al responder esquemas dogmáticos que asumen al lenguaje como una superestructura que refuerza la estructura social y que, consecuentemente, se liga con el poder, Umberto Eco afirma:

No sé si podría decirse que una lengua es un dispositivo de poder [...] pero es cierto que es un modelo del poder. Podríamos decir que, aparato semiótico por excelencia, o (como dirían los semiólogos rusos) sistema modelizante primario, la lengua es un modelo de aquellos otros sistemas semióticos que se establecen en las diversas culturas como dispositivos de poder [...] yo diría que la lengua es el dispositivo a través del cual el poder se inscribe allí donde se instaura (Eco, 1986:341-342).

Luego de examinar algunas posturas que parecen equiparar al lenguaje con un

instrumento casi fascista de control de la sociedad, Eco señala su posición: si bien se aparta de esta noción del lenguaje del poder como un aparato de control ideológico *per se*, permite entrever que el lenguaje que proviene del poder está permeado, por este solo hecho, de un sentido especial, al asegurar que las relaciones de fuerza en una sociedad serían puramente aleatorias, si no estuvieran reguladas por una estructura de poder, capaz de lograr que todos las admitan y estén dispuestos a reconocerse en ellas (Eco, 1986:344). La ideología adquiere forma: el poder que surge de ella se convierte en una verdadera red de consensos que parten de abajo, porque las relaciones de fuerza se han transformado en relaciones simbólicas.

Eco añade que, al concebir el discurso del poder, se advierten dos posturas equívocas: “la primera, ingenua, en la que el poder tenía un centro (el Sistema, como señor malvado bigotudo, que desde el tablero de un computador maléfico manipulaba la perdición de la clase obrera)” (Eco, 1986:344). Más ambigua es la segunda postura, en la cual se confunde muy fácilmente fuerza y poder. Cuando se habla de fuerza, podría hablarse más correctamente de causalidad, refiriéndose por ejemplo a hechos inevitables, como que “el rayo hace arder al árbol”. En cambio, hay ocasiones en las que alguien obliga a otro a hacer algo en virtud de relaciones simbólicas por medio de las cuales el lenguaje, pese a su aparente fragilidad, es capaz de convertirse en fuerza.

Aseverar que el lenguaje es el instrumento del poder no significa que, quienes lo detentan, tengan capacidad absoluta para modelar la conducta de los otros; lo que sí es factible es que, por medio del estudio de un universo específico de discursos, se puedan detectar y examinar las relaciones simbólicas que se han planteado y esta comprensión nos conduce hacia otros campos de conocimiento. “Los discursos ejercen el poder porque transportan un saber con el que se nutre la conciencia colectiva e individual. Este conocimiento emergente es la base de la acción individual y colectiva” (Jäger, 2008:69).

Van Dijk (1997:19-20) propone que los patrones de control de discurso están fuertemente ligados con lo social. En tanto que la gente común sólo tiene acceso activo a géneros de discurso “cotidiano” (como pueden ser conversaciones informales), las élites disponen de control sobre un espectro mucho más amplio, tanto a escala informal como sobre las formas públicas e institucionales de texto y habla. Así, los políticos tienen control sobre el discurso gubernamental y parlamentario y además disponen de acceso preferente a los medios de comunicación masiva. Con ello se ejerce un impacto en los conocimientos, actitudes e ideologías sociales, a pesar de las diferencias sociales o políticas del resto de la población. Si bien el discurso político, el discurso periodístico y, más recientemente, los discursos que se propagan en redes sociodigitales no siempre influyen de manera directa en las opiniones, pueden intervenir en los marcos interpretativos

que se aplican para la comprensión de los acontecimientos sociales y políticos.

Implícitamente y de manera muy compleja, las normas y valores se transmiten mediante las formas en que se describe a los individuos, los grupos, los acontecimientos y las acciones. Por ejemplo, Foucault describe cómo, mediante los discursos, se representa al poder y cómo ello lleva implícita una forma de categorizar a las clases sociales:

El saber oficial ha representado siempre al poder político como el centro de una lucha dentro de una clase social (querellas dinásticas en la aristocracia, conflictos parlamentarios en la burguesía): o incluso como el centro de una lucha entre la aristocracia y la burguesía. En cuanto a los movimientos populares, se les ha presentado como producidos por el hambre, los impuestos, el paro: nunca como una lucha por el poder, como si las masas pudiesen soñar con comer bien pero no con ejercer el poder (Foucault, 1980:32).

El concepto de *poder* trasciende el ámbito de lo político o lo mediático, y está presente en diversos ámbitos de la vida cotidiana; así, para aprehender la forma en que la sociedad perpetua los estereotipos de género, podrían estudiarse discursos donde se visibiliza el poder del hombre sobre la mujer en el ámbito cotidiano, o bien podría estudiarse la forma como las interacciones cotidianas se convierten en uno de los primeros elementos para preservar formas de dominio, como ocurre con los discursos de los padres hacia los hijos, o de maestros hacia estudiantes, o de médicos hacia pacientes o en general de cualquier actor social que pueda obligar o impedir a otros a realizar cualquier acción, por mínima o hasta invisible que ésta parezca. La forma en que operan estas huellas discursivas en la interacción cotidiana se advierte claramente en el ejemplo siguiente:

Fíjate que una vez me tocó en Liverpool, fui a ver un anuncio, y me tocó ver a un señor que se veía que trabajaba de mecánico, y ves que se ensucian, y no tuvo la precaución a lo mejor de cambiarse o de averse. Entonces no lo dejaron entrar. Que por la imagen de la tienda no podía entrar el señor. El argumento es que iba a comprar, que tenía dinero para comprar, y le dijeron que no por la imagen simplemente, Javier, 30 años, Cuajimalpa, empleado de Centro Santa Fe (Hernández, 2012: 95).

En todos estos casos nos enfrentamos a una “forma de poder que emerge en nuestra vida cotidiana, categoriza al individuo, lo marca por su propia individualidad, lo une a su propia identidad, le impone una ley de verdad que él tiene que reconocer y al mismo tiempo otros deben reconocer en él” (Foucault, 1988:7), y estas formas de reconocimiento se materializan en discursos.

## 1.5. La construcción de identidad como práctica discursiva

La identidad es un fenómeno complejo que difícilmente puede comprenderse sin referirse al lenguaje, por medio del cual, en toda interacción social, las personas son aceptadas, reconocidas, apreciadas, imitadas o rechazadas. “Toda identidad (individual y colectiva) requiere la sanción del *reconocimiento social* para que exista social y públicamente” (Giménez, 2009:28). El propio Giménez (2005:1) sostiene que “cultura e identidad son conceptos estrechamente interrelacionados e indisolubles en sociología y antropología”; esta afirmación torna aún más evidentes los vínculos entre la identidad y el lenguaje, puesto que éste es también indisoluble de la cultura, de tal suerte que estamos ante conceptos interdependientes uno del otro.

De acuerdo con Giménez, la primera función de la identidad es marcar fronteras entre un nosotros y los *otros*; “no se ve de qué otra manera podríamos diferenciarlos de los demás si no es a través de una constelación de rasgos culturales distintivos” (Giménez, 2005:1); estos “rasgos culturales distintivos” se materializan en discursos en cualquiera de sus manifestaciones: habla, gestos, expresiones, indumentaria, etcétera. Stuart Hall también hace énfasis en la imposibilidad de separar identidad de discurso: “Precisamente porque las identidades se construyen dentro del discurso y no fuera de él, debemos considerarlas producidas en ámbitos históricos e institucionales específicos en el interior de formaciones y prácticas discursivas específicas, mediante estrategias enunciativas específicas” (Hall, 2003:18).

Las identidades son los nombres que damos a las diferentes formas en las que estamos posicionados, dentro de las que nosotros mismos nos posicionamos, o en las que los demás integrantes de la sociedad nos posicionan, a través de nuestros discursos. En otras palabras, las identidades podrían captarse al plantearnos interrogantes tales como ¿quién creo ser yo? ¿cómo creen otros que soy yo? ¿cómo creo que son los otros? ¿cómo creen ser los otros? Formular o responder estas preguntas sería imposible sin recurrir a discursos.

Cuando hablamos o escribimos siempre usamos la gramática de nuestro lenguaje para adoptar una perspectiva particular de cómo es el “mundo”. ¿Este combatiente es un “luchador por la libertad” o un terrorista? Este proceso gramatical se relaciona con nuestra toma de perspectivas sobre qué es “normal” y qué no lo es; qué es “aceptable” y qué no; “qué es correcto” o no; “qué es “real” o no... (Gee, 2002:2)

La identidad está presente en todo acto comunicativo, “todo proceso de interacción implica, entre otras cosas, que los interlocutores implicados se reconozcan recíprocamente

mediante la puesta en relieve de alguna dimensión pertinente de su identidad” (Giménez, 2005:6). Estas prácticas discursivas, a su vez, están insertas en discursos ideológicos, ya sea dominantes o de resistencia. “Uso ‘identidad’ para referirme al punto de encuentro, el punto de sutura entre, por un lado, los discursos y prácticas que intentan ‘interpelarnos’, hablarnos o ponernos en nuestro lugar como sujetos sociales de discursos particulares y, por otro, los procesos que producen subjetividades, que nos construyen como sujetos susceptibles de ‘decirse” (Hall, 2003:20).

Ahora bien, para entender cómo opera la identidad y cómo se relaciona con el discurso, conviene recordar una de las tesis centrales que formula Giménez, y que pretende alertar sobre las pretensiones de psicologizar, y consecuentemente atribuir de forma automática identidad en función de categorías estadísticas, grupos o colectivos (por ejemplo, pensar en una posible “psicología del mexicano”):

la identidad se predica en sentido propio solamente de sujetos individuales dotados de conciencia, memoria y psicología propias, y sólo por analogía de los actores colectivos, como son los grupos, los movimientos sociales, los partidos políticos, la comunidad nacional y, en el caso urbano, los vecindarios, los barrios, los municipios y la ciudad en su conjunto (Giménez, 2005:6).

La construcción de identidad implica un ejercicio más o menos consciente, donde el sujeto se posiciona frente a los demás, para lo cual recurre a los discursos; Davies y Harré (2007:246) lo explican como “el proceso discursivo donde las identidades se localizan en conversaciones en las que participantes, observables y subjetivamente coherentes, conjuntamente producen argumentos. Puede haber posicionamiento interactivo cuando lo dicho por una persona posiciona a otra. Y puede haber posicionamiento reflexivo cuando uno se posiciona a sí mismo”. También Calsamiglia y Tusón conciben la construcción de identidad como un fenómeno eminentemente discursivo:

Como miembros de grupos socioculturales, los usuarios de las lenguas forman parte de la compleja red de relaciones de poder y de solidaridad, de dominación y de resistencia, que configuran las estructuras sociales, siempre en tensión entre la igualdad y la desigualdad, la identidad y la diferencia. Las identidades sociales de las personas –complejas, variadas e incluso contradictorias– se construyen, se mantienen y se cambian a través de los usos discursivos. Porque es en ellos donde se activan y se materializan esas caras que se eligen para cada ocasión (Calsamiglia y Tusón 2002:16).

Presentamos un ejemplo sobre cómo opera la construcción discursiva de la

identidad, es decir, la forma en que las personas se posicionan a sí mismas frente a otras; adicionalmente, en el párrafo siguiente puede advertirse cómo para el entrevistado los objetos o las pertenencias materiales operan como símbolos que marcan para otros una determinada posición en la estructura socioeconómica:

[...] si tú sabes que vas a ir a una tienda de prestigio, lógicamente que no te vas a ir con unos tenis rotos..., que, digo, la gente de dinero es más... que le vale todo ¿no? A lo mejor tú dices, para ir a ese lugar tengo que ir bien vestido, bien calzado, y esto y el otro. Y *a lo mejor* el que tiene dinero *ni se preocupa* (Mireya, 40 años, empleada de Plaza del Salado) (Hernández, 2012:192)

Otro ejemplo de construcción de identidad, en este caso entre jóvenes usuarios de Facebook, se obtuvo de Alvarado (2013:80-81), quien a partir de los apodosos y las fotografías de perfil de los usuarios reflexionó sobre cómo los jóvenes se presentan ante los demás, y cómo la identidad se alimenta del conjunto de experiencias personales, colectivas y sociales, expresadas en distintos tipos de lenguajes. Algunos de los *nicknames* (o nombres con los que se presentan los usuarios en redes sociales) recopilados en este trabajo son los siguientes: *Chiiqlosaa Liiç Tin*, *Martínez*, *Eztreelliitha Ojüthos*, *Salvador Reyes*, *Meli Sánchez*, *Narf Mtç*, *Sebastián Ronaldito*, *Valeria de los Valerios*, *Christian Wynek*, *Dewey Ramos Espinosa*, *Mariia Vite Pérez*, *Stok Dosp* o *Pako Ymay*.

La construcción de identidad no supone necesariamente un ejercicio consciente por parte de la persona: “Uno puede ser un sujeto que actúa de manera coherente con sus creencias, deseos, valores y experiencias sin tener que hacer un ejercicio de autorreflexión a partir del cual se cuente una historia sobre sí mismo” (Curcó y Ezcurdía, 2009:21). Aquí radica parte de la importancia de la tarea del analista, al intentar desentrañar, por medio de los discursos, cuáles son las identidades que se construyen o se heteroconstruyen, es decir, que se atribuyen a otros.

El análisis del discurso permite identificar en las interacciones las marcas específicas por medio de las cuales, en un contexto y tiempo específico, los individuos o los colectivos buscan diferenciarse, de manera consciente o inconsciente, de los demás, lo cual conduciría a una aproximación más sistemática en torno al concepto de identidad y los recursos lingüísticos y semióticos con los que ésta se expresa, considerando, de acuerdo con Crystal (1987), la multiplicidad de identidades susceptibles de ser construidas: identidad física, psicológica, geográfica, étnica, social, contextual o estilística.

## 1.6. El discurso y la construcción social de la realidad

Otro de los conceptos que nos proponemos explorar para identificar sus relaciones con el de discurso es el de la construcción social de la realidad, según planteado originalmente por Berger y Luckmann. De acuerdo con los postulados de la sociología del conocimiento, la realidad como tal no existe, sino que resulta de los diversos conocimientos y de su socialización en la vida cotidiana:

El lenguaje usado en la vida cotidiana me proporciona continuamente las objetivaciones indispensables y dispone el orden dentro del cual éstas adquieren sentido y dentro del cual la vida cotidiana tiene significado para mí. Vivo en un lugar que tiene un nombre geográfico; utilizo herramientas, desde abrelatas hasta autos deportivos, que tienen un nombre en el vocabulario técnico de la sociedad en que vivo; me muevo dentro de una red de relaciones humanas –desde el club al que pertenezco hasta los Estados Unidos de América–, que también están ordenadas mediante un vocabulario. De esta manera el lenguaje marca las coordenadas de mi vida en la sociedad y llena esa vida de objetos significativos (Berger y Luckmann, 2001:39).

Para Berger y Luckmann es tarea de la sociología del conocimiento analizar los procesos por medio de los cuales la realidad se construye a partir de un proceso social; sostienen asimismo que tanto el “conocimiento” como la “realidad” son relativos. Otro de los conceptos importantes para este enfoque es el de *sentido común*, es decir, los conocimientos, creencias, valores compartidos y considerados válidos, lógicos y prudentes por una comunidad. Uno de los antecedentes de este concepto se encuentra en Alfred Schütz (1972) quien se centró en el estudio del mundo del sentido común en la vida cotidiana y en las formas de relación intersubjetiva en el mundo de la vida.

Como podemos advertir, para que los procesos anteriores tengan lugar, el lenguaje y la interacción social son elementales. “El lenguaje se origina en la vida cotidiana a la que toma como referencia primordial; se refiere por sobre todo a la realidad que experimento en la conciencia de vigilia, dominada por el motivo pragmático.” (Berger y Luckmann, 2001:57). De hecho, la dimensión simbólica parece avasalladora en el planteamiento de Berger y Luckmann:

La vida cotidiana se presenta como una realidad interpretada por los hombres y que para ellos tiene el significado de un mundo coherente [...] El mundo de la vida cotidiana no sólo se da establecido como realidad por los miembros ordinarios de la sociedad en el comportamiento subjetivamente significativo de sus vidas. Es un mundo que se origina en sus pensamientos y acciones y que está sustentado como real por estos (2001:34).

Según estos autores, por medio de las interacciones cara a cara convivimos con los demás en un presente compartido por todos y que depende de la experiencia perceptiva, de la inmediatez de la presencia; a esto denominan “objetivación”. Uno de los ejemplos más acabados de objetivación es la significación o producción humana de signos, de los cuales el lenguaje verbal es el más importante. “El material lingüístico se pone [...] al servicio de la construcción de la vida social, de forma variada y compleja, en combinación con otros factores como los gestos, en el discurso oral, o los elementos iconográficos en la escritura” (Calsamiglia y Tusón, 2002:16). De ahí que el lenguaje resulte esencial para intentar comprender la realidad de la vida cotidiana, la cual está constituida por un orden previamente designado antes de que el sujeto aparezca en escena.

Como consecuencia de esta construcción social de la realidad se determina lo que para cada grupo es útil, agradable, importante, bueno, malo, etcétera. Las interpretaciones de la vida cotidiana se transmiten, descubren o construyen por varias vías: familia, sociedad, escuela, medios de comunicación. Como resulta evidente, estas tipificaciones, valoraciones, pautas o experiencias se materializan, necesariamente, en discursos.

Cabe advertir que la *realidad de la vida cotidiana* con frecuencia se encuentra con “zonas limitadas de significado”, es decir, circunstancias o significados nuevos, que pueden o no ir paulatinamente incorporándose en lo cotidiano; si se incorporan, estaríamos frente a un fenómeno de institucionalización, la cual “aparece cada vez que se da una tipificación recíproca de acciones habitualizadas por tipos de actores. Las instituciones, por el hecho mismo de existir, también controlan el comportamiento humano estableciendo pautas definidas de antemano que lo canalizan en una dirección determinada” (Berger y Luckman, 2001:74). Un ejemplo extremo de cómo opera la institucionalización, es decir, de cómo los individuos establecen pautas para que su comportamiento se canalice en una dirección determinada, lo observamos en el siguiente fragmento de entrevista, obtenido de Calderón (2016), quien investigó la forma en que los habitantes de Tamaulipas se han tenido que adaptar al fenómeno de inseguridad derivado de la guerra contra el narcotráfico iniciada por el gobierno calderonista en México en el año 2007:

Hace como dos años fue el pico de la paranoia, hubo mucha gente que tiene que tomar muchos medicamentos porque está muy asustada... la verdad cuando vi esta situación yo hablé con psicólogos, con psiquiatras, por el estrés que nos generaba más que nada por la familia, ellos lo que me explicaban [...] me decían ellos que los humanos tardan dos años en procesar y acostumbrarse, me lo dijeron dos psicólogos y un psiquiatra, que se tarda dos años en acostumbrarse a un choque sea un fallecimiento, una pérdida, en este caso es una pérdida de seguridad y me dicen: “tu cerebro se va a tardar de nueve meses a dos años en procesar. Entonces,

si pasados dos años no has aceptado y sigues pensando en lo mismo y sigues con esa angustia tienes que ir a terapia...” (GF, NL, M, 32, ingeniera/maestra) (Calderón, 2016:152).

En la vida cotidiana, la tecnología juega un papel importante para imponer cambios a la forma en que construimos nuestra realidad, especialmente las tecnologías de comunicación interpersonal, y su capacidad para trastocar la forma en que percibimos, tipificamos y valoramos dimensiones como el tiempo y el espacio. Véase, a manera de ilustración, este ejemplo obtenido de Rincón Gallardo (2015), en torno al uso de teléfonos celulares por parte de adolescentes en la Ciudad de México, y donde la informante da cuenta de los conflictos que suponen las situaciones “limitadas de significado” (conflictos generacionales en relación con el uso de celular), así como la forma en que una práctica se “institucionaliza”, representado, en este caso, por la inmersión en Facebook de la madre de la informante:

Pues es que mi mamá, de por sí me regaña muchísimo, “es que te la vives en el celular” y es que no sé qué, y yo es como “Mamá, es que estoy haciendo tarea” o de repente estoy hablando con mi novio y es como “¡ay, Dios mío!” y me regañan todo el tiempo porque lo uso, pero luego la veo y hace lo mismo que yo y está en WhatsApp y está en Facebook y está en mil cosas y es como de que “Mamá, me regañas y sigues en lo mismo” o sea ella y yo, sí es como que lo usamos más o menos igual entre WhatsApp y Facebook, más o menos, pero ella más para trabajo. Yo supongo que lo tengo que utilizar más para ponerme de acuerdo con mis compañeros, que hablar con mi novio, que investigación de la tarea, o sea es un rollo, yo sí lo utilizo muchísimo más y mi papá, pues, más que nada para correos y la verdad que yo no (Paola, 17 años, 6° preparatoria, vecina).

En otro ejemplo obtenido también de Rincón Gallardo (2015), se advierte con suma claridad cómo opera la construcción social de la realidad; en este caso, una joven reflexiona sobre cómo se han transformado las relaciones interpersonales o afectivas, es decir, cómo el sentido común en torno a qué es lo prudente, lo valioso o lo lógico se ha modificado:

Paula: Eso de mandar las conversaciones a otra persona, ¿cómo lo ves?

Sara: Yo sí he mandado mil conversaciones mías a otras personas, pero nunca me ha pasado que ellas las manden a otros, o sea siempre se lo quedan o lo eliminan,

Paula: ¿tiene que ver con el refuerzo de lazos sociales?

Sara: Sí, pero eso también como que nos hemos convertido en muy dependientes de las opiniones de los demás, como que antes, cuando tú tenías una pareja o algo

era tu decisión, o sea, sí le podías contar a tus amigas y todo, pero en el momento de hablar con él era tu decisión, tu manera de hablar, tu manera de contestarle, tu enojo, tu todo y ahorita siento que ya no; cuando le cuento a una amiga “no, es que me dijo esto” me dice “no, enójate” y es como “bueno, sí, me voy a enojar” y entonces siento que en una relación de pareja ya no es él y ella, ya es de él y el amigo y ella y sus amigas

Paula: ¿Porque tienes tiempo de consulta?

Sara: Sí, exacto, puedes no contestarle y mientras él está con el *voice note*, tú estás mandando el *screenshot* a otra, o sea ya no es tu relación ya es relación de todos [...] a mí sí me ha pasado últimamente que les digo “¿sí me enojo o no me enojo?” Como que, o sea, va a sonar muy cursi, pero como que ya no se enamora de ti, sino se enamora de lo que te dijeron todos que le dijeras, ¿sí me explico? (Entrevista, Sara, 18 años, Plantel 1, 6° preparatoria).

Según ha quedado expuesto, la *realidad* y los elementos a partir de los cuales se percibe, se transmite, se institucionaliza o se modifica no pueden deslindarse de su dimensión significativa, es decir de los discursos en los cuales todo lo anterior se materializa.

## 1.7. La dimensión discursiva de las representaciones sociales

Otro concepto difícil de comprender si no se alude a la forma en que se materializa en discursos es el de representaciones sociales, ampliamente desarrollado por la psicología social y propuesto originalmente por Sergei Moscovici. Alude a la forma en que, socialmente, se captan los conocimientos, las características de los acontecimientos, las informaciones transmitidas por los medios, el conocimiento espontáneo, ingenuo, de sentido común, que es elaborado y compartido por la tradición, el conocimiento práctico. Jodelet clarifica la estrecha relación entre las representaciones sociales y el lenguaje:

Porque hablar de sujeto en el campo de estudio de las representaciones sociales es hablar del pensamiento, es decir, referirse a procesos que implican dimensiones psíquicas y cognitivas; a la reflexividad mediante el cuestionamiento y el posicionamiento frente a la experiencia; a los conocimientos y al saber; y a la apertura hacia el mundo y los otros. Tales procesos revisten una forma concreta en contenidos representacionales expresados en actos y en palabras, en formas de vivencia, en discursos, en intercambios dialógicos, en afiliaciones y conflictos (Jodelet, 2008:60).

Las representaciones sociales tienen por función “elaborar una identidad social y personal gratificante; es decir, compatible con los sistemas de normas y valores social e

históricamente determinados” (Mugny y Carugati en Abric, 2001:15). Al explicar que las representaciones sociales son inseparables de su contexto, Abric también da preeminencia a lo discursivo:

Por el contexto discursivo primeramente, es decir, por la naturaleza de las condiciones de producción del discurso, a partir del cual será formulada o descubierta una representación. En la medida en que, en la mayoría de los casos, son producciones discursivas que permiten entrar a las representaciones, es necesario analizar sus condiciones de producción, y tener en cuenta que la representación recabada se produce en situación, para un auditorio, a quien pretende argumentar y convencer (Abric, 2001:14).

Las representaciones sociales no son estáticas, sino que están en constante evolución; en este proceso, los medios de comunicación tradicionales y, en tiempos recientes, medios alternativos como lo son las redes sociodigitales, contribuyen a construir la percepción individual y grupal en torno a nuevos fenómenos sociales y culturales. Roger Chartier, cuya historia cultural debe mucho al estudio de las representaciones sociales, sostiene que éstas nos faltan:

para pensar de manera más compleja y dinámica las relaciones entre los sistemas de percepción y de juicio y las fronteras que atraviesan el mundo social [...] los esquemas que generan las representaciones deben ser considerados, al mismo tiempo, como productores de lo social puesto que ellos enuncian los desgloses y clasificaciones posteriores (Chartier, 1992:iv).

A manera de ejemplo de cómo operan las representaciones sociales, presentamos un fragmento de entrevista realizada por Calderón (2016) con un director de escuela en Nuevo Laredo, Tamaulipas, quien reflexiona sobre la forma en que la inseguridad a la que la población ha estado sometida en los últimos años como consecuencia del combate al narcotráfico ha modificado incluso los hábitos de juego de los niños y jóvenes:

...en la escuela se ven muchas cosas, tengo ahí desde primaria hasta preparatoria y ves la mentalidad que ellos tienen; ellos no quieren ser doctores, quieren ser narcos, ellos juegan a balacearse, eso es lo que hay ahorita en las primarias [...] yo no sé si en todas pero en la mayoría los niños tienen esa mentalidad, entonces, yo, como director general, tengo que contrarrestar eso, ¿de qué manera? He invitado a psicólogos, a conferencistas, desde primero hasta sexto, secundaria y preparatoria... (GF, NL, H, 30, director de escuela) (Calderón, 2016:151).

Para acercarse a la comprensión de las representaciones sociales hay que adentrarse primero en el pensamiento individual, y a partir de ahí llegaremos al nivel colectivo que

le da una categoría o valor a la representación de lo que sucede en el entorno.

Una veta interesante para acercarse a las representaciones sociales es el estudio de las emociones, que son producto no sólo del pensamiento individual, sino también, como ha demostrado la psicología social, del pensamiento colectivo. Como sostiene Gutiérrez (2014:17-18), “El tema de las emociones es de gran importancia en el estudio de las RS [representaciones sociales] ya que indican, expresan o revelan las ideas, percepciones y creencias que los individuos construyen sobre aquellos temas que los tocan de manera sensible”.

Salta a la vista cómo los estudios del discurso permiten una mayor comprensión de las representaciones sociales al advertir que se trata de un conjunto de valores, ideas, y prácticas establecidas en forma colectiva y que se materializan en lenguaje. En consecuencia, por medio del registro y análisis de las interacciones sociales (conversaciones, entrevistas, información difundida en los medios masivos o compartida en redes sociodigitales) sobre lo que se considera, por tradición o de manera espontánea, parte del sentido común, podremos identificar las representaciones sociales.

Para ilustrar lo anterior, presentamos un fragmento de entrevista obtenido de una investigación realizada para conocer la manera en que se ha conformado una memoria social entre los habitantes del barrio de La Merced, en la Ciudad de México, y donde se hacen evidentes, en la voz del entrevistado, las representaciones sociales que tenían sobre el barrio quienes no habitaban en él.

Siempre te etiquetan, desde niño, que yo recuerdo, y te preguntaban de dónde eres y uno decía, así, bajita la voz, “de la Merced Balbuena”, y nos decían “el chismoso”, “el verdulero”, “el peleonero de La Merced” y ya lo primero que te preguntan es “oye, y ¿cómo están las putas?”, fíjate, ¿no?, así como si tú tuvieras una relación cercana con ellas y realmente no existe esa relación que la gente te etiqueta luego luego, que es prostitución, delincuencia, drogadicción, basura en La Merced; con quien platiques te va a decir lo mismo y tú lo vas a escuchar (Paz, 2015:32-33).

## 1.8. El discurso y la transmisión de la memoria social

El discurso es un valioso camino para acercarse a la forma en que las sociedades construyen su memoria, siempre a partir de un presente común. La memoria está asociada a eventos, objetos y emociones, los cuales para ser compartidos entre los miembros del grupo social requieren ser materializados en lenguajes.

La memoria, como señala Ricoeur (2003:41), es “nuestro único recurso para significar el carácter pasado de aquello de lo que declaramos acordarnos... no tenemos nada

mejor que la memoria para significar que algo tuvo lugar, sucedió, ocurrió, antes de que declarásemos que nos acordamos de ello”. Y la memoria se actualiza, necesariamente, en lenguaje.

Por otra parte, esta memoria no atañe solamente a las experiencias individuales, sino que se va conformando a partir de la experiencia colectiva:

uno no se acuerda sólo de sí, qué ve, qué siente, qué aprende, sino también de las situaciones mundanas en las que se vio, se sintió, se aprendió. Estas situaciones implican el cuerpo propio y el cuerpo de los otros, el espacio vivido, en fin, el horizonte del mundo y de los mundos, bajo el cual algo aconteció” (Ricoeur, 2003:58).

La experiencia es inseparable del lenguaje, pues es a partir de éste como la vamos registrando, por medio de la acumulación de expresiones, narrativas, relatos, imágenes, percepciones, que tienen sentido precisamente por tener un correlato en el lenguaje, en cualquiera de sus modalidades. Las experiencias que almacenamos y compartimos son parte de un proceso intersubjetivo.

Ilustramos este proceso de formación de una memoria colectiva con un fragmento de entrevista realizada por Paz (2015), donde su informante comparte la forma en que se celebraba la Navidad y el Año Nuevo en el Barrio de La Merced, y donde resulta interesante señalar cómo la experiencia individual del entrevistado se fusiona con la de los habitantes del barrio:

Las fogatas eran en Navidad y Año Nuevo, todos abrían sus casas y te invitaban a comer y una copa y se pasaba de una casa a otra y terminábamos en la madrugada y hacíamos una fogata y nos juntábamos y cantábamos y pasándola bonito entre todos. En Navidad también estaba la familia de Carmen Quintana, que vivía en una accesoria grande a un lado de nuestra tienda y ahí en esa accesoria, ese día la abrían, ponían una meseta y le daban pozole a todo aquel llegara gratis y su refresco, era un detalle muy bonito, era una familia que tenía esa costumbre en Navidad y le daba de cenar a todo mundo (Marcos/agosto/2014) (Paz, 2015:31).

Otro aspecto importante de la memoria social radica en que, a partir de las experiencias colectivas conformadas a lo largo del tiempo, los individuos perciben y valoran su presente; como afirma Halbwachs (2004:106): “Nuestra memoria, sin duda, retoma, a medida que avanzamos, buena parte de lo que parecía haberse escurrido, aunque de una forma nueva” así se advierte en el siguiente ejemplo, también obtenido de Paz (2015):

Para mí La Merced me genera alegría, tristeza, muchos recuerdos bonitos, como

las actividades que habían en el barrio, la lealtad hacia la gente, el respeto hacia la intimidad de los otros, porque aun en las vecindades que todos conocían la vida de los demás, había respeto a la vida privada de la gente y eso se ha ido perdiendo, había otras tradiciones (Marcos/ junio/ 2014) (Paz, 2015:32).

Recordar, más que un acto de memoria individual, es la convergencia de las experiencias personales con los marcos sociales, es decir con la memoria colectiva; Ricoeur (1999:19) sugiere que al recordar se presenta una “constitución simultánea, mutua y convergente de ambas memorias” y por ello el estudio de la memoria colectiva reviste gran interés para las ciencias sociales.

El uso que el hombre hace de la facultad de la memoria evolucionó con el curso del tiempo. Probablemente cuando lo adquirido empezó a superar a lo innato en el proceso de socialización, hace aproximadamente cien mil años, la memoria haya tomado un lugar cada vez más importante dentro de las sociedades. A partir de ese momento se impuso la necesidad de transmitir a las generaciones siguientes lo adquirido –saberes, maneras de hacer las cosas, creencias y tradiciones–, necesidad que constituye el origen de la invención de diferentes procesos mnemotécnicos, y mucho más tarde el desarrollo del arte de la memoria, antes de que la escritura primero, y la imprenta luego, sustituyeran parcialmente la memorización (Candau, 2002:10).

La memoria está presente en todas las dimensiones de la vida cotidiana. Como propone Candau (2002:36): “La memoria acompaña cada día de una vida humana porque no hay nada conocido que no pertenezca al pasado y que, por consiguiente, no tenga que ser memorizado”. Para acercarse a esta memoria, el investigador no tiene otro camino que recurrir al lenguaje, y conocer así cómo la memoria ha sido almacenada y actualizada constantemente.

Con frecuencia revivir o rescatar la memoria social forma parte de una acción política, como ocurre en los procesos de *olvido*: “El esfuerzo de rememoración ofrece la ocasión más importante de hacer ‘memoria del olvido’, de tal suerte que se pueda ‘luchar contra el olvido’, arrancar algunas migajas de recuerdo a la ‘rapacidad’ del tiempo, a la “sepultura en el olvido” (Ricoeur, 2003: 51).

Lenguaje y memoria son inseparables, como propone Halbwachs, luego de examinar detalladamente los intentos por recuperar *recuerdos* de lo experimentado durante el sueño o lo que ocurre en individuos afectados de afasia: “No existe posibilidad de memoria fuera de los marcos utilizados por los hombres que viven en sociedad para fijar y recuperar sus recuerdos. Ése es el resultado inequívoco a que nos condujo el estudio del sueño y la afasia, es decir, de los estados más característicos en que el campo de la memoria se reduce” (Halbwachs, 2004:101).

El análisis de discurso podría considerarse parte necesaria de toda tentativa de estudiar la forma en que esta memoria colectiva se construye, se rescata del olvido y se transmite a lo largo del devenir humano.

## 1.9. El discurso y su relación con la percepción

La manera en que las personas captan la realidad es un fenómeno cultural; como propone Abric, la realidad es percibida por el individuo o el grupo y reconstruida en su sistema cognitivo, integrada en un sistema de valores que dependen de su historia y del contexto social e ideológico que la circunda (Abric 2001:12-13); a partir de estos modos de ver o de percibir la realidad nos aproximamos a los trasfondos culturales que determinan entornos, modo de vivir, o cómo los sujetos dotan de significados socialmente determinados a sus espacios, sus prácticas, sus experiencias.

La dimensión espacial es muy importante para los análisis relacionados con la percepción; Signorelli (1999:61) propone que el espacio es una dimensión existencial, que llega a la conciencia y es percibido casi exclusivamente en términos fenomenológicos, es decir, a partir de la propia experiencia.

A diario un individuo recibe centenares de estímulos pero sólo es consciente de una parte de ellos. Así, al ser parte de una cultura determinada cada persona *decide* qué es lo que ve y cómo lo ve; “estos mecanismos son aprendidos, y establecen la selección de ciertos componentes, que se hacen pertinentes en función de ciertos hábitos y esquemas que dan a las informaciones provenientes del ojo una estructura, una coherencia y un significado” (González, 2001:14).

La percepción y la experiencia se vinculan estrechamente. Siempre basamos nuestras experiencias particulares en un contexto previo para asegurar que resulten inteligibles; nuestra mente está predispuesta con marcos esquemáticos, con formas típicas de objetos ya experimentados. Percibir un objeto o actuar sobre él significa localizarlo entre todo este sistema de expectativas (Connerton, 2006:6). En consecuencia, para acercarnos a la forma en que los individuos perciben *su realidad* es innegable que el acercamiento a lo discursivo es un elemento clave. A manera de ejemplo, transcribimos un fragmento obtenido de una entrevista realizada por Paz (2015) donde podemos advertir de manera clara cómo el entrevistado, habitante desde niño en el barrio de La Merced, refiere *cómo se percibía* en su infancia, al sexoservicio, el alcoholismo o la drogadicción:

Desde pequeño, que hemos estado aquí en el barrio, no se hablaba del sexoservicio, se veía como algo natural, era, como dijéramos, un mal necesario, era parte de la vida cotidiana porque tampoco se hablaba del carterista, no había comentarios de

ese tipo, como tampoco los había del sastre, del comerciante, del borracho, de todo eso se hablaba, de que no era lo bueno, nos decían que lo correcto era estudiar, trabajar para vivir honradamente, pero aun así la gente los procuraba, por ejemplo al borrachito, era todavía hasta consentido, se le daba su veinte para su alcohol, pero no vieran a alguien fumando marihuana o alguien tatuado porque en automático era delincuente y pues no siempre era cierto, pero la manera de ver a cada uno eran muy diferentes (Hugo/julio, 2014) (Paz, 2015:31).

La percepción tiene un fuerte componente histórico; la experiencia colectiva almacenada en la memoria social interviene en la forma en que *vemos* el mundo. Véase en el siguiente fragmento cómo el entrevistado reflexiona sobre cómo se percibe actualmente la prostitución:

La prostitución no es un tema que se hable aquí en La Merced, no, aquí no se habla de esto, porque estás acostumbrado a verlos, no lo ves con morbo ya, por ejemplo vas con los niños a una salida, haz de cuenta que fueran invisibles ellas, no las ven, no hay comentarios ni nada, para nosotros es un cotidiano aquí verlas, a lo mejor a veces sí existe el morbo de verlas (Ramiro/junio/2014) (Paz, 2015:181)

La percepción es un acto eminentemente cultural; solemos percibir aquello que de antemano tenemos categorizado como relevante para una determinada situación. Por ejemplo, en *La representación de la persona en la vida cotidiana*, Goffman ilustra la forma en que opera la percepción en los procesos de interacción social:

Cuando un individuo llega a la presencia de otros, estos tratan por lo común de adquirir información acerca de él o de poner en juego la que ya poseen. Les interesará su estatus socioeconómico general, su concepto de sí mismo, la actitud que tiene hacia ellos, su competencia, su integridad, etc. Aunque parte de esta información parece ser buscada casi como un fin en sí, hay por lo general razones muy prácticas para adquirirla. La información acerca del individuo ayuda a definir la situación, permitiendo a los otros saber de antemano lo que él espera de ellos y lo que ellos pueden esperar de él. Así informados, los otros sabrán cómo actuar a fin de obtener de él una respuesta determinada (Goffman, 1981:13).

En suma, al advertir la estrecha relación entre lo discursivo con el pensamiento, la ideología, la identidad, el poder, la percepción, la memoria colectiva, la construcción social de la realidad o las representaciones sociales, más de un sociólogo, historiador, antropólogo o psicólogo social debería dejar de lado, si la tuviera, su reticencia hacia el estudio del discurso.

## 2

### CONCEPTOS FUNDAMENTALES PARA EL ESTUDIO DEL DISCURSO

Ninguna disciplina podría abordar, por sí sola, el estudio del discurso; al menos no hay registro formal de algo llamado *discursología*<sup>1</sup> o *discursótica*. La inexistencia de esta hipotética ciencia no parece algo accidental: el discurso es un concepto tan complejo que para ocuparnos de él es preciso recurrir a las aportaciones de la filosofía del lenguaje, la lingüística, la semiología, la antropología, la sociología, la historia, la psicología social o la crítica literaria. Desde sus orígenes los estudios sobre el discurso se han distinguido por ser interdisciplinarios; esto, en los tiempos actuales, no supone una característica distintiva, pues es imparable la tendencia, en muchos otros campos teórico-metodológicos, y no sólo en las ciencias sociales, por la interdisciplina (transdisciplina, multidisciplina, heterodisciplina o neologismos similares).

Además de este aspecto interdisciplinario, otra característica que figura de manera creciente en la construcción de objetos de investigación relacionados con el discurso es la necesidad de considerar no sólo lo verbal, sino tratar de aprehender conjuntos significantes formados por multiplicidad de elementos de diverso orden, y que en conjunto se integran a un complejo semiótico, como lo define Bob Hodge en *Social Semiotics* (1995); vemos cómo lingüística y semiótica funcionan de forma cada vez más amalgamada, volviendo así realidad el sueño preconizado por Saussure en su famoso y póstumo *Curso de lingüística general*: “Se puede, pues, concebir una ciencia que estudie la vida de los signos en el seno de la vida social [...] Nosotros la llamaremos semiología (del griego *σῆμα* ‘signo’)” (Saussure, 1980: 43).

El objetivo de este capítulo es hacer una revisión sucinta a algunas disciplinas y campos relacionados con el estudio del lenguaje en sus diversas modalidades, pues representarán un interesante acercamiento hacia la comprensión del lenguaje puesto en acción.

<sup>1</sup> En una búsqueda virtual encontramos un título llamado *Ensayos sobre discursología: políticas del discurso y el psicoanálisis contemporáneo* (Comas, et.al, 2011), con un enfoque fundamentalmente psicoanalítico.

## 2.1. La filosofía del lenguaje y la relación entre pensamiento, lenguaje y mundo

Los estudios del discurso deben a la filosofía del lenguaje muchos de sus planteamientos, al permitir reflexionar sobre el origen, naturaleza y función del lenguaje y su relación con el pensamiento, el significado, la referencia, la traducción o la experiencia, en suma, la forma en que, por medio del lenguaje, se aprehende el mundo. No sorprenden las estrechas relaciones entre la filosofía del lenguaje y los estudios del discurso, más aún si consideramos que ambos han discurrido por campos diversos imposibles de ser confinados al imperio de una sola disciplina:

Los problemas relativos al lenguaje de los que habitualmente se ocupan los filósofos constituyen una colección casi sin trabazón, por lo cual resulta difícil encontrar un criterio claro que los separe de los problemas del lenguaje tratados por los gramáticos, los psicólogos y los antropólogos (Alston, 1964:13).

Según Müller y Halder (1976:180) un tema central para la filosofía del lenguaje es indagar sobre la doble función del lenguaje: éste permite descubrir al mundo, pero también lo encierra. Para Cooper (2002:316), la filosofía del lenguaje busca proporcionar una teoría integrada y esclarecedora de las relaciones entre el lenguaje y sus hablantes y entre el lenguaje y el mundo. En el primer campo se agrupan problemas como el carácter innato, o no, del conocimiento lingüístico y la teoría de los actos de habla. En el segundo se examinarían problemas como el paralelismo, o no, entre estructuras del lenguaje y realidad.

En la filosofía del siglo xx, la filosofía del lenguaje ocupa un lugar prominente, fenómeno que se conoce como el “giro lingüístico” en la filosofía, donde resulta esencial la mirada social hacia el lenguaje. En este sentido, los estudios del discurso comparten con la filosofía del lenguaje postulados tales como el hecho de que existe una íntima conexión entre lenguaje y pensamiento, o bien, que los modos generales en los que una cultura piensa y concibe la realidad se relacionan con el lenguaje. Consecuentemente, son innegables los puentes teóricos entre la filosofía del lenguaje y los estudios del discurso.

Sin duda, uno de los autores más importantes para comprender el lenguaje puesto en acto es Ludwig Wittgenstein, sobre todo el así llamado segundo Wittgenstein, con *Investigaciones filosóficas*, cuyos conceptos de juegos de lenguaje, formas de vida, seguir la regla, *Weltbild* o imagen del mundo; el *ver como* y la perspectiva; la representación perspicua, las semblanzas de familia y las metáforas, arrojaron nueva luz, a partir del lenguaje cotidiano, no sólo sobre la forma de hacer filosofía, sino también para enriquecer nuestra mirada sobre cómo opera el lenguaje en todas las dimensiones de la vida:

Llamaré también “juego de lenguaje” al todo formado por el lenguaje y las acciones con las que está entretejido (Wittgenstein, 1988:7).

Ten a la vista la multiplicidad de juegos de lenguaje en estos ejemplos y en otros: dar órdenes y actuar siguiendo órdenes–; Describir un objeto por su apariencia o por sus medidas–; Fabricar un objeto de acuerdo con una descripción (dibujo) –(...) Inventar una historia; y leerla–; Actuar en teatro–; Cantar a coro–; Adivinar acertijos–; Suplicar, agradecer, maldecir, saludar, rezar. (Wittgenstein, 1988:23).

Nuestro lenguaje puede verse como una vieja ciudad: una maraña de callejas y plazas, de viejas y nuevas casas, y de casas con anexos de diversos periodos: y esto rodeado de un conjunto de barrios nuevos con calles rectas y regulares y con casas uniformes (Wittgenstein, 1988:18).

[...] –En vez de indicar algo que sea común a todo lo que llamamos lenguaje, digo que no hay nada en absoluto común a estos fenómenos por lo cual empleamos la misma palabra para todos –sino que están emparentados entre sí de muchas maneras diferentes. Y a causa de este parentesco, o de estos parentescos, los llamamos a todos “lenguaje” (Wittgenstein, 1988:65).

La clave para comprender el elusivo pensamiento de Wittgenstein es el lenguaje, pero no desde una abstracción teórica, sino reflexionado a partir de su uso cotidiano: los hechos del lenguaje humano y la forma en que operan; nuevas formas de estudiarlo; una nueva concepción para su significado en la filosofía y, por extensión, en cualquier empresa intelectual; en suma, tomar conciencia de nuestro lenguaje como un acercamiento a aquello de lo cual la filosofía siempre se ha encargado. En el sentido más amplio y general, Wittgenstein simple y sencillamente llama la atención sobre la centralidad y la relevancia del lenguaje en la vida, el pensamiento y la acción humanas (Pitkin, 1985:2). Si el discurso es una puerta de entrada para comprender el mundo, hay que estar prevenidos con respecto a los retos que supone esta empresa académica.

Según Wittgenstein, es primero el lenguaje mismo y su “lógica” lo que oponen un obstáculo casi infranqueable a una comprensión correcta de su funcionamiento. El psicoanálisis y la sociología nos han convencido desde hace mucho mediante argumentos muy diferentes que nuestros juegos de lenguaje y nuestras formas de vida no pueden sernos totalmente transparentes (Bouveresse, 2006:225).

De acuerdo con Jacques Bouveresse, experto en el pensamiento de Wittgenstein, las aportaciones de este filósofo pueden servir de orientación a quien se enfrente a la necesidad de encontrar cierto orden en los discursos que pretende estudiar:

Wittgenstein sostuvo que la tarea de la filosofía consiste, en lo esencial, en proponer nuevas analogías y hacer agrupamientos inéditos, diferentes de aquellos a los que estamos acostumbrados. El filósofo es alguien que dice: “¡Ve las cosas así, más que

de esa otra manera!” o “¡Conecta esto con esto otro, más que con aquello!” Intenta instaurar cierto orden en los fenómenos que nos libere de la impresión lastimera que tenemos en filosofía de no saber por dónde andamos (Bouveresse, 2006:269).

En efecto, con frecuencia, el analista, abrumado por grandes *corpora* discursivos, verá allanada su tarea al cambiar su perspectiva, al buscar analogías, al encontrar conexiones entre unos discursos con otros. Más adelante, en el quinto capítulo, haremos una breve revisión al potencial metodológico de las propuestas de Wittgenstein para el análisis del discurso.

Otros filósofos del lenguaje fundamentales para comprender el discurso son John Austin y su discípulo John Searle, quienes postularon la teoría de los actos de habla. Austin, en su clásico *Cómo hacer cosas con palabras*, propone la teoría de los actos de habla o performativos, por medio de los cuales se cuestiona que la única finalidad de un enunciado sea describir o enunciar algo. Más allá de este propósito, *hablar*, decía Austin, es también y sobre todo una forma de *actuar*; “*parece claro que expresar la oración (por supuesto que en las circunstancias apropiadas) no es describir ni hacer aquello que se diría que hago al expresarme así, o enunciar lo que estoy haciendo: es hacerlo*” (Austin, 1982:46). Esta forma de mirar el lenguaje es sin duda relevante y supuso una revolución en la forma de concebir el estudio del lenguaje, que daría lugar a incontables investigaciones en busca no sólo del significado de los enunciados, sino principalmente del sentido de tales enunciados. Destaca para este autor la identificación de los actos de habla, que pueden ser:

*Locutivos*: se refieren a decir algo, expresar una oración con un cierto sentido y referencia;

*Illocutivos*: aluden a la forma en que estamos usando la locución, por ejemplo, para preguntar o responder una pregunta, para dar información, formular una advertencia, anunciar un propósito, dictar una sentencia, concertar una entrevista, hacer una exhortación o una crítica, o identificar o describir algo.

*Perlocutivos*: son los que se producen al decir algo, al efecto que suscitan, por ejemplo, persuadir, convencer o comprometer.

La importancia del nivel pragmático de la lengua, es decir, la aseveración de que sólo se puede reconstruir el sentido de lo que se dice, a partir de las condiciones específicas de enunciación, ha derivado en una insostenible autonomía en la forma en que se concibe al lenguaje en relación con el conjunto de acciones de las que forma parte; en otras palabras, el *lenguaje*, en efecto, *hace* cosas, pero también las *acciones dicen* cosas. Esta forma

de concebir al lenguaje como un acto separado de otros elementos no es atribuible a la teoría de Austin, quien formuló amplias prevenciones para evitar la tentación de suponer que el lenguaje es omnipotente:

Expresar las palabras es, sin duda, por lo común, un episodio principal, si no el episodio principal, en la realización del acto (de apostar o de lo que sea), cuya realización es también la finalidad que persigue la expresión. Pero dista de ser comúnmente, si lo es alguna vez, la única cosa necesaria para considerar que el acto se ha llevado a cabo. Hablando en términos generales, siempre es necesario que las circunstancias en que las palabras se expresan sean apropiadas, de alguna manera o maneras. Además de ordinario, es menester que el que habla, o bien otras personas, deban también llevar a cabo otras acciones determinadas “físicas” o “mentales”, o aun actos que consisten en expresar otras palabras. Así, para bautizar el barco, es esencial que yo sea la persona designada a esos fines; para asumir el cargo es esencial que yo reúna los requisitos correspondientes, etc.; para que tenga lugar una apuesta, es generalmente necesario que haya sido aceptada por otro (el que tiene que haber hecho algo, por ejemplo, haber dicho “aceptado”); y difícilmente hay un obsequio si digo “te doy esto” pero jamás entrego el obsequio (Austin, 1982:49).

El descubrimiento de que con el lenguaje no sólo se describía o enunciaba algo, sino que también se *hacía* algo, con el tiempo ha creado una falsa división entre el decir y el hacer (por fortuna esto ha ocurrido sólo en términos del pensamiento científico, pues en circunstancias más o menos normales generalmente nadie en su sano juicio *dice* o *hace* algo sin una finalidad concreta, aunque desde luego rara vez se le ocurra teorizar sobre ello); en realidad, y eso es lo que pretendemos demostrar, si hay un *decir*, es que hay un *hacer*; y si hay un *hacer* es porque hay un *decir*.

La relación entre el decir y el hacer no nace necesariamente con Austin; desde los evolucionistas decimonónicos se asume que las acciones *dicen* algo. Así ha quedado demostrado en varios de los autores clásicos de la antropología simbólica, como Turner (1980) y su clasificación de símbolos rituales de los ndembu; Leach (1978) al proponer la lógica de la conexión de símbolos, o con Douglas (1978:4) y su intención de construir un puente entre la antropología y otras disciplinas para encontrar correlaciones entre los sistemas simbólicos y los sistemas sociales.

Es también pertinente recordar que, a tres años de publicada la obra de Austin, Noam Chomsky (1970) en lo que supuso una revolución a la lingüística saussureana, explicaba en sus *Aspectos de teoría de la sintaxis* que, en lugar de hablar de lengua y habla, cabría hablar de competencia y *actuación* (*performance*), y aquí la elección semántica para designar lo que tradicionalmente se conocía como *habla*, nos lleva a pensar ineludiblemente en que Chomsky estaba plenamente convencido de que *hablar* es *actuar*.

La noción de que el lenguaje implica formas de actuar también está presente en la *Teoría de la comunicación humana*, de Paul Watzlawick, obra publicada originalmente en 1967 y considerada liminar para entender el campo de la pragmática de la comunicación humana. Destacan para comprender al lenguaje en acción los cinco célebres axiomas de la comunicación (Watzlawick, Beavin y Jackson, 2008:51-71):

- 1) *Es imposible no comunicar algo*: en cualquier interacción, aun cuando permanezcamos en el más absoluto silencio, comunicamos algo a aquellos con quienes compartimos un determinado contexto, por ejemplo, un pasajero en un avión que no desea ser interrumpido por su compañero de asiento. De hecho, tener este axioma en mente resulta clave para el estudio de *lo no dicho* en un discurso, que con frecuencia resulta tan revelador como *lo dicho*.
- 2) Toda comunicación tiene un aspecto de contenido y un aspecto relacional tales que el segundo clasifica al primero y es, por ende, una metacomunicación. Con este axioma se hace evidente la importancia de que lo dicho adquiere sentido no sólo por los contenidos específicos (verbales o no verbales) que tienen lugar en una interacción comunicativa, sino también por las circunstancias que rodean su emisión, que se convierten en parte inherente y en componentes significantes del discurso a ser analizado.
- 3) *La naturaleza de una relación depende de la puntuación de las secuencias de comunicación entre los comunicantes*. Este axioma lleva a reflexionar sobre la importancia de comprender un discurso como parte de una cadena significativa, que se emite como respuesta a algún discurso y que a su vez tiene el potencial de detonar otros. Para un analista resultará clave identificar las relaciones de causa o efecto entre diversos discursos.
- 4) *Los seres humanos se comunican tanto digital como analógicamente*. Por medio de este axioma se propicia la reflexión en torno a la forma en que, en una situación de comunicación, intervienen distintas modalidades de interacción donde el lenguaje verbal (que es el lenguaje digital por excelencia) necesariamente se complementa con formas no verbales, tales como las expresiones, el movimiento o las emociones.
- 5) *Todos los intercambios comunicacionales son simétricos o complementarios, según estén basados en la igualdad o en la diferencia*. El último axioma de Watzlawick nos remite a las circunstancias de poder, de resistencia o de igualdad en el marco de los cuales tiene lugar la comunicación.

Un autor pionero en la comprensión del discurso y cómo opera en distintos ámbitos de la vida social es Michel Foucault; entre sus muchas aportaciones, destacamos sus argumentos en torno a cómo el poder se ejerce mediante discursos (del cual ya hablamos en el capítulo anterior), convertidos éstos en formas de institucionalización; por ejemplo, de predisposiciones tradicionales, estructuras legales, fenómenos relacionados a la costumbre o a la moda —como los que se ven en instituciones como la familia, la escuela, las prisiones, los sistemas de salud o complejos sistemas provistos de múltiples aparatos, como en el caso del Estado (Foucault, 1988).

Retomando algunas de las aportaciones de Foucault para analizar discursos, resulta muy provechoso considerar las relaciones antagónicas que se establecen en los fenómenos a estudiar; por ejemplo, para definir qué se entiende por “sanidad”, Foucault propone estudiar la “insanidad”, como ha quedado demostrado en sus brillantes estudios sobre la locura (Foucault, 1967), o bien enfocarse en la “ilegalidad” para comprender la “legalidad”. Otra estrategia consiste en el estudio de los discursos de resistencia, para comprender los discursos del poder.

Otro autor interesante para comprender al lenguaje en sentido amplio y, por ende, para estudiar los discursos es Jürgen Habermas, específicamente con su teoría de la acción comunicativa, la cual se refiere a:

La interacción de a lo menos dos sujetos capaces de lenguaje y de acción que (ya sea con medios verbales o con medios extraverbales) entablan una relación interpersonal. Los actores buscan entenderse sobre una situación de acción para poder así coordinar de común acuerdo sus planes de acción y con ello sus acciones. El concepto aquí central, el de interpretación, se refiere primordialmente a la negociación de definiciones de la situación susceptibles de consenso. En este modelo de acción el lenguaje ocupa, como veremos, un puesto prominente (Habermas, 2002:124).

Entre las reflexiones planteadas por Habermas en torno al lenguaje, resulta útil referir las diferencias que se plantean entre el mundo objetivo, el plano subjetivo y las relaciones intersubjetivas entre los hablantes, pues aportan elementos para la interpretación, por parte del analista, de los discursos a los que se confronta, por ejemplo, en la investigación antropológica o sociológica. “El análisis de la ‘percepción’ de emisiones o manifestaciones simbólicas permite ver en qué se distingue la comprensión de un sentido y la percepción de objetos físicos” (Habermas, 2002:159).

La percepción supone entablar una relación *intersubjetiva* entre quien percibe y quien ha producido la emisión o manifestación; en la acción comunicativa, la intersubjetividad “se establece entre ego y un alter ego”. Por ello, comprender un significado es una experiencia “imposible de hacer solipsísticamente” por tratarse de una experiencia comunicativa, de tal suerte que, como sugiere Habermas,

La comprensión de una manifestación simbólica exige esencialmente la participación en un proceso de entendimiento. Los significados, ya se encarnen en acciones, en instituciones, en productos del trabajo, en contexto de cooperación o en documentos, sólo pueden ser alumbrados desde dentro. La realidad simbólicamente preestructurada constituye un universo que tiene que resultar incomprensible si sólo se lo mira con los ojos de un observador incapaz de comunicación. El mundo de la vida sólo se abre a un sujeto que haga uso de su competencia lingüística y de su competencia de acción. El sujeto sólo puede tener acceso a él participando, al menos virtualmente, en las comunicaciones de sus miembros y por tanto convirtiéndose a sí mismo en un miembro por lo menos potencial (Habermas, 2002:159-160).

Si trasladamos lo anterior a la tarea de un analista de discurso, tendremos un panorama más o menos completo de la dificultad que se plantea al intentar aproximarse al sentido de un acto de habla (verbal o no verbal), si no se cuenta con suficientes elementos que permitan desarrollar al menos una cierta competencia, que le permitan *comprender* el mundo de vida que subyace al mismo.

En esta breve revisión de cómo se relaciona la filosofía del lenguaje con los estudios del discurso no podemos dejar de mencionar a la hermenéutica, en tanto que uno de los inexorables puntos de llegada de cualquier intento por estudiar discursos implica interpretar los datos arrojados por medio del análisis. En este aspecto una de las disciplinas que más ha contribuido ha sido la hermenéutica, o disciplina de la interpretación: De acuerdo con Beuchot, la interpretación debe verse como un proceso, “no como un acto instantáneo y definitivo, sino que va profundizando sucesivamente en lo que interpreta” (Beuchot, 2011:33). Como veremos en el capítulo quinto de este trabajo, este proceso se irá conformando por el conjunto de datos que el analista obtenga al confrontarse con los discursos, cuya interpretación le permitirá encontrar las respuestas a la o las preguntas generales de la investigación.

## **2.2. La lingüística frente al estudio del lenguaje verbal en contexto**

En las secciones anteriores hemos presentado diversas reflexiones que permiten ubicar la importancia de estudiar a los discursos para una mejor comprensión de una amplia gama de fenómenos sociales. Ahora bien, para tener un conocimiento más sólido en torno a cómo funcionan los discursos es preciso recurrir a herramientas teóricas que permitan develar, con rigor metodológico, la forma en que opera el lenguaje, verbal y no verbal, y para ello los aportes de la lingüística y la semiología resultan imprescindibles. En este apartado nos ocupamos de la primera de ellas.

Existen varias polémicas para definir si el análisis de discurso necesariamente debe partir de una mirada lingüística, o incluso si ésta podría, de forma autónoma y sin recurrir a otras disciplinas, garantizar un conocimiento cabal sobre los materiales analizados. En todo caso, es preciso abandonar concepciones anquilosadas en torno a la lingüística, cuyo lugar en el espectro disciplinario no está por completo establecido, pues hay quienes la consideran como una ciencia dentro del campo de las humanidades, en tanto que para otros debería considerarse una ciencia social con pleno derecho, lo que sin duda ocurre cuando el lenguaje se estudia como un hecho social, imposible de ser disociado de sus hablantes ni de sus condiciones de enunciación. En este caso, las miradas lingüísticas tenderían, de manera casi natural, a lo interdisciplinario, enfoque que cada vez parece más obligado para comprender la complejidad social, en virtud de la cual se torna casi obsoleto el empeño de encuadrar investigaciones a partir de barreras disciplinarias, y que por ende construyan objetos de estudio con marcos teóricos provenientes de una sola ciencia, ya sea antropología, historia, sociología, psicología social o lingüística.

Haremos una sucinta revisión a algunos conceptos provenientes de la lingüística, entendida como la disciplina y las subdisciplinas que se ocupan del lenguaje, sus niveles, sus estructuras y sus elementos. No pretendemos ser exhaustivos, sino sólo presentar un panorama somero de algunos conceptos que resulten comprensibles para lectores provenientes de diversas disciplinas y que pretendan incursionar en el análisis de discurso.

La historia formal del análisis de discurso se inicia precisamente en los terrenos de la lingüística y se remonta a comienzos de la década de los sesenta, cuando Zellig Harris, en el prefacio a la cuarta edición de *Structural Linguistics*, acuñó esta denominación para referirse a las herramientas metodológicas que permitían trascender el límite de la oración.

Análisis del discurso: El análisis lingüístico exacto no va más allá de los límites de una oración: el rigor de sus procedimientos no requiere ocuparse de las relaciones entre una oración y las que le son contiguas, o entre partes de una frase y partes de otras contiguas. Sin embargo, hay rasgos estructurales que se extienden a tramos más largos de una determinada pieza verbal, ya sea escrita o hablada. Estos pueden estudiarse con herramientas más diferenciadas, por ejemplo, estableciendo equivalencias entre clases de elementos que, en sentido estricto, pueden ser sustituibles (u ocupar una posición similar) con respecto a otros elementos o clases de elementos a lo largo de un discurso conectado con otros. Los procedimientos útiles para encontrar tales estructuras discursivas son extensiones de los métodos de la lingüística<sup>2</sup> (Harris, 1963:vi).

<sup>2</sup> Discourse analysis: Exact linguistic analysis does not go beyond the limits of a sentence: the stringent demands of its procedures are not satisfied by the relations between one sentence and its neighbors, or between parts of one sentence and parts of its neighbors. There are, however,

En 1965, Noam Chomsky, quien por cierto tuvo una fuerte influencia de Zellig Harris en su formación como lingüista, publicaba *Aspectos de la teoría de la sintaxis*, en la que realizaba una aguda crítica contra la lingüística de su época, centrada en “un hablante ideal, en una comunidad lingüística del todo homogénea, que sabe su lengua perfectamente y al que no afectan condiciones sin valor gramatical, como son limitaciones de memoria, distracciones, cambios del centro de atención e interés, y errores (característicos a fortuitos) al aplicar su conocimiento de la lengua al uso real” (Chomsky, 1970:5).

Su obra planteó serios cuestionamientos a la lingüística, para que ésta no se centrara en el estudio de lenguas específicas, sino en tratar de comprender los procesos que determinan, en toda su extensión, el funcionamiento simultáneo de los niveles sintáctico y semántico del lenguaje en general, pues una misma cadena hablada, con idéntica estructura sintáctica, puede tener un sentido totalmente distinto, hecho que explica el carácter cualitativo de los estudios del discurso, en el entendido de que no sólo es complejo, sino tal vez hasta imposible, conocer el *sentido* original que el discurso tuvo en el momento exacto de su enunciación, más aún considerando que el sentido no depende sólo de quien enuncia, sino también de su interlocutor, de tal suerte que ni el propio autor de un discurso podría aseverar en forma indubitable cuál fue el sentido exacto de lo expresado.

Son asimismo de especial interés los conceptos de *competencia* o conocimiento que el hablante-oyente tiene de su lengua, y *actuación* (*performance*) que alude al uso real de la lengua en situaciones concretas; en su planteamiento, Chomsky cuestionaba la dicotomía entre lengua/habla, para proponer, en su lugar, la de competencia/actuación. Trasladando estos conceptos al análisis del discurso, nos enfrentaríamos con *actuaciones* específicas, desde una cierta competencia lingüística por parte de sus hablantes; para aproximarnos a ellas tenemos que contar con algunas dosis de conocimiento en torno a sus condiciones de producción.

El tema de las condiciones de producción fue ampliamente abordado por Michel Pêcheux, quien “sentó las bases, desde la escuela francesa, para hablar del sujeto y del efecto de sentido en el lenguaje, y por tanto, en el discurso” (González, 2010:185). Para dar una idea aproximada de la importancia que revisten las condiciones de producción de un discurso, citamos el ejemplo que el propio Pêcheux presenta en su obra *Hacia el análisis automático del discurso*:

---

structural features which extend over longer stretches of such connected piece of writing or talking. These can be investigated by more differentiated tools, e.g., by setting up equivalence classes of elements which are in a restricted sense substitutable (or positionally similar) in respect to other elements or classes of elements throughout a connected discourse. The procedures useful for finding such discourse structures are extensions of the methods of linguistics.

En efecto, sea por ejemplo una serie de discursos caracterizados por el solo hecho de plantearse como cuestión “la libertad”: según que se trate de un profesor de filosofía dirigiéndose a sus alumnos, de un director de prisión comentando el reglamento para uso de los detenidos o de un terapeuta que dirige la palabra a su paciente, se asiste a un desplazamiento del elemento dominante en las condiciones de producción del discurso: sea A el emisor y B el receptor; en el discurso terapéutico, tal como es concebido por la psiquiatría clásica, es la imagen que el paciente se hace de sí mismo lo que se ventila en el discurso [...] En la relación pedagógica, lo que domina el discurso es la representación que los alumnos se hacen de lo que les designa el profesor [...] En el discurso del director de prisión, todo está condicionado por la imagen que los detenidos se formarán del representante del reglamento a través de su discurso [...], puesto que se trata, para unos, de saber “hasta dónde se podrá ir con él” y, para el otro, de dárselo a entender (Pêcheux, 1978:54).

Otro aporte fundamental desde la lingüística para los estudios del discurso es la teoría de la enunciación de Emile Benveniste, quien desplazó el interés por el conjunto de reglas sintácticas hacia el interés por las condiciones de empleo de la lengua:

Muy otra cosa es el empleo de la lengua. Aquí es cosa de un mecanismo total y constante que, de una manera o de otra, afecta a la lengua entera. La dificultad es captar este gran fenómeno, tan trivial que parece confundirse con la lengua misma, tan necesario que se escapa. La enunciación es este poner a funcionar la lengua por un acto individual de utilización. El discurso –se dirá–, que es producido cada vez que se habla, esa manifestación de la enunciación, ¿no es sencillamente el “habla”? Hay que atender a la condición específica de la enunciación: es el acto mismo de producir un enunciado y no el texto del enunciado lo que es nuestro objeto. Este acto se debe al locutor que moviliza la lengua por su cuenta. La relación entre el locutor y la lengua determina los caracteres lingüísticos de la enunciación. Debe considerársela como hecho del locutor, que toma la lengua por instrumento, y en los caracteres lingüísticos que marcan esta relación. (Benveniste, 1978:83).

Para los estudios del discurso el concepto de enunciado es esencial pues, apeándonos a lo que plantea Benveniste, el discurso es la manifestación de la enunciación. Para captar la complejidad de los discursos debe considerarse que la enunciación es el acto de producir un enunciado y no sólo el texto enunciado. Para su estudio, Benveniste propone considerar, sucesivamente, el acto mismo, las situaciones donde se realiza, y los instrumentos que la consuman.

Un autor fundamental para comprender el lenguaje desde una perspectiva social, y consecuentemente para adentrarse en los estudios del discurso es Halliday (1982) quien en *El lenguaje como semiótica* explora los muy diversos usos que tiene la lengua como sistema, como comportamiento, como conocimiento o como arte, y propone una

interpretación sociosemiótica del lenguaje, que incorpore elementos como el texto, la situación, el registro, la variación, el cambio o la estructura social.

Sería imposible resumir o siquiera listar todas las ramas y conceptos de la lingüística que pueden enriquecer nuestra comprensión sobre el funcionamiento del discurso, si bien algunas de ellas son insoslayables para esta tarea. Tal es el caso de la pragmática, que “estudia los factores que regulan el uso del lenguaje en la interacción social, y los efectos que este uso produce en los demás” (Crystal, 1987:120), y que tuvo en los planteamientos de Austin y Searle, con respecto a los actos de habla, uno de sus principales puntos de partida. Hay que decir, no obstante, que hay quienes claman, con razón, que “los fundamentos de la teoría de los performativos no fueron definidos por John Austin, como comúnmente se cree, sino por Wittgenstein” (Jacorzynski, 2008:336). No obstante este carácter pionero y revolucionario de concebir al lenguaje, en las filas de la lingüística se suele identificar a la teoría de los actos de habla con Austin y Searle, quizás por encontrar demasiado desafiante explicar cualquier hecho filosófico a partir de los hechos lingüísticos, en lugar de enfocarse en una explicación filosófica del lenguaje, como haría Austin.

Los estudios sobre argumentación también han hecho notables aportaciones a la forma en que las personas interactúan por medio del lenguaje, en la forma en que buscan “*convencer o persuadir* de algo a una audiencia, ya esté formada por una única persona o una colectividad” (Calsamiglia y Tusón, 1999:294). En todo caso, basta señalar que difícilmente podría intentarse una aproximación a los discursos sin considerar los fenómenos sintácticos, semánticos y pragmáticos presentes en ellos, y que de todo lo anterior la lingüística se ha ocupado extensamente a lo largo del siglo XX y lo que va del presente. Así es que los analistas del discurso pueden confiar en encontrar en la lingüística un rico arsenal de teoría para comprender los materiales verbales que recopilen o construyan en el trabajo de campo.

Una obra pionera para el análisis de discurso fue *Lenguaje y control* (Fowler, Hodge, Kress y Trew, 1983), publicada originalmente en 1979, y que reúne un conjunto de artículos que, con fundamento en diversas teorías y conceptos provenientes de la lingüística, exploraban la dimensión social del lenguaje y sus vínculos con el poder y la ideología, dejando en claro que el lenguaje “no es un mero efecto o reflejo de los procesos y de la organización social: es parte del proceso social” (Fowler, Kress, Trew y Hodge, 1983:7-8). Además de interesantes desarrollos teóricos, sus diversos capítulos ejemplifican de forma concreta cómo funciona el lenguaje en la sociedad, para lo cual la teoría lingüística se apoya en la sociolingüística, la sociología y la teoría política. En uno de los capítulos de esta obra, “Reglas y regulaciones”, se explica con claridad el potencial del análisis lingüístico para la comprensión de otros fenómenos sociales:

Es bien sabido que las formas lingüísticas del habla y de la escritura expresan las circunstancias sociales en que se produce el lenguaje. La relación entre el estilo y la situación es muy precisa y funcional, de modo que un análisis de las estructuras lingüísticas revela los contextos del lenguaje con considerable precisión (Fowler y Kress, 1983:39).

Otra obra relevante para los estudios del discurso fue *Estructura y funciones del discurso*, de Teun A. van Dijk (2012), publicada por primera vez en español en 1980. En la más reciente edición de este trabajo, su autor, que con los años se ha convertido en frecuente referencia para quienes se interesan en el análisis del discurso, hace una reflexión retrospectiva del avance que, en las ciencias sociales, han tenido los estudios del discurso. “Para muchos problemas teóricos, así como para una gran cantidad de aplicaciones prácticas, un enfoque del discurso ya no sólo es fructífero sino obligado” (Van Dijk, 2012:195). Así se muestra en el amplio conjunto de trabajos compilados por este autor en dos interesantes libros colectivos, *El discurso como estructura y proceso* (2000a) y *El discurso como interacción social* (2000b), en los cuales se reúnen aportaciones en torno a aspectos teóricos referentes a temas lingüísticos como la gramática, los estilos, la retórica, la narrativa, la argumentación, los géneros, la semiótica discursiva o la cognición, así como la forma en que el discurso permite entender a las instituciones, la política, la cultura o el género.

Una útil obra introductoria al campo de los estudios del discurso es la de Calsamiglia y Tusón (2002), quienes en *Las cosas del decir* presentan, de manera didáctica, temas fundamentales como las distinciones entre el discurso oral y el escrito, la importancia del contexto, las personas del discurso, las relaciones interpersonales, los fines discursivos y los procesos de interpretación, los géneros discursivos o los modos de organización del discurso, que incluyen la narración, la descripción, la argumentación, la explicación y el diálogo. Entre los temas abordados, resulta de especial interés el de deixis, que alude a elementos gramaticales como los pronombres (yo, tú, nosotros, ellos), los adverbios (aquí, ahora) o los tiempos verbales, cuyo sentido sólo puede captarse a partir de la situación específica del hablante.

Otro trabajo muy útil para aproximarse al potencial del estudio científico del lenguaje para comprender discursos es el de *The Handbook of Discourse Analysis* (Schiffrin, Tannen y Hamilton, 2001), en el que se reúnen más de 40 aportaciones de reconocidos académicos que abordan detalles muy puntuales sobre contribuciones de la lingüística para aproximarse a los discursos, tales como estudios sobre entonación, cohesión y textura discursiva, semántica, teoría de la relevancia, tipología, variación o sociolingüística, además de reseñas completas sobre los campos de especialización que se han generado a partir del análisis del discurso, tales como el análisis de discursos políticos, discursos de exclusión, discursos legales, discurso médico, discurso educativo, comunicación intercultural, género y discurso.

### 2.3. Teoría de la argumentación

Hemos reservado un apartado específico para la teoría de la argumentación pues no pocos autores sostienen que todo análisis del discurso es en realidad un estudio sobre argumentación, idea con la cual no estamos completamente de acuerdo, pues el lenguaje cumple muchas más funciones que las de persuadir, convencer o imponer a otros la visión del hablante. No obstante, reconocemos el potencial de esta teoría para guiar la interpretación en torno a *qué hacen* los hablantes con su discurso y *por qué y cómo* lo hacen, que serían preguntas muy generales y abarcadoras para acercarse a los discursos.

La teoría de la argumentación, cuyos fundamentos guardan estrechas relaciones con la retórica, la oratoria y la dialéctica clásica (Calsamiglia y Tusón, 1999: 296), es una herramienta teórico-metodológica particularmente valiosa para interpretar discursos donde el debate ocupa un tema central, como ocurre con los discursos jurídicos o parlamentarios, como lo comprobó Gutiérrez (2011) al utilizar la teoría de la argumentación como instrumento metodológico que le permitió comprender los debates que tuvieron lugar en la despenalización del aborto en la Ciudad de México entre 2006 y 2007.

Giménez (2008:50-51) sostiene que la función argumentativa del discurso, “en las condiciones apropiadas permite intervenir sobre los más diversos auditorios, incidir sobre las coyunturas y modificar las relaciones sociales en conformidad con determinados intereses materiales o simbólicos”.

De acuerdo con Vignaux (1976), la argumentación opera a partir de diversos elementos. En primer lugar, refiere a los elementos léxicos, dado que las palabras remiten a categorías semánticas capaces de configurar esquemas de representación significativos. En segundo lugar, alude a las fuentes del discurso, pues en función de ellas se define quién aporta información, quién habla, y cómo se ubica el hablante en el discurso. En tercer lugar menciona las formas de predicación o modos en que se construyen los objetos del discurso. En cuarto lugar, menciona la modalidad, la cual permite matizar o dar forma a los grados de verdad sostenidos en un discurso. Por último, se encuentran los encadenamientos por medio de los cuales los argumentos se estructuran, jerarquizan y se ordenan.

Uno de los estudios más completos sobre la argumentación y sus mecanismos es el de Perelman y Olbrechts-Tyteca (1989). De acuerdo con estos autores, el resurgimiento del interés por la argumentación o nueva retórica guarda estrecha relación con la importancia que en el siglo XX adquiere la vida democrática, caracterizada por una intensa y plural intercomunicación en los ámbitos político, económico y cultural,

situación profundamente contrastante con los regímenes autoritarios y verticales que hasta el siglo XIX prevalecían en las sociedades occidentales. “El auge de los medios de comunicación de masas y de la vida democrática en un creciente número de países explican los esfuerzos que se están realizando en la segunda mitad de este siglo desde múltiples direcciones para rehabilitar la retórica clásica como arte de persuasión” (González Bedolla, 1989: 10).

Bastaría una somera mirada a lo que ocurre actualmente en nuestro país para corroborar que el debate y la argumentación dominan la escena discursiva en política, medios de comunicación y redes sociodigitales. Por ello, la argumentación y la retórica se han convertido en un importante elemento teórico-metodológico que sumado a una visión interdisciplinaria, concurre con ciencias como la sociología, la psicología o las ciencias de la comunicación para entender cómo el lenguaje, en todas sus modalidades, se ha convertido en un importante elemento para el debate colectivo.

Existen profundas similitudes entre los planteamientos de la teoría de la argumentación con los estudios del discurso, pues en ambos casos el lenguaje no representa un conjunto de datos susceptibles de ser comprendidos de manera general o lineal, sino que sus sentidos dependen de los hablantes, de su contexto, de su respectivo lugar de enunciación. Como sugieren Perelman y Olbrecht-Tyteca: (1989: 206): “La disposición de los datos con miras a la argumentación consiste no sólo en su interpretación, en la significación que se les da, sino también en la presentación de estos datos, gracias a los acuerdos subyacentes en el lenguaje que se emplea”.

Tal vez el interés que genera la teoría de la argumentación radica en la sistematización que propone tanto para producir y, eventualmente, analizar discursos. De hecho, Plantin (2001: 39-40) define a la argumentación como “el conjunto de técnicas (conscientes o inconscientes) de legitimación de las creencias y de los comportamientos. La argumentación intenta influir, transformar o reforzar las creencias o los comportamientos (conscientes o inconscientes) de la persona o personas que constituyen su objetivo”. No obstante, cabría estar siempre alerta para no caer en la tentación de suponer que el lenguaje puede operar a partir de algunas técnicas; como hemos visto, el discurso puede tomar caminos insospechados.

El propio Plantin propone un esquema general sobre los actores que intervienen en toda argumentación. En primer lugar se encuentra el *argumentador*, o locutor que argumenta para un interlocutor, que son categorías más lingüísticas. Desde una perspectiva más cercana a los estudios del discurso, cabe hablar de enunciadore y destinatario. Para la descripción de los intercambios argumentativos en un debate, se proponen las categorías de *proponente* (quien mantiene un discurso) y de *oponente* (quien sostiene un contradiscurso).

Siguiendo esta misma tipología, se llamará *terceros* a los demás interesados en el intercambio.

La teoría de la argumentación es una interesante vía para comprender algunas de las estrategias por medio de las cuales los hablantes buscan incidir en su auditorio, apelando a recursos tales como el uso de analogías, metáforas, comparaciones, apelar al recurso de autoridad, el establecimiento de nexos causales o enlaces simbólicos. En todo caso, debe tenerse presente que los presupuestos a partir de los cuales se construyen, se reciben o se analizan los argumentos discursivos no pueden estar disociados de los contextos específicos de enunciación.

Como hemos señalado a lo largo de este trabajo, el lenguaje es mucho más que el lenguaje verbal. En este sentido, las estrategias argumentativas pueden observarse no sólo en lo que las personas dicen con palabras, sino también con imágenes, con símbolos, con sonidos y, en general, con cualquier elemento de la cultura capaz de producir sentido. Consecuentemente, hay que considerar de manera especial las motivaciones, las intenciones, las creencias, las expectativas y las reacciones, así como las convenciones comunicativas de los propios usuarios y la competencia comunicativa, su distribución, tipos sociales de discurso y en general el comportamiento discursivo de todos los elementos presentes en un discurso.

Así, recurrir a la teoría de la argumentación puede ser una vía para organizar los materiales obtenidos con el análisis y la sistematización de la evidencia empírica construida o recopilada en campo, sobre todo cuando el debate y el intercambio de opiniones parezcan centrales, como ocurre en varios géneros del discurso político o, recientemente, de los intercambios discursivos que se suscitan en redes sociodigitales.

Varios de los trabajos antes mencionados se enfocan sobre todo en el lenguaje verbal, y en consecuencia sus principales líneas teóricas se relacionan con la lingüística. No obstante, y como se ha insistido a lo largo de este libro, el discurso comprende todas las modalidades del lenguaje (no verbal, visual, semiótico, multimodal), por lo cual de forma creciente la mirada científica sobre el lenguaje no puede constreñirse a la lingüística, sino que también se ha incorporado la visión que ofrece la semiótica, específicamente la semiótica social, de la cual nos ocuparemos en el siguiente apartado.

## **2.4. La semiótica y su contribución al estudio de los lenguajes en contexto**

Dada la noción amplia que hemos adoptado sobre el lenguaje, que comprende mucho más que sólo palabras, es imposible concebir al análisis de discurso sin tomar en cuenta a la semiótica o semiología, así como el planteamiento teórico más abarcador en torno a la semiótica social.

El lenguaje verbal es sólo una de las formas de comunicación, como lo advirtió desde 1916 Ferdinand de Saussure (1980:42-43), en su póstumo *Curso de lingüística general*, cuando señaló:

[...] puede concebirse una ciencia que estudie la vida de los signos en el seno de la vida social; la denominaremos semiología [...] la lingüística no es más que una parte de esa ciencia general, las leyes que descubra la semiología serán aplicables a la lingüística, y, de este modo, ésta se hallará vinculada a un ámbito perfectamente definido en el conjunto de los hechos humanos.

Un siglo después, la profecía de Saussure se ha cumplido y se ha desarrollado, bajo dos denominaciones (semiótica y semiología) una ciencia que se ocupa de los signos de la vida social; no obstante, los cálculos de Saussure no fueron del todo certeros, pues las leyes descubiertas por la semiología no han sido aplicables a la lingüística, sino que más bien ha habido una constante colaboración entre ambas ciencias para aprehender algo tan complejo como lo son todos los signos mediante los cuales nos comunicamos.

Un elemento fundamental de la lingüística y la semiótica es el signo, elemento infaltable en el proceso de significación. Es pertinente clarificar que semiología y semiótica se ocupan del estudio de los signos, y se consideran como sinónimos, si bien en el primer caso es el término más utilizado por la escuela francesa, pronosticada por Saussure, en tanto que en el segundo sigue la tradición anglosajona inaugurada por Peirce (Guiraud, 1972:8). Para Saussure el signo tiene un carácter dual: está compuesto por un significante y un significado. Para Peirce un signo es un estímulo —es decir una sustancia sensible— cuya imagen mental está asociada en nuestro espíritu a la imagen de otro estímulo que ese signo tiene por función evocar con el objeto de establecer una comunicación.

Uno de los mayores retos para el desarrollo de la semiótica es definir el dominio de la misma. Al despuntar la década de los setenta, Pierre Guiraud (1972) se refería a la semiótica como una disciplina “errática”, y añadía:

no hay coincidencias en lo que respecta al dominio de nuestra ciencia. Algunos, los más prudentes, sólo la consideran como un estudio de los sistemas de comunicaciones por medio de señales no lingüísticas. Otros, con Saussure, extienden la noción de signo y de código a formas de comunicaciones sociales tales como los ritos, ceremonias, fórmulas de cortesía, etc. Finalmente hay quienes consideran que las artes y las literaturas son modos de comunicación basados en el empleo de sistemas de signos, derivados también de una teoría general del signo (Guiraud, 1972:9-10).

En *Tratado de semiótica general* de Umberto Eco (1988:29) buena parte de los planteamientos iniciales tienen que ver con la definición de los alcances de la semiótica,

discusión que pretende sortearse con la distinción entre “dominio” (o “repertorio de intereses todavía no unificado y quizá no del todo unificable”) y “disciplina” (“con su propio objeto y métodos propios”). Considerar a la semiótica como una disciplina que estudia el conjunto de la cultura, descomponiendo en signos la amplia gama de objetos y de acontecimientos, podría dar, dice este autor, “la impresión de un ‘imperialismo’ semiótico arrogante” (Eco, 1988:27).

Umberto Eco formula un interesante vínculo teórico de la cultura con la semiótica, al definir a la primera como un *fenómeno semiótico* o como *contenidos* de una actividad semiótica, la cual “por entero debería estudiarse como un fenómeno de comunicación basado en sistemas de significación” (Eco, 1988:58). Por ello, al analizar los materiales discursivos, la mirada semiótica no se restringe a la materialidad verbal (escrita); también se analizan gestos, objetos, escenarios, imágenes, entre otros, siempre que participen en la semiosis. Es decir, para que la semiótica establezca con claridad cuál es su campo de estudio, basta con ceñirse al estudio de los signos, en el entendido de que no son ajenos al conjunto social en el marco del cual se producen y se reciben. Así, al contemplar la semiótica como una disciplina que contribuye a conocer los signos, que posteriormente han de ser mirados desde una perspectiva social (necesariamente interdisciplinaria) resulta más sencillo no perderse en elucubraciones respecto a qué puede o no ser materia de estudios semióticos.

Sería perjudicial para la comprensión de los fenómenos estudiados que los defensores de una disciplina sostuvieran una actitud negacionista en relación con las disciplinas conexas que generan análisis sobre los mismos fenómenos : ningún fenómeno pertenece de manera exclusiva a una disciplina, y ninguna disciplina puede pretender agotar por sí sola la comprensión del fenómeno (Charaudeau, 1986).

Existen varios puntos de acuerdo con respecto a los procesos que entran en juego para que los signos se conviertan en materia significativa. Cabe mencionar, por ejemplo, la codificación o establecimiento de convenciones en el uso de los signos (un ejemplo clásico y esclarecedor es la presencia de tres colores en un semáforo, de los cuales de manera obligatoria uno ha de estar encendido). Otras variantes en los signos se dan con la existencia de signos motivados o inmotivados; analógicos u homólogos; monosémicos o polisémicos; denotativos o connotativos (Guiraud, 1972:35-41). En todas las modalidades anteriores, resultan de gran apoyo los aportes teóricos de la lingüística, pues, como señalábamos, los signos del lenguaje verbal permiten advertir con claridad los procesos que entran en juego al formular o captar un mensaje.

La semiótica *mainstream* enfatiza asuntos como la estructura y los códigos, a expensas

de las funciones y los usos sociales de los sistemas semióticos, las complejas interrelaciones de los sistemas semióticos en la práctica social, los factores que los motivan, los originan y a los que se dirigen, así como su forma y su sustancia (Hodge y Kress, 1995:1). El estudio de los signos debiera ubicarse cada vez más en una perspectiva social, donde exista una preocupación “por la dimensión social de los procesos semióticos, por los cuales los significados y los textos son construidos y reconstruidos en el proceso de circulación en diferentes contextos, utilizados por diversos agentes y para variados propósitos” (Coronado y Hodge, 1998).

Para los estudios del discurso resulta relevante el concepto de semiótica social, es decir, una disciplina que permita describir, comprender y explicar los procesos y estructuras por medio de los cuales se construye socialmente el sentido. Hodge y Kress (1995:3), pioneros en delinear los fundamentos de la semiótica social, propusieron el término de *complejo ideológico*, que permite captar los procesos donde confluyen tanto las ideologías de la clase dominante como las que surgen desde la oposición o la resistencia. Un complejo ideológico tiene componentes de dos clases: modelos relacionales (tipos de agentes sociales, agentes, acciones, objetos) y modelos de acción o comportamientos requeridos, permitidos o prohibidos para ciertos tipos de agentes sociales.

En *Social Semiotics for a Complex World*, (Hodge, 2017) se presenta un esclarecedor planteamiento de cómo debería entenderse el objetivo principal de la semiótica social; para ello se define cómo constantemente, en cualquier producción discursiva, interactúan, a la manera de un sistema de tres cuerpos,<sup>3</sup> tres grandes sistemas: lenguaje, sociedad y sentido. Así, sólo podemos intentar aproximaciones a los sentidos de un discurso al tener en cuenta el lenguaje y las condiciones sociales presentes en el momento de su enunciación.

## 2.5. Relación entre ciencias de la comunicación y estudios del discurso

Un debate frecuente entre quienes se ocupan de las ciencias de la comunicación versa en torno a si existen ciencias específicas para estudiar la comunicación y, en caso afirmativo, cuáles son o deberían ser estas ciencias. Sin ánimo de incurrir en respuestas fáciles, la lógica señala que si la comunicación se lleva a cabo por medio de signos, y si la semiótica

<sup>3</sup> Concepto recuperado de la teoría de la complejidad, y ésta a su vez de la teoría de Henri Poincaré, para aludir que hay fenómenos cuyo funcionamiento no depende sólo de su interacción bilateral con otro elemento, sino que dependen siempre de un tercero, por ejemplo la manera en que interactúan el Sol, la Tierra y la Luna.

es la ciencia que se encarga del estudio de los signos, la semiótica puede denominarse por derecho propio como una de las principales ciencias de la comunicación. Por ello, hemos incorporado este apartado específico sobre ciencias de la comunicación para reflexionar en torno a sus aportaciones específicas para los estudios del discurso, que deben varios de sus referentes teóricos a los aportes que se han dado para comprender a la comunicación, lo cual resulta lógico toda vez que es imposible que los individuos interactúen entre sí sin recurrir al lenguaje (verbal o no verbal), de tal suerte que puede plantearse un nexo casi indisoluble entre los conceptos de comunicación y discurso, donde la comunicación alude al proceso en el que necesariamente intervienen un conjunto de elementos (emisor, receptor, mensaje, canal, código y contexto), en tanto que el discurso es la materialidad significante cuya emisión y recepción sólo puede comprenderse si se contemplan los elementos presentes en el acto de su enunciación.

En todo caso, la diferencia que advertimos entre hacer estudios de la comunicación y estudios del discurso radica en la forma en que se construye el objeto de estudio; en el primer caso, para dar énfasis al proceso en el que se gestan los mensajes, y en el segundo al dar relevancia a los mensajes que se gestan en un determinado proceso. Bien lo planteaba Roman Jakobson en 1952:

El problema más esencial en el análisis del discurso es el de la comunidad de código entre emisor y receptor, que está en la base del intercambio de mensajes. Imposible resulta la comunicación sin un mínimo de lo que los teóricos de la información llaman “posibilidades preconcebidas” y “representaciones prefabricadas”. Al leer todo lo escrito por los teóricos de la comunicación [...] sobre el mensaje y el código me di cuenta que estos aspectos interconexos son desde hace mucho tiempo familiares a la teoría lingüística y teórica del lenguaje aquí y en el extranjero bajo términos dicotómicos como lengua-habla, lenguaje-discurso, sistema lingüístico-elocución, legisignos-signisignos, tipo-realización, modelo semiótico-manifestación semiótica, etcétera; pero al mismo tiempo tengo que confesar que los conceptos de código-mensaje, pertenecientes a la teoría de la comunicación son mucho más claros, mucho menos ambiguos y mucho más manejables [...] Creo que mejor será operar actualmente con estos conceptos muy bien definidos, mensurables y analizables, sin sustituirlos por nuevos términos un tanto vagos, sacados del “fondo común” (Jakobson, 1981:20).

Para comprender mejor un discurso conviene tener presente el ya clásico esquema de los elementos de la comunicación propuesto por Roman Jakobson (1981:352-360) (ver Gráfica 2). El esquema de Jakobson es una forma útil para sistematizar los elementos que necesariamente conforman un discurso: un emisor que de múltiples maneras expresa algo (el mensaje) a alguien (el receptor), utilizando algún estímulo capaz de ser percibido

por los sentidos (canal), siguiendo convenciones para la combinación de los signos (código) y en circunstancias sociohistóricas precisas (contexto).

¿Dónde ubicar, en el esquema de Jakobson, al discurso? Una respuesta apresurada llevaría a pensar que el *mensaje* es el *discurso*. Las cosas, sin embargo, no son tan sencillas, pues en una perspectiva científica de discurso (que es la que aquí interesa), todo aquello que se expresa (*mensaje*) es inseparable de quien lo está diciendo (*emisor o hablante*), que a su vez tiene presente a su o a sus interlocutores, así como los medios y las convenciones que invariablemente estarán presentes para comunicar algo; todo esto se lleva a cabo, necesariamente, en un contexto sociohistórico específico. Lo anterior es justo lo que define al lenguaje puesto en acción, es decir, al discurso.

El esquema de la comunicación de Jakobson identifica los distintos elementos que intervienen en un acto comunicativo y las funciones que cada uno de ellos desempeña, y que son las siguientes:

*Emotiva*: centrada en el emisor, que “apunta a una expresión directa de la actitud del hablante hacia aquello de que está hablando”

*Apelativa o conativa*: centrada en el receptor, encuentra su expresión gramatical más pura en el vocativo y el imperativo.

*Poética*: centrada en el mensaje por sí mismo, y “no puede estudiarse productivamente sin referencia a los problemas generales del lenguaje”

*Metalingüística*: está centrada en el código, ocurre cuando se habla del código verbal mismo.

*Fática*: centrada en el contacto, referida a los mensajes que sirven principalmente para “establecer, prolongar o interrumpir la comunicación, para verificar si el canal funciona”.

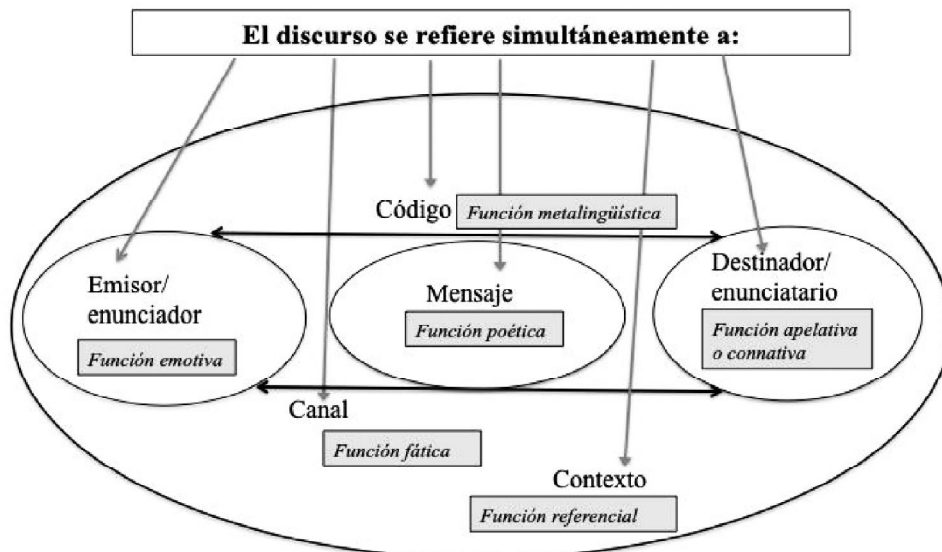
*Referencial*: centrada en el contexto, marcada generalmente por la tercera persona, al centrarse en algo o alguien de lo que se habla.

No obstante, y como el mismo Jakobson previene: “El lenguaje debe investigarse en toda la variedad de sus funciones [...] Aunque distinguimos seis aspectos básicos del lenguaje difícilmente podríamos encontrar mensajes verbales que llenaran sólo una función. La diversidad reside no en un monopolio de alguna de estas varias funciones, sino en su diferente orden jerárquico” (Jakobson, 1981:81-82).

Según lo anterior, para analizar un discurso es necesario contar no sólo con la

## Gráfica 2

Elementos y funciones (en recuadros sobreados) del proceso de comunicación, según Roman Jakobson, y su relación con el discurso



evidencia material (verbal o de cualquier otra naturaleza), sino que habría que reunir información, así sea panorámica, en torno a los factores que intervienen en todo acontecimiento del habla, o acto de comunicación, advertencia que parece más que prudente para aproximarse a los discursos como objeto de estudio.

Otra interesante contribución para estudiar los discursos y a la función social del lenguaje proviene de Dell Hymes, quien sostiene que para aproximarse teóricamente a la forma en que el lenguaje es puesto en escena el analista debería plantearse preguntas tales como qué código se emplea, dónde y cuándo, entre quiénes, con qué propósito y con qué resultados, para decir qué y en qué modo, cuáles son las normas de interacción y de interpretación, de acuerdo con cuáles actos y géneros de habla, cómo intervienen las creencias, valores y prácticas grupales e individuales. Se debe a Hymes (1972:59-69) el modelo SPEAKING, diseñado a manera de acróstico (por la inicial de los nombres en inglés) para facilitar la identificación de los componentes presentes en una interacción lingüística:

*Setting and Scene* (ambiente y escena), que alude a las circunstancias en las que tiene lugar el acto de habla.

*Participants* (participantes), es decir, tanto el hablante como aquel o aquellos a quienes se dirige.

*Ends* (fines), que se refiere a los propósitos por los cuales tiene lugar el acto de habla.

*Act Sequence* (o secuencia de los actos), que permite ubicar qué lugar ocupa un determinado acto de habla en relación con otros.

*Key* (clave), que alude al tono en que se emite el mensaje, que puede ser irónico, serio, divertido o rutinario.

*Instrumentalities* (instrumentalidades), término que alude a formas de habla, por ejemplo, códigos, lenguas, dialectos, variedades o registros.

*Norms* (normas), que considera las reglas o normas que constriñen o regulan el acto de habla.

*Genre* (género), es decir, el tipo de acto de habla, que puede ser un poema, mito, cuento, proverbio, rezo, oración, conferencia, carta formal, etcétera.

De acuerdo con Hymes (1972), cualquiera de los componentes del modelo podría ser tomado como punto de partida para comprender el acto de habla, en tanto que los otros, que necesariamente han de estar presentes, se entenderían en relación con aquél.

Así, queda claro cómo la semiótica y en general todos los estudios que abordan el proceso comunicativo pueden aportar elementos valiosos para comprender y sistematizar la forma en que el lenguaje, en todas sus modalidades y dimensiones, entra en acción.

Desde luego, la lingüística y la semiótica no han sido las únicas interesadas en estudiar al lenguaje puesto en acto, cuáles son los elementos del discurso y las funciones que cumple. Paulatinamente, muchas otras disciplinas han incurrido en una especie de giro lingüístico, de tal suerte que el interés por el discurso parece crecer y, en consecuencia, verse fortalecido. En el siguiente apartado presentamos algunas breves reflexiones sobre la forma en que otras disciplinas han realizado grandes aportaciones en esta tarea.

## 2.6. El discurso desde una mirada interdisciplinaria

La búsqueda de unidades y estructuras lingüísticas mayores que la oración ha sido emprendida por estudiosos de muchas disciplinas. Los sociólogos estudian la estructura de la interacción social, especialmente cómo se manifiesta en la forma de entablar un

diálogo. Para los antropólogos, el estudio de mitos, cuentos populares o tradición oral, se allana si se apoyan en los estudios del discurso. Para los historiadores es cada vez más difícil no explorar sus fuentes considerando que en ellas no sólo se encuentran datos fríos, sino que se exige una mirada más atenta a lo que estos discursos dicen sobre la sociedad que los produjo o incluso los preservó. Asimismo, para los psicólogos sociales la mirada sobre lo discursivo permite comprender de mejor manera la forma en la que operan sobre el pensamiento individual los distintos pensamientos colectivos.

Consideremos, en primer lugar, a la antropología, cuyo objetivo principal es analizar a los grupos sociales en el contexto cultural y social del que forman parte. Es innegable la forma en que esta disciplina se enriquece al considerar cómo se materializan discursivamente fenómenos como construcción de identidades (cómo queremos ser vistos por los otros), procesos de exclusión y racismo (qué se dice, o no, de los otros), formas de dominación cultural en la globalización (cómo se modifican la lengua y la cultura locales al entrar en contacto con dimensiones globales), entre otros temas de interés para distintas áreas de la antropología social o cultural, etnología o antropología virtual. Hymes propone:

La mezcla de términos fronterizos entre la lingüística y las ciencias sociales, especialmente la antropología, es una vieja historia. El uso de “filología etnográfica”, “etnología filológica”, “antropología lingüística”, y otros similares, se remonta por lo menos a la mitad del siglo XIX. Hasta la Segunda Guerra Mundial, todos esos términos se usaban: coordinados (lingüística y etnología”), genitivo (“sociología del lenguaje”), adjetivos (“lingüística sociológica”). Sólo después de la guerra se han hecho comunes los términos de una sola palabra (Hymes, 1976:115).

Metodológicamente, el análisis de discurso tiene gran relación con la antropología. Los diarios de campo y las entrevistas, tan preciados para el trabajo empírico en esta disciplina, podrán ser mejor interpretados si se les mira científicamente: ¿qué registró en ellos el etnógrafo?, ¿desde qué mirada?, ¿la de sus informantes, la suya propia, una combinación de ambas?, ¿por qué supone haber registrado lo que registró?

En 1959, el antropólogo estadounidense Edward Hall propuso una interesante metodología para el estudio de la cultura (a la que denominaba *el lenguaje silencioso*) y según la cual toda la comunicación humana corresponde a alguno de los *sistemas de mensajes primarios* o formas en las que, en cada sociedad, la naturaleza es transformada por la cultura humana. En este sentido, el espacio, el tiempo, la defensa, la subsistencia, la sexualidad, el juego, entre otros, pueden ser vistos como materiales susceptibles de ser analizados en términos de su capacidad de construir sentido (Hall, 1990:7-32). Para el investigador, estos planteamientos resultan especialmente útiles para un análisis íntegro

de los materiales recabados en campo; por ejemplo, puede cuestionarse aspectos tales como ¿dónde lo recibieron sus informantes?, ¿a qué hora lo citaron?, ¿cuánto tiempo destinaban a la entrevista?, en otras palabras, qué estaban diciendo con sus acciones.

Angenot también contribuye a estos cruces entre la antropología y los estudios del discurso: “En la medida en que las prácticas y las costumbres no son homogéneas –hay varias maneras de vestirse, de sentarse, de beber, de deambular–, producen paradigmas semióticos en los que un antropólogo cultural vería tal vez lo esencial de la significación social” (Angenot, 2010:47).

De acuerdo con Van Dijk (2012:189), el estudio del discurso en la antropología y la etnografía se ha consolidado con los marbetes de lingüística antropológica, etnografía del habla y otros. A decir del autor, “los actuales trabajos sobre el lenguaje basados en la etnografía recurren cada vez más a obras con datos sobre el discurso, y no ya a la tradicional evolución de palabras o formas fraseológicas o el estudio del folklor”.

En forma creciente, la antropología se torna más reflexiva con respecto a las formas en que se recopila y, sobre todo, se construye la información con base en la cual se busca entender, en forma directa, cómo funcionan las sociedades. El campo de interacción entre la etnografía y el análisis de discurso ha discurrido principalmente en tres grandes direcciones: la etnografía de la comunicación, sobre todo a partir de las aportaciones de Dell Hymes, la microetnografía y la etnografía crítica (Atkinson, Okada y Talmay, 2011).

En el caso de la sociología, fijar la atención en la dimensión discursiva de la interacción humana permitiría comprender mejor la organización, relaciones y jerarquías sociales, la forma en que las estructuras sociales inciden en el comportamiento de los sujetos, cómo se gestan las transformaciones o movilizaciones sociales, qué papel ejerce el poder en la sociedad, cómo interviene la cultura o la política en la conformación social, entre otros temas. Las evidencias empíricas que permiten al sociólogo acercarse a los temas de su interés se materializan en discursos, que pueden ser recopilados o contruidos como producto del trabajo de campo, tales como documentos, materiales hemerográficos, literarios, entrevistas, sondeos, encuestas o, más recientemente, el gran alud de materiales almacenados de manera virtual en páginas *web*, *blogs* o redes

La historia es otra de las ciencias sociales que difícilmente puede mantenerse al margen del lenguaje puesto en acción. Para comprender la relación entre discurso e historia, es pertinente recordar lo que plantea Michel Foucault (1982:10): “El documento no es el instrumento afortunado de una historia que fuese en sí misma y con pleno derecho memoria; la historia es cierta manera, para una sociedad, de dar estatuto y elaboración a una masa de documentos de la que no se separa”.

Como bien propone Ricouer (1993:43), para los historiadores contemporáneos, todo es susceptible de convertirse en documento: “listas de precios, gráficas, registros parroquiales, testamentos, bancos de datos estadísticos, etc. Se convierte en documento todo aquello que puede ser estudiado por un historiador con la idea de encontrar en ello una información sobre el pasado”.

Todos estos *documentos* pueden ser mejor interpretados si se recurre científicamente al análisis de discurso, para una mejor comprensión de las evidencias discursivas que, consciente o inconscientemente, cada persona, grupo o comunidad proyectan en sus palabras; es decir, en su lenguaje puesto en acto.

Al dar cuenta de los objetos de estudio que preocupan a una visión no anquilosada de la historiografía, Chartier sugiere cómo la atención de los historiadores se ha desplazado a temas nuevos o reencontrados tales como actitudes ante la vida y la muerte, los ritos y las creencias, estructuras de parentesco, formas de sociabilidad, funcionamientos escolares, sobre los cuales se “podían poner a prueba modos de tratamiento inéditos, sacados de disciplinas vecinas: así las técnicas de análisis lingüístico y semántico, las herramientas estadísticas de la sociología o ciertos modelos de la antropología” (Chartier, 1992:47).

El mito, otro de los conceptos estrechamente vinculados con la historia, es imposible concebir si no es a través del lenguaje.

El Mundo “habla” al hombre y, para comprender este lenguaje, basta conocer los mitos y descifrar los símbolos (...) El Mundo no es ya una masa opaca de objetos amontonados arbitrariamente, sino un cosmos viviente, articulado y significativo. En última instancia, *el Mundo se revela como lenguaje*. Habla al hombre por su propio modo de ser, por sus estructuras y sus ritmos (Eliade, 1991:61).

Para la psicología social, entre cuyos abordajes teóricos están el psicoanálisis, el conductismo o la teoría de las representaciones sociales, es central el estudio de cómo los pensamientos, comportamientos, valoraciones, emociones y sentimientos de las personas son construidos socialmente, es decir, se encuentran mediados por valores, necesidades, roles y prácticas sociales. Todos ellos no disponen de otra vía de expresión, consciente o inconscientemente, que no sea de naturaleza discursiva. Es así como las entrevistas, los testimonios de vida, los registros de trabajo de campo, se convierten en la evidencia discursiva de la que se vale el psicólogo social para explorar estas formas de acción individual determinadas socialmente.

Para la ciencia política también puede resultar valioso el examen sistemático de los fenómenos discursivos; cabe pensar, por ejemplo, en las evidencias de la actividad política en sus diversas facetas: documentos, consignas, minutas, desplegados, decretos, que dan

cuenta de los diversos procesos y actores relacionados con el devenir político de una sociedad: democracia, autoritarismo, nacionalismo, empoderamiento, sociedad civil, procesos electorales, Estado, gobernantes, gobernados. De igual forma, los textos contruidos como resultado del trabajo de campo, tales como entrevistas, historias de vida, diarios de campo con el registro etnográfico del investigador, pueden verse enriquecidos con una mirada científica a los discursos en los que se materializan.

Este breve repaso a algunas de las problemáticas teórico-metodológicas frecuentes en las ciencias sociales buscó fortalecer la convicción de la perspectiva multidisciplinaria inherente a los estudios del discurso, ya sea para ampliar nuestro conocimiento en torno a la forma en que se llevan a cabo todo tipo de interacciones sociales, así como para centrar la mirada en otros temas que, con seguridad, pueden abordarse a partir de su materialización discursiva. Desde luego, se ha tratado solamente de un panorama muy general, en torno a las crecientes contribuciones que desde diversas disciplinas se ofrecen para estudiar los discursos.

Seguramente para un investigador en formación, estudiar discursos parece una empresa abrumadora. Por ello, en los siguientes tres capítulos intentaremos resumir algunos de los puntos medulares a tomar en cuenta por quien haya decidido emprender una aventura académica de esta naturaleza.

## 3

## CONSIDERACIONES EPISTEMOLÓGICAS PARA LOS ESTUDIOS DEL DISCURSO

El análisis de discurso forma parte de las metodologías cualitativas. Por ello, antes de centrarnos en cómo analizar discursos, parece conveniente referirnos al paso primordial e ineludible para el diseño de una investigación: **la construcción de un objeto de estudio**, a partir del cual se formulará una pregunta de investigación, se esbozará la o las hipótesis y sus correspondientes objetivos. A fin de cuentas, el análisis de discurso forma parte de una investigación mayor, que implica en primer lugar definir cuál es el problema que queremos diagnosticar, conocer e, idealmente, resolver. Esto significa tener presente la realidad en la que está inmersa la problemática, el marco teórico que nos permite observarla, comprenderla o percibirla y, por último, la metodología a partir de la cual se llevará a cabo la investigación, lo cual atañe no solamente a los pasos necesarios para obtener la evidencia empírica, sino también a cómo se acometerá el análisis de los materiales obtenidos por medio del trabajo de campo o de archivo.

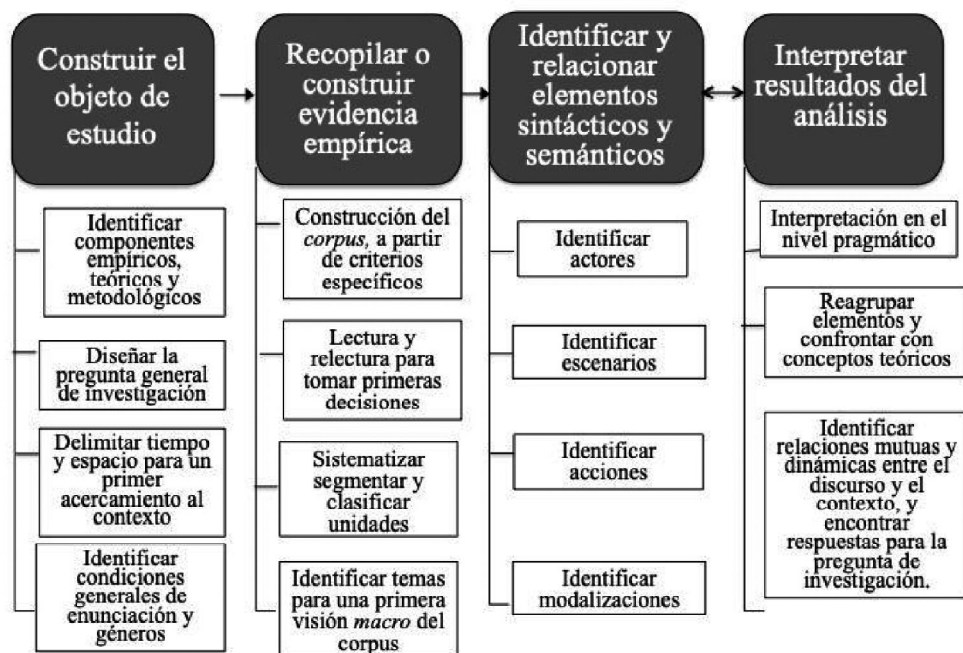
Antes de entrar en materia con la construcción del objeto de estudio, punto de partida inicial y obligatorio para cualquier investigación, nos parece conveniente ofrecer una panorámica general de algunos lineamientos que se sugiere tomar en cuenta para estudiar discursos y que se irán detallando en los siguientes tres capítulos.

Como puede observarse, un primer paso consiste en el diseño epistemológico de la investigación, lo cual implica, en primer lugar, construir el objeto de estudio con sus tres componentes (empírico, metodológico y teórico), a partir de lo cual se construye una pregunta general de investigación y se delimitan las hipótesis. En esta primera fase es pertinente una reconstrucción inicial del contexto que enmarca el proceso sometido a estudio, así como tener una idea precisa de las condiciones generales de enunciación y los géneros discursivos en los que se inscriben los materiales que pretendemos recopilar o construir mediante el trabajo de archivo o de campo.

Una vez obtenida la evidencia empírica de la investigación, ésta será sometida, en una primera etapa, a una serie de pasos que permitirán contar con un *corpus* o fragmento de la realidad discursiva a estudiar, misma que deberá sistematizarse, segmentarse y clasificarse en función de los temas, con lo cual tendremos una visión macro del *corpus*.

Por último, se emprenden las fases de análisis e interpretación de los datos, las cuales no necesariamente implican operaciones separadas; se trata más bien de un constante ir y venir entre el análisis y la interpretación de los signos y sus relaciones, entre sí y con el contexto que pretendemos conocer. Las sucesivas etapas que se presentan en la gráfica 3 no representan pasos obligados, sino sólo algunas posibles vías para analizar o segmentar los materiales, en el entendido que cada investigación es diversa y, consecuentemente, se podrá dar prioridad a una etapa o una clase de elementos frente a otros.

**Gráfica 3**  
**Lineamientos generales para los estudios del discurso**



### 3.1. La construcción del objeto de estudio

Para construir un objeto de estudio se requieren reflexiones epistemológicas, que permitan enmarcar los intereses u observaciones empíricas preliminares en un planteamiento general que, además de delimitar cronológica y geográficamente el fenómeno a ser estudiado, defina cuál es el enfoque metodológico adecuado (cuantitativo, cualitativo o mixto) y cuáles las teorías y conceptos que servirán como un lente a través del cual se interpreta la realidad observada (ver Gráfica 4).

### Gráfica 4 Componentes del objeto de estudio



Bourdieu, Chamboredon y Passeron (2002:51), en *El oficio de sociólogo*, explican que el objeto de estudio *se construye*: la investigación científica debe trascender la mera observación intuitiva de un fenómeno empírico, o “percepción ingenua”, para complementarla con el componente metodológico y teórico.

Cada vez que el sociólogo cree eludir la tarea de construir los hechos en función de una problemática teórica, es porque está dominado por una construcción que se desconoce y que él desconoce como tal, recogiendo al final nada más que los discursos ficticios que elaboran los sujetos para enfrentar la situación de encuestado y responder a preguntas artificiales o incluso al artificio por excelencia como es la ausencia de preguntas. Cuando el sociólogo renuncia al privilegio epistemológico es para caer siempre en la sociología espontánea (Bourdieu, Chamboredon y Passeron, 2002:58).

Es muy importante deslindar a qué se refiere el concepto de *metodología* en el diseño epistemológico de una investigación, pues suele confundirse meramente con “*técnicas de recopilación*”.

Al llamar metodología, como a menudo se hace, a lo que no es sino un decálogo de preceptos tecnológicos, se escamotea la cuestión metodológica propiamente

dicha, la de la opción entre las técnicas (métricas o no) referentes a la significación epistemológica del tratamiento que las técnicas escogidas hacen experimentar al objeto y a la significación teórica de los problemas que se quieren plantear al objeto al cual se las aplica (Bourdieu, Chamboredon y Passeron, 2002:60).

Otros elementos que entran en juego para la construcción del objeto de estudio son el propósito de la investigación, su dimensión temporal, su referente geográfico, una estimación preliminar de los datos susceptibles de ser recolectados, y cómo se les analizará.

Antes de presentar algunas sugerencias generales para estudiar o analizar los discursos conviene detenerse un poco en la palabra análisis, que proviene del latín *analysis*,<sup>4</sup> que a su vez se deriva del griego antiguo *analaino*, que se define como la acción y el efecto de separar un todo en los elementos que lo componen, con el objeto de estudiar su naturaleza, función o significado.

Por lo tanto, el análisis de discurso puede resumirse como una operación teórico-metodológica que implica, ineludiblemente, dos grandes fases o tareas:

*Primera fase: análisis.* En esta etapa, que opera principalmente en los niveles sintáctico y semántico, se procederá a segmentar, clasificar, distinguir, separar, comparar, registrar, resumir, valorar, etcétera, los componentes de cada discurso, ya sean verbales (orales, escritos), no verbales (gestos, ademanes, fotografías, materiales multimedia...), icónicos, multimodales.

*Segunda fase: interpretación.* En esta fase, que opera principalmente en el nivel pragmático, se busca una aproximación a la relación entre los componentes del discurso con las condiciones sociales, institucionales, ideológicas, culturales o históricas en las que fueron enunciados.

Estas fases no siguen un orden lineal; hay un constante ir y venir entre los hallazgos y su posible interpretación, pues lo que vamos descubriendo alimenta la curiosidad del investigador por seguir explorando la evidencia discursiva que a su vez genera nuevas interpretaciones.

### 3.2. La pregunta general de investigación y la hipótesis

Una vez definido el objeto de investigación procede reflexionar qué parte del mismo necesitamos descubrir, esclarecer, explicar, comprender, corroborar, comparar, es decir, formular la pregunta general de investigación: ¿qué?, ¿cómo?, ¿cuándo?, ¿dónde?, ¿qué

<sup>4</sup> Que se define como la acción y el efecto de separar un todo en los elementos que lo componen, con el objeto de estudiar su naturaleza, función o significado.

desconocemos?, ¿cómo se ha llegado a cierta situación?, ¿cuándo comenzó a presentarse algún fenómeno social?, ¿dónde se presenta con más frecuencia?, ¿quién interviene para que se transforme o para que se mantenga sin cambios? Éste es un paso esencial e ineludible, pues por meses o años la pregunta general guiará al investigador hacia un puerto de llegada claro o seguro. Por lógica, una pregunta susceptible de responderse automáticamente con “sí” o “no” debe quedar descartada.

En White (2009) encontramos una serie de planteamientos muy sugerentes en relación con la importancia de la o las preguntas de investigación, las cuales resultan centrales para definir la clase de datos que se requerirán, así como los métodos para recopilar y analizar la evidencia empírica. A decir de White (2009:1), no debemos desalentarnos por la dificultad o el tiempo que lleve desarrollar las preguntas de investigación. Generar ideas para la investigación requiere de una imaginación considerable; convertir estas ideas en preguntas implica pensamiento lógico y disciplinado, pues el tiempo invertido en pensar y desarrollar estas preguntas resultará muy fructífero en etapas posteriores de la investigación.

Retomemos, para mayor claridad, uno de los ejemplos de evidencias empíricas referidos párrafos atrás, para esbozar algunas posibles preguntas; como podrá advertirse, no todas ellas parten de un mismo objeto de estudio.

Evidencia empírica: publicidad sobre telefonía celular dirigida a adolescentes.

Posibles preguntas a partir de la anterior evidencia empírica:

- ◆ ¿Qué factores intervienen para que los adolescentes se apropien de los contenidos de la publicidad sobre telefonía celular dirigidos a este grupo de población?
- ◆ ¿Cómo intervienen las redes familiares o sociales de los adolescentes para una mayor o menor aceptación de los contenidos de la publicidad dirigida a ellos?
- ◆ ¿Cuáles elementos, verbales o no verbales, son más susceptibles de incidir en la aceptación, o no, de la publicidad dirigida a los adolescentes?
- ◆ ¿Cómo interviene el concepto de construcción social de la realidad en la apropiación de esta publicidad?
- ◆ ¿De qué manera se relaciona la recepción o apropiación de esta publicidad con las identidades que los adolescentes construyen de sí mismos?
- ◆ ¿Cómo se relaciona la publicidad sobre telefonía celular dirigida a adolescentes con las representaciones sociales en torno a este grupo etario?
- ◆ ¿Qué elementos inciden en la forma en que los adolescentes perciben la publicidad sobre telefonía celular?

A las anteriores podríamos adicionar decenas de preguntas; en todas ellas, si existe un adecuado diseño epistemológico, deben considerarse, además de lo empírico, elementos teóricos y metodológicos. En el primer caso, el de los elementos teóricos, podríamos apoyarnos en conceptos como identidad, interacción social, construcción social de la realidad, percepción, representaciones sociales... Por cuanto al elemento metodológico, el investigador debería estar consciente si la respuesta requiere de una retrospectiva histórica, una comparación entre diferentes épocas o delimitaciones geográficas, la realización de entrevistas profundas o historias de vida, organizar y analizar los resultados de grupos focales, encuestas, observación etnográfica. Por último, es pertinente tomar en cuenta factores prácticos antes de considerar concluida la pregunta: ¿se cuenta con el tiempo y recursos suficientes para emprender la investigación?

Una vez planteada una pregunta adecuada, es conveniente esbozar una posible respuesta, es decir, una hipótesis o suposición inicial, a la que se otorga un cierto grado de posibilidad, y que será susceptible de ser comprobada o refutada al terminar la investigación. Esta respuesta tentativa resultará muy útil para guiar los pasos de una investigación, pues proporcionará pautas en torno a las intuiciones a partir de las cuales se ha esbozado una investigación, cuáles habrán de ser los principales conceptos teóricos que la guiarán, qué tipo de metodología resultará más conveniente. Asimismo, al confrontar la hipótesis con la pregunta de investigación, podrá haber una mayor certeza de que existe un diseño de investigación coherente y bien planteado. En los casos, muy frecuentes, en que la hipótesis formulada para una investigación guarde poca relación con la pregunta, es muy probable que el objeto de investigación sea aún impreciso.

En las hipótesis se pueden ensayar diversos tipos de respuestas: se puede prever la relación entre dos o más variables (dependientes o independientes); se puede inferir que la presencia de una variable modificará algunos aspectos de la realidad observada; o bien se pueden establecer relaciones de causa y efecto entre variables.

Es útil considerar la importancia de lo discursivo en el diseño preliminar de una investigación; a fin de cuentas, el material empírico, su recolección o construcción, así como su interpretación, necesariamente se materializan en un conjunto de evidencias verbales y no verbales, es decir, en discursos.

Para mayor claridad de la forma en que se construye un objeto de estudio, y la relación directa que éste guarda con la pregunta de investigación, en la Tabla 1 se presentan algunos ejemplos<sup>5</sup> donde se muestran los principales componentes del objeto de estudio (empíricos, teóricos y metodológicos), así como la o las preguntas principales.

<sup>5</sup> Obtenidos de tesis que he dirigido o dictaminado en años recientes.

Como podrá advertirse de los datos siguientes, el objeto de estudio es mucho más que un “tema” de interés; se apreciará, asimismo, que la pregunta diseñada para cada investigación no sigue reglas precisas ni en extensión ni en su generalidad o especificidad. Por último, si bien la mayor parte de las investigaciones se realizaron a partir de una sola interrogante, en ocasiones se consideró preciso formular más de una.

Asimismo, conviene advertir que no existe una jerarquía para que alguno de los componentes sea más importante que otro; en todo caso, el diseño de una investigación puede tener orígenes e intereses diversos, de tal suerte que para un investigador lo empírico es lo relevante, en tanto que otro construya un objeto de estudio en función de su interés por comprobar una teoría o aplicar una metodología.

**Tabla 1**  
**Ejemplos tomados de tesis de posgrado, que resumen**  
**los componentes del objeto de estudio, a partir del cual**  
**se formuló la pregunta de investigación**

*Construcción de la otredad en la prensa nacional mexicana. Ideología y racismo en torno a la visión del indígena: 1988-1992* (Aguayo, 2008).

Componente empírico: noticias publicadas en *La Jornada*, *El Universal*, *Proceso* y *Vuelta*, relacionadas con los indígenas en México.

Componente teórico: ideología, racismo, poder, discriminación, exclusión.

Componente metodológico investigación documental; análisis del discurso (sintáctico, semántico y pragmático), identificación de fuentes, pacientes, agentes y acciones.

Pregunta: ¿Cómo se construyó a los indígenas y a lo indígena en la prensa nacional (diarios y revistas) entre 1988 y 1994?

*La construcción ideológica de Occidente en discursos de organizaciones islamistas vinculadas con la red Al-Qaeda (2001-2005)* (Castro, 2010).

Componente empírico: comunicados emitidos por Al-Qaeda en el marco de los atentados a Estados Unidos, España e Inglaterra.

Componente teórico: ideología, globalización, comunicación intercultural.

Componente metodológico: análisis del discurso, actos de habla, identificación de acciones discursivas y de mecanismos éticos para justificar la violencia.

Pregunta: ¿cuáles son los planteamientos y temas a los que alude la red Al-Qaeda, cuál

es su percepción de Occidente y cuáles los agravios que le demanda, qué estrategias discursivas, argumentativas y propagandísticas empleó?

*Argumentos en el debate legislativo sobre la despenalización del aborto en el Distrito Federal (2006-2007)* (Gutiérrez, 2011).

Componente empírico: debates parlamentarios para la despenalización del aborto en la Ciudad de México en 2007.

Componente teórico: discurso político, discurso de los derechos humanos, discurso religioso, moral, poder, ideología, feminismo.

Componente metodológico: revisión diacrónica de debates sobre el aborto; análisis del discurso de las sesiones parlamentarias, estrategias argumentativas.

Pregunta: ¿qué factores políticos, económicos, culturales, sanitarios, demográficos o de derechos humanos intervinieron en los debates sobre el aborto en la Ciudad de México en 2007?

*De subversión, transgresión y alteridad: reconstrucción analítica de los discursos sobre la censura y el escándalo en el cine mexicano* (Algarabel, 2012).

Componente empírico: películas mexicanas que fueron censuradas o que provocaron escándalo entre los años de 1992 y 2002.

Componente teórico: poder, procesos de normalización, mecanismos disciplinarios, alteridad, subversión, transgresión, discursos de la censura y el escándalo, discurso moral, discurso estético.

Componente metodológico: investigación documental (en oficinas encargadas de la supervisión cinematográfica), búsqueda y análisis hemerográfico de críticas.

Pregunta: ¿es posible construir un vínculo entre el discurso del poder y los mecanismos de censura y escándalo en la cinematografía mexicana?

*El discurso de la sustentabilidad, un análisis mediático y social* (Thomas, 2012).

Componente empírico: conferencias internacionales sobre medio ambiente realizadas en 1972, cobertura periodística de estas conferencias.

Componente teórico: ciencias ambientales, ecología, discurso social (político, mediático, político, científico y cultural).

Componente metodológico: análisis de discurso de los acuerdos adoptados en las conferencias internacionales y de las notas de prensa publicadas en torno a las mismas; análisis simbólico de las caricaturas políticas.

Pregunta: ¿cómo repercuten en el discurso público del país las preocupaciones ambientales internacionales? ¿Cómo ha sido construido en México el discurso de la sustentabilidad desde los medios impresos, para qué ha sido usado y a qué intereses ha servido?

*Fragmentación socioeconómica y espacios públicos de interacción en la Ciudad de México. Análisis semiótico de la desigualdad social contemporánea* (Hernández, 2012).

Componente empírico: interacciones entre visitantes y empleados en centros comerciales de la Ciudad de México.

Componente teórico: interacción social, construcción social de la realidad, discriminación, exclusión, poder.

Componente metodológico: observación participante en centros comerciales ubicados en distintos puntos de la ciudad; análisis semiótico de interacciones sociales, entrevistas en profundidad con empleados y visitantes.

Pregunta: ¿cuáles son las dinámicas de interacción en espacios públicos (centros comerciales) en la Ciudad de México, y cómo se relacionan con la fragmentación socioeconómica?

*El impacto de las nuevas tecnologías en el uso del lenguaje de los jóvenes mexicanos* (Alvarado, 2013).

Componente empírico: jóvenes usuarios de la red social Facebook en la Ciudad de México.

Componente teórico: identidad, identificación, semiótica social, cibercultura.

Componente metodológico: encuesta en la red social; observación participante del uso de Facebook entre un grupo de amigos de escuela; análisis semiótico de páginas de Facebook.

Pregunta: ¿cómo es que las formas de interacción discursiva que se dan en el sitio de red social Facebook responden a la necesidad de los jóvenes preparatorianos de conformación y/o reforzamiento de una identidad? ¿En qué medida los jóvenes usuarios son o no conscientes de ello?

*Prensa y construcción semiótica en el marco del proceso electoral del 2006 en México* (Godínez, 2014).

Componente empírico: portadas publicadas en los principales periódicos nacionales en el marco de las elecciones de 2006.

Componente teórico: construcción semiótica, discurso político, discurso periodístico, semiótica social.

Componente metodológico: análisis multimodal, análisis del discurso.

Pregunta: ¿cuáles fueron los discursos construidos por la prensa nacional en el marco de las elecciones de 2006, en un espacio semiótico privilegiado como el de las primeras planas, y cómo se vinculaba este discurso con el poder hegemónico?

*Teléfonos celulares y adolescentes: universos simbólicos en construcción* (Rincón Gallardo, 2015).

Componente empírico: adolescentes y uso de teléfonos celulares en la Ciudad de México.

Componente teórico: construcción social de la realidad, determinismo tecnológico, socialización, universos simbólicos, identidad, percepción, espacios públicos vs espacios privados, semiótica social.

Componente metodológico: análisis semiótico, grupos focales, análisis del discurso, observación participante.

Pregunta: ¿cómo construyen las y los adolescentes sus relaciones por medio de teléfonos celulares?

*El barrio de La Merced: una memoria desde la experiencia de sus habitantes* (Paz, 2015).

Componente empírico: barrio de La Merced en la Ciudad de México y sus habitantes y visitantes.

Componente teórico: Memoria individual, memoria colectiva, narrativas, representaciones sociales, percepción, espacio y territorio.

Componente metodológico: Investigación documental para reconstruir la historia del barrio; observación participante, historia oral con habitantes del barrio.

Pregunta: ¿cuál es la percepción que los habitantes del barrio de La Merced tienen en relación con su barrio? ¿Estas vivencias, experiencias y percepciones han ido configurando una memoria en relación con su espacio y prácticas sociales?

*Percepción y reacción de los tamaulipecos en relación al manejo del gobierno en la crisis de seguridad* (Calderón, 2016).

Componente empírico: condiciones de inseguridad (asesinatos, secuestros, desapariciones forzadas, asaltos, cobros de piso) en la que viven los habitantes de Tamaulipas como consecuencia de la estrategia de combate al narcotráfico emprendida en el calderonismo.

Componente teórico: hábitos, representaciones sociales, prácticas comunicativas, violencia.

Componente metodológico: observación participante, grupos focales con pobladores de cinco ciudades en Tamaulipas, entrevistas, análisis del discurso de los materiales verbales obtenidos.

Pregunta: ¿cómo perciben los tamaulipecos la crisis de seguridad derivada de la fallida estrategia de combate al narcotráfico y cómo reaccionan ante ella?

*Prensa popularizada: El Gráfico y Metro y su construcción periodística del sujeto popular* (Mondragón, 2017).

Componente empírico: portadas de *El Gráfico y Metro*, publicadas entre los años 2009 a 2012.

Componente teórico: semiótica visual, exclusión, poder, cultura popular.

Componente metodológico: análisis histórico para identificar la forma en que estos diarios han evolucionado en el tiempo y comparación entre los elementos de diseño de unos y otros; construcción de un *corpus* a partir del acervo de portadas; análisis semiótico, análisis de discurso verbal (semántico y pragmático).

Pregunta: ¿cómo se construye al sujeto popular en la prensa sensacionalista de la Ciudad de México?

Como puede advertirse en los ejemplos presentados en la Tabla 1, la noción de discurso, ya sea como componente metodológico o como elemento teórico de una investigación, se convierte en una muy útil herramienta en las ciencias sociales, especialmente cuando éstas se miran desde una perspectiva interdisciplinaria.

### 3.3. Contexto, condiciones generales de enunciación e identificación de géneros

Una vez definida la pregunta general de investigación o incluso antes de formular ésta es necesario llevar a cabo una inmersión en el contexto de enunciación de los discursos. Se plantea para el analista una aparente paradoja: si los discursos nos ayudan a conocer las condiciones de producción de un texto, por qué es indispensable realizar una inmersión previa, aun antes de identificar los discursos que serán analizados. Cabe citar a Witold Jacorzynski, quien con base en las *Investigaciones filosóficas* de Wittgenstein, plantea una interesante reflexión metodológica: “Como dijo Kierkegaard: es mejor perderse en la

pasión que perder la pasión. Con Wittgenstein podríamos decir: es mejor perderse en el contexto que perder el contexto” (Jacorzynski, 2011:188).

La inmersión en el contexto no implica una fase única o que sólo anteceda a las operaciones analíticas sobre los discursos. En realidad, supone un proceso dialéctico constante entre el texto y su contexto. En efecto, antes de definir el acervo con el que se trabajará y a partir de ello construir el *corpus*, es necesario conocer el contexto en el cual se enmarca el proceso discursivo que intentamos conocer, y esto supone delimitar la investigación en el tiempo y en el espacio.

Así, es importante tener una idea tan cercana como sea posible de cuál ha sido la evolución de los discursos que analizaremos, qué cambios han experimentado, cuáles coyunturas han sido determinantes. Además, es imprescindible ubicar con qué otros procesos se relacionan, si éstos son de alcance local, nacional o incluso global. Para ello es importante conocer desde dónde y cómo se le ha estudiado en otros trabajos, es decir, hacer una búsqueda del estado del arte, consultar revisiones históricas que nos permitan identificar periodos o procesos que hayan resultado determinantes para el fenómeno que intentamos conocer. Resultaría muy lamentable no entablar un diálogo académico con algunos de quienes han tenido preocupaciones similares, o incluso descubrir si acaso somos los primeros interesados en conocer un tema específico.

Esta primera inmersión ofrecerá pistas muy valiosas para definir con mayor precisión el tipo de materiales que necesitamos recopilar o construir para responder la pregunta general de la investigación. Si se trata de trabajos de recopilación, podremos decidir con base en argumentos sólidos si se trabajará, por ejemplo, con archivos documentales, con materiales de prensa, con colecciones fotográficas o audiovisuales. O bien, si el contexto sugiere que no existe registro de estos discursos, será obvio que tendremos que construirlos, por medio de observación etnográfica, entrevistas, grupos focales, reconstrucción de historias de vida.

Todo discurso necesariamente ha sido producido por alguien y está dirigido a alguien. Si queremos emprender un análisis sistemático y productivo de los discursos sujetos a análisis resulta útil saber quién está detrás de su producción o enunciación. Por ejemplo, si se analizarán materiales recopilados (prensa, revistas, documentos, materiales audiovisuales, ya sea impresas o digitales) es fundamental saber quién los ha producido, escrito, difundido o compartido, por lo cual es útil reunir previamente tanta información como sea posible sobre dicha persona, grupo, entidad o empresa.

Será desde luego de interés registrar si se trata de materiales anónimos, un fenómeno que con la amplia producción en redes se torna cada vez más común. Si se trata de materiales contruidos para una investigación (entrevistas, grupos focales, testimonios)

es indispensable para el análisis considerar de quién procede la información; por ejemplo, haciendo una entrevista en torno al uso de teléfonos celulares, no serán lo mismo las respuestas de una persona jubilada de 85 años, que la de un estudiante de 20 años.

Otro elemento que aporta información relevante para el análisis consiste en las relaciones de poder identificables en los discursos, ya sea que se recopilen o se construyan *ex profeso*. En algunos casos se trata de elementos de sentido común, por ejemplo, si analizamos un comunicado de un directivo de una empresa hacia sus empleados, es obvio que habrá una relación de poder vertical en dicho documento. En otros casos, no es del todo claro quién tiene el poder, por ejemplo si los mismos empleados hicieran una huelga y emitieran una declaración, podría pensarse que hay una relación de poder más horizontal o incluso no se puede definir a la ligera quién tiene el poder. En todo caso, las relaciones de poder no se definen de manera automática y siempre será necesario reflexionar sobre las condiciones de enunciación. Ahora bien, si los materiales para una investigación son construidos por el propio investigador, por ejemplo, entrevistas o grupos focales, resulta siempre productivo reflexionar sobre las relaciones de poder que se entablan en el transcurso de la investigación, por ejemplo, entre el entrevistador y sus entrevistados o en un grupo focal.

Un elemento crucial para el análisis son los géneros discursivos, tanto para ubicar la esfera de actividad humana en la que se inscribe su enunciación, como para organizar la multiplicidad de aspectos capaces de construir sentido presentes en un discurso, y disponer de criterios que nos permitan identificar su mayor o menor relevancia. Uno de los clásicos obligados para reflexionar en torno a los géneros discursivos es Mijail Bajtín:

La riqueza y diversidad de los géneros discursivos es inmensa, porque las posibilidades de la actividad humana son inagotables y porque en cada esfera de la praxis existe todo un repertorio de géneros discursivos que se diferencia y crece a medida de que se desarrolla y se complica la esfera misma. Aparte hay que poner de relieve una extrema *heterogeneidad* de los géneros discursivos (orales y escritos). (Bajtín, 1997:248).

La variedad de géneros discursivos es tan amplia como la vida misma, y abarca desde breves diálogos cotidianos, géneros literarios, géneros periodísticos, géneros cinematográficos, géneros del discurso científico. En suma toda la producción discursiva que acompaña nuestro andar por el mundo, la cual tendemos a sistematizar y a desarrollar a partir de ciertas reglas.

Parece interesante comentar la estrecha relación entre el concepto de géneros discursivos con el de juegos del lenguaje propuesto por Wittgenstein, pues en ambos

casos se pone énfasis en la relación entre lenguaje y vida social, ya sea para definir cuáles son los tipos más o menos estables de enunciados, como los define Bajtín, así como percibir cómo constantemente surgen estos tipos de enunciados más o menos estables; como ocurre, por ejemplo, con la avasallante incursión de las redes sociodigitales en la vida cotidiana, y que trae consigo una pléyade de nuevas formas de interactuar, que paulatinamente se van sistematizando. Si los miramos desde la perspectiva de Bajtín nos enfrentamos a la forma en que, por medio de la incesante repetición y creación de géneros, ponemos a funcionar el discurso, pues en cada esfera de la práctica humana existe un repertorio de géneros discursivos. Si lo miramos desde la perspectiva de Wittgenstein, advertimos la relación entre el lenguaje y las formas de vida, articuladas en juegos del lenguaje, que si bien se mantienen relativamente estables (pues de otra manera no habría juegos) son dinámicos y cambiantes, como la propia vida.

Aludir a los géneros como un elemento fundamental para comprender los discursos y sus funcionamientos implica no sólo mirar o identificar los que ya existen o se reconocen como tales, por ejemplo, los géneros literarios o periodísticos, sino que debe prestarse especial atención a todos los géneros emergentes, como ocurre con las modalidades discursivas que trae consigo la tecnología y la forma en que ha propiciado el intercambio de discursos en redes sociodigitales.

Con estos elementos mínimos se dispone ya de una base más o menos suficiente para emprender la fase de recolección o producción de los discursos que serán la evidencia empírica de toda investigación, así como para un primer acercamiento a los mismos. En el próximo capítulo nos ocuparemos de esta etapa.

## 4

## OBTENCIÓN DE DATOS Y PRIMER ACERCAMIENTO AL CORPUS

En este capítulo se plantean algunas vías generales para la recopilación o construcción de la evidencia empírica de una investigación, en el entendido de que esta etapa va antecedida por un diseño cuidadoso de los objetivos que perseguimos al buscar materiales en acervos documentales, periodísticos, cinematográficos, sociodigitales, así como al hacer etnografía, entrevistar, hacer historia oral u organizar grupos focales. Por otra parte, se ofrecen también algunas sugerencias para organizar y sistematizar los acervos, construir el *corpus* y disponer de una primera mirada macro hacia los materiales, antes de proceder a su análisis y posterior interpretación.

### 4.1. La construcción o recopilación de datos

Una vez construido el objeto de investigación, a partir del cual se diseña un marco teórico-metodológico inicial, ya es viable iniciar el trabajo de campo o de archivo, para disponer así del acervo que representa el componente empírico. En la investigación cualitativa, hay dos grandes modalidades de acervos:

- ◆ *Acervo construido*: materiales realizados como producto del trabajo de campo: observación participante, que se registra en diarios de campo o etnografías, historias de vida, entrevistas, grupos focales, registros fotográficos o audiovisuales, encuestas o sondeos. Esta evidencia empírica sólo existe por la intervención de un investigador, aspecto que siempre conviene tener en mente, principalmente para interpretar los resultados.
- ◆ *Acervo recopilado*: materiales obtenidos como parte del trabajo de archivo: acervos hemerográficos, documentos, fotografías, materiales audiovisuales o en redes sociales.

A continuación, presentamos una breve descripción de estos métodos, junto con algunas reflexiones en torno a sus desafíos, principalmente aquellos que implican una reflexión desde el análisis del discurso.

- ◆ *Observación participante*: como producto de su estancia en campo, el investigador produce descripciones detalladas de los eventos, situaciones, interacciones y comportamientos registrados en el espacio elegido para el estudio. El término “participante” supone que, al interactuar con los sujetos de estudio, el investigador procura integrarse a la comunidad observada a fin de no alterarla, y contar así con elementos que le permitan una comprensión efectiva del escenario. Esta tarea de recolección de datos implica enfrentarse a estructuras conceptuales complejas, “muchas de las cuales están superpuestas o enlazadas entre sí, estructuras que son al mismo tiempo extrañas, irregulares, no explícitas, y a las cuales el etnógrafo debe ingeniarse de alguna manera, para captarlas primero y para explicarlas después” (Geertz, 2003:24). Los propios diarios de campo producidos por el investigador para registrar lo que aconteció en el trabajo de campo debieran ser también considerados parte de los acervos discursivos a estudiar.
- ◆ *Entrevistas*: las interacciones entre el investigador y sus sujetos de estudios o colaboradores pueden tener diversas modalidades y fluctuar desde conversaciones informales, focalizadas o en profundidad, realizadas siguiendo un protocolo a manera de preguntas y respuestas, o bien ser conversaciones libres entre el entrevistador y sus informantes. Elegir una u otra es un tema de gran relevancia metodológica, por lo cual es muy conveniente que las decisiones se tomen luego de sesiones exploratorias de trabajo de campo. Cabe tener presente que las entrevistas arrojarán información valiosa que, analizada en profundidad, podrá dar luz sobre aspectos como el poder, la interacción o la identidad. Conviene leer a este respecto los trabajos de Briggs (1986) y de Kress y Fowler (1983) para comprender las relaciones que se entablan entre el entrevistador y el entrevistado, y que son también susceptibles de ser comprendidas como un discurso, adicional a la entrevista u otros materiales obtenidos.
- ◆ *Historia oral o testimonios de vida*: metodología que recurre a las entrevistas como técnica para la obtención de testimonios, por medio de los cuales se pretende reconstruir detalladamente la participación de los sujetos en los procesos históricos o sociales. En Folguera (1994) se hace una sucinta revisión de los principales pasos para hacer historia oral, y que comprenden el diseño del proyecto, la revisión contextual para definir los periodos principales, la selección de informantes, la documentación exhaustiva (previa a la entrevista) la propia entrevista (que puede durar varias sesiones), la transcripción y la interpretación.
- ◆ *Grupos focales*: entrevistas colectivas con un número aproximado de cinco a 12

informantes, conducidas por el investigador para propiciar intercambio de información y opiniones entre sujetos que forman parte del fenómeno o espacio social estudiado. Álvarez-Gayou (2003:128-146) presenta con detalle varias sugerencias prácticas para la planeación y desarrollo de grupos focales.

Al realizar trabajo de campo, el investigador no llega con la mente en blanco; sus formas de percibir, de concebir la realidad, de interactuar con otros sujetos, son el resultado de sus experiencias, de sus vivencias, de sus expectativas y de sus valores; en consecuencia, la forma en que capta la realidad que le circunda cambia diametralmente si su encuentro es con los *otros*, que lo miran como ajeno al grupo social estudiado; si logra insertarse como un observador más o menos familiarizado con las circunstancias estudiadas, o bien si el mismo investigador forma parte de la realidad estudiada. En estas reflexiones la antropología ha sido especialmente sensible; cabe recordar, de hecho, la constante referencia a los conceptos de *emic* (punto de vista del nativo) y de *etic* (punto de vista del extranjero), esenciales para la reflexión etnográfica y su escritura.

De manera metafórica, podríamos considerar que al hacer etnografía empleamos una rejilla de observación (marco teórico), interesante fenómeno que Goodwin (1994) bautizó como *visión profesional*, al proponer que en la percepción interviene un escrutinio profesional, que es resultado de un conjunto de prácticas social e históricamente constituidas.

Otro concepto muy interesante en relación con el proceso que ocurre cuando el analista se confronta con la realidad es el de *descripción densa*,<sup>6</sup> que consiste en el registro detallado, consciente y profundo de circunstancias particulares, tales como rituales, prácticas y conductas sociales, de tal suerte que pudiera conducir a una mayor comprensión de los diversos aspectos en ellos considerados.

Los materiales obtenidos en campo, ya sea por medio de registros etnográficos o los que resulten de su interacción con los sujetos del grupo social estudiado, por ejemplo con entrevistas (informales, formales, profundas), historias de vida o grupos focales, no son registros neutros, sino que debe considerarse hasta qué punto éstos serán obtenidos e interpretados a partir de la propia experiencia del investigador, quien no es ajeno a lo que observó, preguntó, obtuvo como respuesta, registró y cómo habrá de interpretarlo. Aquí radica, como señalamos, una de las características distintivas de la investigación cualitativa.

<sup>6</sup> Que Clifford Geertz (1973) retomó del filósofo Gilbert Riley.

## 4.2. Del acervo al *corpus*

Una vez construido, recopilado o identificado el acervo que contiene la evidencia empírica de la investigación, el siguiente paso es la construcción del *corpus*; es decir, la selección del material a partir del acervo, que será analizado en función del objeto de estudio y la pregunta o preguntas específicas formuladas en torno a él.

Para hacer un símil con una situación común en la vida cotidiana, pensemos en un doctor que quiere indagar si el paciente presenta algún grado de desnutrición o si su cuerpo combate una infección: bastan de 5 a 10 mililitros, extraídos en ayunas y sin medicamentos previos de por medio, analizados por hemogramas o métodos de coagulación (dependiendo del diagnóstico inicial) para responder con cierta dosis de certeza a las dudas sobre su estado de salud, sin que sea desde luego necesario analizar toda su sangre. Es decir, se obtiene una muestra capaz de dar información confiable sobre el estado de salud del paciente. Ocurre lo mismo cuando se analizan discursos: torrentes de información etnográfica, documental, visual, hemerográfica pueden ser sustituidos por conjuntos manejables de datos, susceptibles de ser diseccionados, catalogados, comparados e interpretados.

Un problema sin duda es la confianza que es posible tener en la capacidad del *corpus* para exhibir rasgos significativos con respecto al asunto que se analiza (rasgos: ¿comportamientos, regularidades, diferencias, anomalías?), que sean, además, significativamente (¿afines, cercanos, próximos, ajenos, semejantes, diferentes, homólogos, análogos?) a los de la totalidad mayor a partir de la cual ese inevitable retazo ha sido construido de manera más o menos experimental. (Carbó, 2001:20).

Además de guiarnos por la pregunta (o preguntas) y objetivos de la investigación, para construir un *corpus* son necesarias otras consideraciones prácticas: ¿qué tan representativo será el *corpus* construido para garantizar una respuesta plausible para nuestra o nuestras preguntas de investigación?, ¿de cuánto tiempo se dispone para la investigación?, ¿qué capacidad humana o técnica se requiere para ello? Con los acervos documentales o audiovisuales es importante hacerse una pregunta casi de sentido común: ¿tenemos posibilidad de obtenerlos, copiarlos o digitalizarlos?, ¿forman parte de un repositorio público o se requiere de algún permiso especial para su consulta y análisis?

A manera de ejemplo, presentamos algunas de las interrogantes que podrían orientar la construcción de *corpus* en el análisis de discurso periodístico (Salgado, 2009:92-93):

- ◆ ¿Qué buscamos en un medio en particular?
- ◆ ¿Qué función desempeña en un contexto específico?

- ◆ ¿Existen momentos especiales en su historia que convenga retomar?
- ◆ ¿Quién detenta la propiedad del medio?
- ◆ ¿Ha sufrido cambios en su línea editorial?
- ◆ ¿Qué se sabe o se presupone sobre el universo de sus lectores?
- ◆ ¿Qué es más importante: el hecho noticioso o la forma como se construyó?, es decir, ¿qué tiene más peso, la realidad o el discurso que sobre ella se realizó?
- ◆ ¿Importa comparar cómo se da cobertura a un acontecimiento noticioso específico o buscamos indagar cómo diversos fenómenos sociales influyen en la construcción de la noticia?
- ◆ ¿Interesa comparar en diversos periodos el tratamiento de algún tema?
- ◆ ¿Qué tan extensos deben ser los periodos a analizar para responder la pregunta?, ¿años, meses, semanas o días?
- ◆ ¿Interesa advertir cómo un periódico da relevancia un acontecimiento noticioso, o bien cómo un periódico da cobertura a un acontecimiento ya considerado como noticia en otros medios?
- ◆ ¿Quién o quiénes son o eran los actores sociales principales de los hechos investigados y de qué forma participaron o no en la construcción del discurso de la prensa en México?
- ◆ ¿Cuál es la importancia de la prensa en relación con el fenómeno social sujeto a estudio?

Al responder preguntas como las anteriores, paulatinamente el investigador diseña sus criterios de selección, paso esencial en el análisis de discurso, en tanto se trata de las reglas metodológicas precisas que justifican que el *corpus* tenga el potencial de explicar por qué el tramo de realidad al que pertenecen funciona de cierta manera.

Por último, es interesante referir el interés creciente de las ciencias sociales hacia los acervos digitales (*blogs*, páginas *web* o redes sociales) y los retos que plantea la investigación cualitativa para la *navegación analítica*. Sin ahondar demasiado en el tema, conviene mencionar que las teorías del caos y la complejidad parecen haber llegado al rescate de los investigadores interesados en este mundo virtual, al sostener, con bastante lógica, que los conceptos de vórtice y paradoja de la individualidad permiten concebir que, en la naturaleza y en la sociedad, existen fenómenos que se replican a diferentes escalas; si bien cada elemento o vórtice es una entidad individual y diferenciada, es inseparable del río que la ha creado (Briggs y Peat, 2000). Así, por ejemplo, para comprender la función política o los mecanismos de construcción de identidad en Twitter, el seguimiento de algunos *hashtags* o *trending topics*, y algunos de los *tuits* que los contienen, podría ser un *corpus* bastante confiable y manejable para su disección y posterior interpretación.

Una vez definidos los criterios de selección de *corpus*, éste deberá ser reunido y debidamente resguardado para su posterior procesamiento: archivos de texto, imágenes o materiales audiovisuales. Por fortuna, la preservación, reproducción y procesamiento de materiales, sobre todo visuales o audiovisuales, que hace unos años implicaban tareas complejas y no siempre posibles se ven ampliamente beneficiadas con la tecnología y sus avances incesantes. Tal vez el lado oscuro de tanta tecnología radica en que los investigadores podrían sobredimensionar su capacidad de ejercer una mirada analítica cercana y rigurosa sobre tantos materiales.

Un paso previo ineludible para el análisis, al que no siempre se le presta la debida atención, consiste en la lectura, escucha u observación completa y sistemática de todos los materiales. Leer íntegramente los conjuntos textuales, escuchar las grabaciones, observar de modo detallado los archivos gráficos, películas o documentales que constituyen el *corpus* es esencial para la toma inicial de decisiones sobre el género o géneros que se pueden identificar en el material, así como las unidades en que puede descomponerse para proceder a miradas más cercanas.

Esta etapa también puede dar lugar a importantes hallazgos preliminares o incluso azarosos; recordemos que en la investigación cualitativa no es desdeñable el azar (o evidencias empíricas imprevistas). De hecho, *leer* los materiales forma parte del análisis, como sostiene Carbó, quien propone el concepto de “lectura-como-método”, y que se muestra partidaria de las “exploraciones sucesivas (o paralelas) del material disponible, en un arcaico proceso de prueba y error cuyo fundamento más firme es, en mi experiencia, la lectura (y la lectura y relectura, y la lectura otra vez) de las materializaciones discursivas del fenómeno (o conjunto de fenómenos) que han despertado la extrañeza metódica” (Carbó, 2002:19).

### 4.3. Sistematizar los materiales e identificar los temas para una visión macro

A partir de la lectura del *corpus*, tendrá lugar la primera gran intervención analítica sobre los discursos recopilados o construidos, que idealmente permitirá al investigador disponer de una visión macro de los mismos. Para ello, se recomienda llevar a cabo dos grandes operaciones: sistematizar los materiales, lo cual implica la definición de las unidades de análisis, e identificar los temas.

Para comprender qué implica la sistematización de los materiales, resultará útil revisar el concepto de sistema, de gran relevancia tanto para la lingüística como para la semiótica. De acuerdo con Hodge (2017:10), el concepto de *sistema* se remonta a la palabra griega *sistema*, de *syn* –junto- + *istemi* –organizado en un conjunto complejo-.

Así, siguiendo a Aristóteles, “lo que no puede ser de otro modo, decimos que es necesario que sea así; y según este sentido de lo necesario se dicen también necesarias en cierto modo todas las demás cosas” (Aristóteles, 1987:232).

Por ello, para comprender un sistema es necesario adentrarse en la función que cada una de sus partes representa con respecto al todo; “el analizar un todo es descomponerlo en función de la función que juega cada una de sus partes –válgase la redundancia” (Barceló, 2004:21). Trasladando esto a la manera en que funcionan los signos de un lenguaje, *sistematizar* implica definir cuáles conjuntos son susceptibles de separarse, y aun así seguir cumpliendo su función como parte del discurso, y cuáles no pueden separarse, pues se perdería el sistema en torno al cual se organizan.

Dado el carácter crecientemente multimodal de los discursos, donde la tecnología ha propiciado una cada vez mayor interrelación del lenguaje verbal con otros tipos de lenguaje (pensemos, por ejemplo, en los materiales que circulan en las redes sociodigitales), es muy importante comprender cuáles sistemas están presentes en los discursos a analizar, y en consecuencia cómo habrá de llevarse a cabo la descomposición en unidades para fines analíticos. Al identificar los sistemas se podrán tomar decisiones para que las unidades de análisis necesariamente comprendan de manera integral todos los elementos de los que se compone el discurso o bien si es factible analizar por separado sus componentes.

El carácter multimodal de los discursos no se relaciona sólo con la tecnología, como es el caso de los discursos digitales, cuya conformación es prácticamente multimodal, al combinar en un solo mensaje textos, sonidos o imágenes fijas y en movimiento. Por ejemplo, si pensamos en segmentar en unidades una entrevista sería poco productivo analizar por separado los componentes verbales y los no verbales, puesto que para comprender los discursos que subyacen a las respuestas de un entrevistado, no sólo son importantes sus respuestas, sino que se deberían considerar también los elementos no verbales, tales como sus gestos, expresiones corporales o su vestimenta. Los discursos audiovisuales tampoco podrían segmentarse en sistemas que consideren en forma separada los diálogos y las imágenes, dado que la recepción de los mismos ocurre de forma simultánea.

Por otra parte, algunos materiales discursivos sí serían susceptibles de segmentarse en diferentes sistemas, por ejemplo en una primera portada de un diario los encabezados podrían considerarse como un sistema y consecuentemente considerarse como unidades, en tanto que las imágenes pueden funcionar como otro sistema. Obvio, en la etapa de interpretación estos sistemas deben considerarse en conjunto.

Así pues, una vez comprendidos los rasgos generales de los sistemas presentes en un *corpus*, se procede a descomponer éste en conjuntos manejables, lo cual implica, en primer

lugar, definir cuáles serán las unidades. Para ello es esencial establecer estrictos criterios de clasificación. La vida cotidiana nos ofrece una metáfora para ilustrar esta operación analítica: ¿cómo organizamos un guardarropa? ¿Clasificamos cada prenda por su tipo, colores, climas para los que está diseñada, valor, gusto personal, condiciones de desgaste? ¿Qué hacemos si una misma prenda parece corresponder a dos o más subconjuntos? La clasificación implica profundos ejercicios analíticos y un constante ir y venir entre los materiales y los criterios inicialmente adoptados. En *Las palabras y las cosas* de Michel Foucault encontramos una muy interesante reflexión sobre los retos que implica la clasificación.

Cuando levantamos una clasificación reflexionada, cuando decimos que el gato y el perro se asemejan menos que dos galgos, aun si uno y otro están en cautiverio o embalsamados, aun si ambos corren como locos y aun si acaban de romper el jarrón, ¿cuál es la base a partir de la cual podemos establecerlo con certeza? ¿A partir de qué “tabla”, según qué espacio de identidades, de semejanzas, de analogías, hemos tomado la costumbre de distribuir tantas cosas diferentes y parecidas? ¿Cuál es esta coherencia—que de inmediato sabemos no determinada por un encadenamiento *a priori* y necesario, y no impuesta por contenidos inmediatamente sensibles? Porque no se trata de ligar las consecuencias, sino de relacionar y aislar, de analizar, de ajustar y de empalmar contenidos concretos; nada hay más vacilante, nada más empírico (cuando menos en apariencia) que la instauración de un orden de las cosas; nada exige una mirada más alerta, un lenguaje más fiel y mejor modulado; nada exige con mayor insistencia que no nos dejemos llevar por la proliferación de cualidades y de formas. Y, sin embargo, una mirada que no estuviera armada podría muy bien acercar algunas figuras semejantes y distinguir otras por razón de tal o cual diferencia: de hecho, no existe, ni aun para la más ingenua de las experiencias, ninguna semejanza, ninguna distinción que no sea resultado de una operación precisa y de la aplicación de un criterio previo (Foucault, 1986:5).

La segmentación, clasificación, separación u ordenación de los materiales es una operación analítica. Cabe señalar que, de acuerdo con la etimología, análisis proviene del latín *analysis*. En el *Diccionario de la RAE* se ofrecen, entre otras, las siguientes acepciones: Distinción y separación de las partes de algo para conocer su composición; Estudio detallado de algo, especialmente de una obra o de un escrito; Examen de los componentes del discurso y de sus respectivas propiedades y funciones (RAE, 2017).

Luego de establecer los criterios de segmentación y clasificación, procede su aplicación rigurosa sobre el acervo, operación que tendrá como resultado un *corpus* debidamente sistematizado y catalogado o etiquetado, como suele decirse en programas diseñados para análisis cualitativo, tales como *N-Vivo*, *HyperResearch* u otros que, aun cuando no se han pensado específicamente para análisis cualitativo, pueden ser igualmente

útiles para registrar, sistematizar, consultar o filtrar el gran acervo de datos que, con frecuencia, se genera como producto de una investigación, como *Access* o *Excel*. Desde luego, usuarios poco familiarizados con estos recursos digitales están en completa libertad de recurrir a procedimientos de catalogación más rústicos o convencionales para trabajar sus materiales. Si bien con programas de cómputo se puede facilitar el registro, es imprescindible recordar que varias de las operaciones relacionadas con el análisis de discurso se plantean desentrañar posibles sentidos, operación mental en la que intervienen los criterios, valoraciones, juicios y experiencias del analista, y que no pueden ser realizadas por una computadora.

A manera de ejemplo, podríamos segmentar las notas de un diario de campo en función de los días, las situaciones, los lugares, los objetivos, su tipo (apuntes y reflexiones del investigador, fotografías, comentarios informales obtenidos de las personas con quienes se interactúa durante el trabajo de campo). En el caso de entrevistas, una decisión en apariencia práctica sería segmentar cada unidad por un turno de habla, es decir, cada pregunta y cada respuesta representarían una unidad, en el entendido de que están conformadas simultáneamente por lenguaje verbal y no verbal. Por cuanto a las entrevistas colectivas o grupos focales, una vez transcritos los materiales, procedería su división a partir del turno de habla de cada participante.

Algunos materiales plantean retos mayores que otros. Por ejemplo, ¿cómo segmentar películas que formen parte de un *corpus*? ¿Debe tomarse toda la película como una misma unidad? ¿Se debe clasificar el material por secuencias, secuencias-tipo (inicios, clímax, finales), tomas, planos, líneas argumentales, fotogramas, bandas sonoras, lugares, personajes, acciones, encuadres, recursos narrativos? Una respuesta inicial a esta duda nos remite al propio objeto de investigación, y a la pregunta derivada del mismo: ¿qué estamos buscando?; para corroborar los presupuestos iniciales, ¿se requiere de miradas en detalle o se precisa disponer de miradas ampliamente abarcadoras?; ¿interesan los personajes, los lugares, las tramas?, ¿hay que atender a los recursos narrativos, o a los elementos simbólicos? Es obvio que las decisiones no pueden obedecer a criterios aleatorios, sino que deberán tener relación con la pregunta y objetivos de investigación, para garantizar el rigor en la investigación y en la comunicación de resultados.

Una vez definidos los criterios para segmentar unidades, el analista debe estar preparado para hallazgos impensables, pues la realidad y sus productos discursivos son imprevisibles. Para ilustrar lo anterior, referimos los retos que planteó la clasificación de unidades en un análisis de informes presidenciales emitidos en México entre los años de 1917 a 1946 (Salgado, 2003). A partir de la versión oficial escrita de los informes pareció lógico descomponer cada uno de los informes en una oración, siguiendo para ello el

criterio tradicionalmente reconocido de que una oración comienza con una letra mayúscula y termina con un punto. Esta solución, empero, arrojó como resultado unidades muy contrastantes entre sí, según fueron reproducidas en la versión oficial de la Cámara de Diputados. Presentamos a continuación la oración más corta y la oración más larga del *corpus* (la notación entre corchetes que aparece después de cada oración corresponde a la clasificación de cada oración: presidente, año, sección, número de oraciones y conjunto de oraciones de cada informe).

La oración más corta (2 palabras). En términos estrictamente gramaticales no representa una oración, pues carece de sujeto y núcleo, pero responde al criterio de iniciar con mayúscula y terminar en punto:

*Al contrario.* [Ávila Camacho, 1946/ conclusión/45/116].

La oración más larga (361 palabras):

Juzgo indispensable hacer preceder este breve análisis de una declaración firme, irrevocable, en la que empeñaré mi honor ante el Congreso Nacional, ante el país y ante el concierto de los pueblos civilizados; pero debo, antes, decir que quizá en ninguna otra ocasión las circunstancias hayan colocado al jefe del Poder Ejecutivo en una atmósfera más propicia para que volviera a existir en nuestro país el continuismo a base de un hombre; que sugerencias y ofertas y aun presiones de cierto orden —envuelto todo en aspectos y en consideraciones de carácter patriótico y de beneficio nacional— se han ejercitado sobre mí, para lograr mi aquiescencia en la continuación de mi encargo, y que no únicamente mitos de moral, ni consideraciones de credo político personal, sino la necesidad que creemos definida y categórica, de pasar de un sistema más o menos velado, de “gobiernos de caudillo” a un más franco “régimen de instituciones”, me han decidido a declarar solemnemente y con tal claridad que mis palabras no se presten a suspicacias o interpretaciones que no sólo no buscaré la prolongación de mi mandato aceptando una prórroga o una designación como presidente provisional, sino que ni en el período que siga al interinato, ni en ninguna otra ocasión, aspiraré a la Presidencia de mi país; añadiendo, aun con riesgo de hacer inútilmente enfática esta declaración solemne, que no se limitará mi conducta a aspiración o deseo sincero de mi parte, sino que se traducirá en un hecho positivo e inmutable; en que nunca y por ninguna consideración y en ninguna circunstancia volverá el actual presidente de la República Mexicana a ocupar esa posición; sin que esto signifique la más remota intención o el más lejano propósito de abandono de deberes ciudadanos, ni retiro de la vida de luchas y de responsabilidades que corresponden a cualquier soldado, a todo hombre nacido de la revolución, ya que abundan las situaciones militares o administrativas o políticas o cívicas, que por modestas o insignificantes que pueden ser, en comparación con la jefatura ante ocupada, significarán de mi parte aceptación completa de responsabilidad, y de peligros y darán oportunidad

para el exacto cumplimiento de los deberes de revolucionario [Plutarco Elías Calles, 1928/introd/11/63].

La *oración* anterior, pronunciada por Plutarco Elías Calles en su último informe de gobierno (1 de septiembre de 1928), resultó especialmente relevante en el mencionado análisis, no sólo por su extensión, sino por contener una declaración que a la postre resultaría fundamental para la constitución del futuro Partido Nacional Revolucionario (antecedente del PRI), y donde el Jefe Máximo de la Revolución sostenía la necesidad de pasar de un sistema de “gobiernos de caudillo” a un “régimen de instituciones”. En este caso se hace más que evidente cómo los discursos sociales se convierten en un elemento clave para comprender las circunstancias sociohistóricas en las cuales fueron enunciados.

Una vez definidas las unidades, resulta útil identificar el tema de cada una, paso que permitirá contar con una visión macro de los materiales y tomar decisiones sobre los pasos siguientes. Si bien la construcción de campos temáticos es una operación analítica esencial de la dimensión cualitativa, no es ajena a la vida cotidiana: ya sea que estemos en el papel de emisores o receptores, constantemente determinamos o reformulamos el tema o idea núcleo de la información que recibimos.

De acuerdo con Van Dijk (1997:47-52), existen tres macrorreglas para la construcción de temas, por medio de las cuales los escuchas o lectores de un discurso hacen la correspondiente y necesaria abstracción que les permite comprenderlo, almacenarlo, reproducirlo y –añadimos nosotros– analizarlo: supresión, generalización y construcción.

1. *Supresión*: dada una secuencia de proposiciones, se suprimen las que no sean presuposiciones de las proposiciones subsiguientes de la secuencia.
2. *Generalización*: dada una secuencia de proposiciones, se hace una proposición que contenga un concepto derivado de los conceptos de la secuencia de proposiciones.
3. *Construcción*: dada una secuencia de proposiciones, se hace una proposición que abarque la totalidad de la secuencia de proposiciones, y se sustituye la secuencia original por la nueva proposición.

A partir del inventario de temas de cada unidad, el analista dispondrá de una mirada macro, coherente y significativa, de todo su *corpus*, a partir de la cual podrá tomar decisiones operativas sobre cómo seguir descomponiendo las evidencias discursivas, compararlas, contrastarlas, seleccionar algunas para una mirada más específica; en suma, pautas para proceder al análisis lingüístico y semiótico de sus materiales, y su posterior interpretación como se explicará en el capítulo 5.

### Gráfica 5

#### Macrorreglas que intervienen en la definición del tema de un enunciado (obtenido de Salgado. 2003)



En la Gráfica 5 se ejemplifica la forma en que el analista procedió para definir el tema de una de las unidades de un *corpus*. Debe insistirse en que el procedimiento de identificar el tema de cada unidad es, sin duda, un ejercicio analítico, y además de naturaleza cualitativa. Los temas que se definen para cada *corpus* cambiarán de un investigador a otro, pues la forma en que nos acercamos a los materiales, los clasificamos, los organizamos, los agrupamos, depende de nuestra experiencia e intereses de investigación, de la forma en que nos aproximamos al sentido de cada unidad. Y, como señala Bajtín (1997:382), “La interpretación de los sentidos no puede ser científica, pero es profundamente cognoscitiva. Puede estar al servicio de la praxis que tiene que ver con las cosas de una manera inmediata”.

Estos primeros procedimientos analíticos dotarán al investigador de un conjunto sistematizado que más adelante permitirá tomar decisiones en relación con los métodos a emplear para interrogar sus materiales, sean éstos de naturaleza verbal, no verbal, multimodal o semiótica, e interpretar los resultados. En el siguiente capítulo nos ocuparemos de estos aspectos.

## 5

**LAS RESPUESTAS DEL DISCURSO**

Una vez construido el *corpus* y definidas, segmentadas y clasificadas las unidades que lo integran se presenta una de las etapas más desafiantes para el investigador: ¿cómo encontrar en la evidencia empírica discursiva la respuesta a las preguntas que nos llevaron a realizar entrevistas, recopilar testimonios, hacer grupos focales, reunir documentos, fotografías, videos o material obtenido de internet?, ¿cómo saber cuál es la ruta adecuada?, ¿cómo evitar que estos discursos se conviertan en un mero suministro de textos que sólo sirvan para confirmar lo que ya intuíamos de antemano?, ¿cómo garantizar un acercamiento riguroso y sistemático a los materiales resultantes del trabajo de campo o de archivo?, ¿cómo evitar una posible sobre-interpretación? ¿cómo relacionar los distintos pasos del análisis con los conceptos teórico-metodológicos que sirven de sustento para cada investigación?

Preguntas como las anteriores no tienen respuestas únicas o infalibles. Cada objeto de investigación es único y sus etapas se desarrollan de innumerables formas. No obstante, en la etapa de análisis conviene no olvidarse de la complejidad del lenguaje y sus niveles, para definir con cierta precisión cómo *interrogar* a los discursos en busca de respuestas. Es éste el propósito en el presente capítulo.

En el libro clásico *Fundamentos de la teoría de los signos*, publicado por primera vez en forma de monografía en 1938, Charles Morris reflexionaba sobre cómo la semiótica o ciencia de los signos captaba la atención de investigadores con diversas perspectivas: “lingüistas, lógicos, filósofos, psicólogos, biólogos, antropólogos, psicopatólogos, sociólogos y especialistas en estética” (Morris, 1971:10). En un intento por clarificar la forma en que operan los signos propuso considerar diferentes dimensiones para su estudio:

Sintáctica: “[...] el estudio de las relaciones sintácticas de los signos entre sí; haciendo abstracción de las relaciones de los signos con los objetos o con los intérpretes, es la más desarrollada de todas las ramas de la semiótica”.

Semántica: “La sintaxis, considerada como el estudio de las relaciones sintácticas de los signos entre sí, haciendo abstracción de las relaciones de los signos con los

objetos o con los intérpretes, es la más desarrollada de todas las ramas de la semiótica”.

Pragmática: “[...] la ciencia de la relación de los signos con sus intérpretes [...] Habida cuenta de que la mayoría de los signos, si no todos, tienen como intérpretes seres vivos, para caracterizar con precisión la pragmática bastará con decir que se ocupa de los aspectos bióticos de la semiosis, es decir, de todos los fenómenos psicológicos, biológicos y sociológicos que se presentan en el funcionamiento de los signos”.

Esta esclarecedora forma de visualizar cómo operan los signos en general, diseñada originalmente para la semiótica, ha sido muy fructífera para comprender el funcionamiento de los signos verbales, cuyos diversos niveles han sido examinados con rigor por la lingüística y sus diversas ramas:

*Nivel sintáctico:* signos lingüísticos (palabras, secuencias) y las relaciones de los signos entre sí, generalmente abordado por medio de análisis gramaticales o morfosintácticos.

*Nivel semántico:* relación entre los signos y la realidad designada, que suelen relacionarse con la semántica, la retórica, la sociolingüística o la antropología lingüística.

*Nivel pragmático:* relación entre el signo y el sujeto que lo utiliza, proceso en el cual intervienen necesariamente las circunstancias del lugar y tiempo de la enunciación. Este nivel es materia primordial de estudio para la pragmática, la teoría de la argumentación, el análisis conversacional o la filosofía del lenguaje.

Para el análisis del discurso, los tres niveles anteriores son igualmente relevantes, ya que el punto de partida para aproximarse a algunos de los sentidos que subyacen en los discursos es un análisis detallado de los signos que lo componen, las relaciones que establecen entre sí, qué relación tienen con la realidad a la cual aluden y, por último, cuáles son las relaciones entre los signos y los sujetos que los emplean.

El interés por los signos en sentido amplio (estudiados por la semiótica o semiología) y los signos verbales (estudiados por la lingüística) ha propiciado una interesante y con frecuencia polémica relación entre ambas disciplinas. La semiótica puede jactarse de tener la mira puesta en todos los signos, incluidos los verbales; la lingüística, a su vez, de haber contribuido a conocer con detalle cómo operan los signos del lenguaje verbal, sin duda más complejos y sin los cuales sería virtualmente imposible pensar en la comunicación humana, lo cual ha permitido conocer cómo funcionan todos los demás signos. ¿La

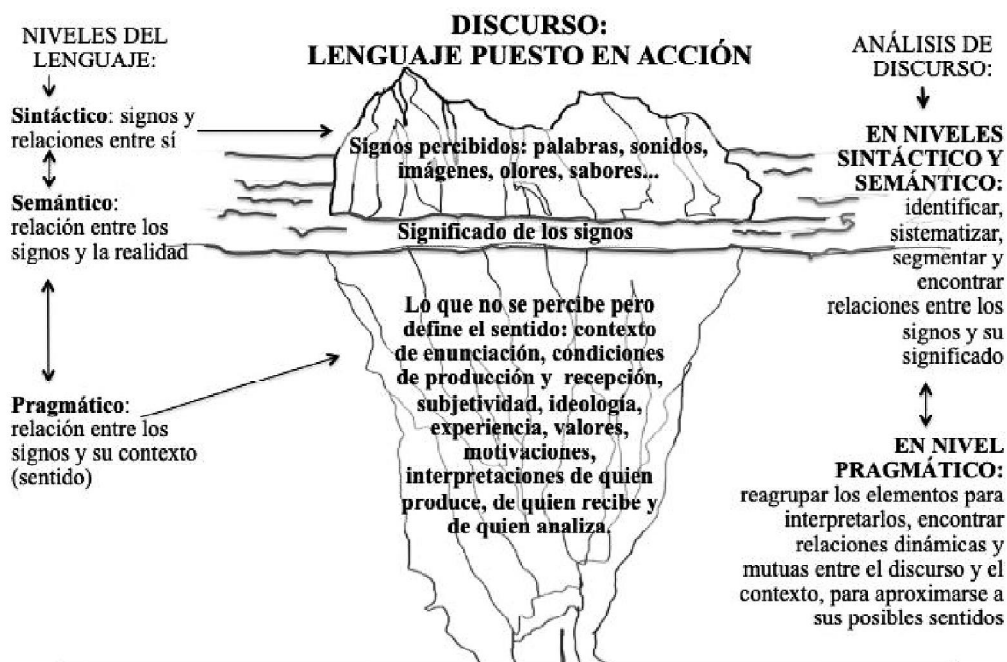
semiótica, como ciencia encargada del estudio de todos los signos, engloba a la lingüística? ¿O es la lingüística la que engloba a la semiótica, al generar conocimiento especializado que ayuda a comprender, a partir del estudio de los signos verbales, cómo funcionan todos los demás? En todo caso, *el análisis del discurso, al pretender ocuparse del lenguaje en sentido amplio, no queda circunscrito sólo a alguna de ellas, y más bien se beneficia de esta singular cooperación entre ambas disciplinas.*

En la Gráfica 6, se muestra la forma en que los diversos niveles del lenguaje intervienen en el análisis de discurso, para lo cual retomamos visualmente la metáfora del discurso como un *iceberg*, planteada por Teun Van Dijk:

El discurso natural es, en esencia, incompleto. Al igual que sucede con los icebergs, vemos sólo una mínima parte de lo que hay en él. La mayor parte de lo que dota de sentido al discurso es “invisible”. Más concretamente, esta parte no visible está configurada en forma de una enorme red de conceptos y proposiciones construidos sobre la base de nuestro conocimiento (Van Dijk (2010:171).

**Gráfica 6**

**Representaciones del discurso como iceberg y relaciones dinámicas y mutuas entre los niveles del lenguaje y su análisis**



Así, se advierte en un primer nivel, el sintáctico, la existencia de una parte visible donde aparecen los signos susceptibles de ser captados por los sentidos (palabras, sonidos, gestos, imágenes fijas o en movimiento, olores, sabores). Es importante mencionar la estrecha relación entre todos los niveles; por ejemplo, el nivel sintáctico no puede funcionar de manera autónoma sin considerar el nivel semántico; como propuso Chomsky en su revolucionaria obra *Aspectos de teoría de la sintaxis*, la estructura patente del lenguaje (nivel sintáctico) no siempre puede desvincularse de la estructura latente (nivel semántico) (Chomsky, 1970:18), los cuales a su vez dependen del nivel pragmático; un ejemplo de lo anterior serían enunciados tales como “El viejo vino de la bodega”, que según el contexto aludiría a una bebida añejada preservada en una barrica, o a una persona mayor que ha salido de un almacén.

En el segundo nivel, el semántico, se alude a la relación entre los signos y la realidad. Como puede notarse en la Gráfica 6, en la representación metafórica del discurso como *iceberg* hemos dejado este nivel justo donde termina la masa de hielo flotante que se percibe a simple vista, y cuyos límites no son fijos o inamovibles, de tal suerte que hay partes del *iceberg* con constantes variaciones entre lo que puede percibirse y es relativamente inamovible (por ejemplo, la definición de una palabra registrada en un diccionario o las convenciones para interpretar una imagen), y las variaciones constantes en el significado, dado que el lenguaje es dinámico. Como propone Stephen Ullmann en relación con la semántica y el papel de las palabras como unidad de significado verbal, “hay usualmente en cada palabra un sólido núcleo de significación que es relativamente estable y que sólo puede ser modificado por el contexto dentro de ciertos límites” (Ullmann, 57). Así, al analizar discursos el investigador se confronta con elementos más o menos invariantes que nos remiten a determinados significados, si bien debe estar siempre atento para considerar cómo se modifican en función del contexto de enunciación.

Está, por último, la inmensa parte que se encuentra oculta a la vista, y que corresponde al nivel pragmático, donde subyacen todos los elementos que hacen posible que los signos funcionen como tales, y donde están comprendidos elementos como el contexto de enunciación de quien produce, quien recibe y quien interpreta, actores que no pueden dejar de lado su ideología, su papel como sujetos sociales, así como sus experiencias, motivaciones, valores, conocimientos, en función de los cuales el sentido siempre discurre por diversos caminos.

Considerar por separado los niveles en que opera el lenguaje no implica proponer análisis independientes de cada uno de sus niveles; el discurso debe concebirse como una unidad, donde simultáneamente entran en juego tanto lo sintáctico, lo semántico y lo pragmático. Cuando se estudia el discurso como una producción social, esta incursión

hacia diversos niveles no sólo es deseable, sino que se impone como una condición inexorable si se pretende llegar a un conocimiento más profundo del discurso.

Edward Hall decía que un antropólogo tiene algo decisivo y práctico que decir, siempre y cuando consiga sistematizarlo (Hall, 1990:34). Esta idea puede ser trasladada para pensar, por extensión, en cualquier analista de discurso: si se quiere aportar conocimiento decisivo y práctico es necesario sistematizar los datos. Por ello, se propone considerar el análisis de discurso en dos fases interrelacionadas. En la primera, que se centra principalmente en el nivel sintáctico, aunque sin desdeñar lo semántico, se reunirá toda la evidencia posible sobre los signos a analizar, identificarlos, conocer cómo se relacionan entre sí, al tiempo que se deberán tomar en cuenta los significados más o menos estables de los signos. En una segunda etapa, que atenderá también al nivel semántico y, en esencia, al nivel pragmático, se reagrupan todos los datos obtenidos con el análisis, debidamente sistematizados y segmentados, para después interpretarlos, es decir, aproximarse a sus posibles sentidos y encontrar relaciones dinámicas y mutuas entre los diversos niveles del lenguaje y el contexto de enunciación, que es una forma general y abstracta de resumir el propósito que subyace a la pregunta general que debe regir cualquier investigación. Vale la pena reiterar que esta separación en dos fases es artificial y sólo se propone como una estrategia metodológica para emprender el análisis, pues los niveles del lenguaje son interdependientes uno de otro.

A continuación presentamos algunas reflexiones generales en torno a posibles vías por medio de las cuales se pueden analizar discursos. No se trata de un inventario exhaustivo de posibilidades, sino sólo de una exploración en torno a la riqueza de la información contenida en un discurso. Una vez tomadas las decisiones específicas sobre cuáles elementos conviene mirar en detalle, el analista tiene a su disposición incontables trabajos que profundizan en aspectos sintácticos, semánticos o pragmáticos.

### **5.1. Niveles sintáctico y semántico: signos y sus relaciones entre sí y con la realidad**

¿Cómo comenzar el análisis? Con mucha frecuencia, la premura por obtener resultados lleva al analista principiante, o a quien proviene de disciplinas ajenas a la lingüística o a la semiótica, a mirar superficialmente los discursos obtenidos por medio del trabajo de campo o de archivo, a pensar que basta con codificar o clasificar sucintamente la información contenida en entrevistas, testimonios, notas de prensa u otros documentos, y en obtener así fragmentos de discursos que sirven para confirmar hipótesis iniciales.

Así vistos, los discursos sólo se consideran como una fuente de información superficial, como un arsenal de datos empíricos a los que basta glosar, resumir o citar. De esta forma se corre el riesgo de desestimar la rica evidencia empírica contenida en los discursos para ayudarnos a comprender algunos de los temas abordados en el primer capítulo, tales como la articulación del lenguaje con el pensamiento o la ideología, su función como vehículo del poder, para la formación de las representaciones sociales o de la memoria social, como elemento constructor de identidad o su importancia para determinar la forma en que percibimos el mundo o construimos socialmente la realidad. Ya desde hace algunos años, quienes se han ocupado del análisis de discurso han alertado sobre esta premura para analizar, por “el desdén por la demora que impone el análisis, su descrédito, la proliferación de las paráfrasis que borra la significación al sumir todo nuevo desdoblamiento de los signos en una virtual confirmación de su multiplicación anticipada, deseada incluso. Hay una degradación de la demora, una devoción a la impaciencia” (Mier, 1993:32).

Si buscamos contar con evidencia sólida e incuestionable sobre la relación mutua y dinámica entre el discurso y su contexto es indispensable partir de un escrutinio inicial, tan minucioso y detallado como sea posible, hacia la forma en que opera el lenguaje en sus primeros niveles, el primero de ellos, el sintáctico y más inmutable, que permite “estudiar las relaciones existentes entre ciertas combinaciones de signos dentro de un lenguaje” (Morris, 1971:43), así como la relación que estos signos guardan El lector–analista, como sostiene Carbó (2001b:7), debe captar, “al menos por un momento fugaz, los delicados hilos con los que están tejidos los poderosos y escurridizos efectos discursivos”. De esta suerte, no deben escatimarse esfuerzos para registrar con el mayor detalle posible por qué en un texto (ya sea en las respuestas de un entrevistado, en la redacción de una nota periodística o de una proclama, etcétera) se emplea una palabra frente a otras posibles, por qué se califica la realidad de una forma y no de otra, por qué se conjuga un verbo en pasado o en presente, por qué el sujeto de una acción se construye en primera, segunda o tercera persona, qué está implícito en el uso de un adverbio o de una conexión adversativa.

No siempre resulta posible emprender análisis detallados de los niveles sintáctico, semántico y pragmático, tema que sin duda suele causar desazón entre investigadores provenientes de ciencias sociales distintas a la lingüística y la semiótica. No obstante, con frecuencia, basta una mirada rigurosa y sistemática a los materiales que conforman el *corpus*, guiada por la pregunta general y los objetivos de investigación, para obtener evidencia analítica valiosa.

A continuación, presentamos algunos elementos que pueden orientar esta primera

fase del análisis. Cabe recordar el carácter multimodal del discurso, lo cual implica que lo verbal se articula con lo no verbal y con otros elementos (por ejemplo imágenes). No obstante, para fines de sistematización en el análisis, en ocasiones resulta útil mirar en forma aislada los componentes verbales y los no verbales (por ejemplo al analizar la primera plana de un diario, donde en una primera etapa podría analizarse el encabezado, y después mirar las imágenes y otros elementos semióticos). En todo caso, para la interpretación de los hallazgos es importante nuevamente agrupar los elementos, es decir, considerar el contexto de enunciación en el que ocurren.

En el caso del lenguaje verbal, si bien el análisis sintáctico es la base para acercarse a un discurso no garantiza por sí solo resultados rigurosos e inobjetables. Al considerar las infinitas posibilidades de elección y combinación de signos que tuvo cada hablante y sabiendo que contamos sólo con información mínima sobre sus circunstancias de enunciación, presuponemos que sólo es posible realizar un análisis sintáctico desde una perspectiva parcial —la del analista, desde luego—, y que todo análisis es parcial. Esta “subjetividad” en el análisis sintáctico está también estrechamente ligada con el hecho de que no hay consenso o verdades inobjetables en la gramática de la lengua. Para el análisis del discurso, en este nivel resultan de especial interés los elementos gramaticales que permiten identificar a los actores, los escenarios y las acciones invocadas en el discurso, así como las modalizaciones, es decir, la forma específica en las que estas enunciaciones se realizan. De ello nos ocuparemos en el siguiente apartado.

En relación con el lenguaje no verbal, éste alude a todas las formas de comunicación humana que trascienden las palabras, dichas o escritas (Knapp, 1972:41). Como punto de partida para su estudio, conviene tomar en cuenta que se trata de acontecimientos o conductas que necesariamente deben interpretarse por medio de lenguaje verbal; no siempre se producen con la intención de significar algo; no existen, y muy probablemente jamás existirán, consensos generalizados sobre todas y cada una de las infinitas posibilidades de comunicación no verbal, y no siempre se producen con la intención de significar algo. Algunos de los sistemas de comunicación referidos por Knapp (1972:17-25) cuyo estudio es de interés para el análisis de discurso son los movimientos del cuerpo o comportamientos cinésicos (o kinésicos): gestos, movimientos corporales, de las extremidades, cabeza, pies, piernas, expresiones faciales (sonrisas), conductas visuales (parpadeos, dirección de mirada), fruncir el entrecejo, ente muchas otras. Algunos de los sistemas más típicos de estas conductas corporales son:

Emblemas: actos que implican una transposición oral directa de una palabra o una frase; por ejemplo, levantar el pulgar para expresar aprobación (y de donde proviene el emoticono “me gusta” ampliamente popularizado por las redes sociales).

Ilustradores: actos verbales directamente unidos al habla y que sirven para ilustrar a ésta; por ejemplo, mover velozmente los dedos para referir cómo alguien corre.

Muestras de afecto: configuraciones faciales que expresan estados afectivos. La sonrisa o simular un beso serían un ejemplo típico.

Reguladores: actos que permiten moderar las conversaciones entre dos o más personas. Por ejemplo, levantar la mano para solicitar un turno de habla.

Adaptadores: su definición genera polémica, en virtud de su gran relación con fenómenos de adaptación de la conducta, y que muy probablemente no tienen una intención consciente de comunicar algo. Por ejemplo, echarse el pelo hacia atrás de la oreja o rascarse la nariz.

Paralenguaje: se refiere a cómo se dice algo, e incluye aspectos como cualidades de la voz, vocalizaciones, articulación, volumen, entonación.

Proxémica: el uso y percepción del espacio social y personal.

En el concepto amplio de discurso que manejamos, además de los elementos verbales y no verbales, existe una amplia gama de otros elementos semióticos capaces de construir sentido. A este respecto, resulta muy útil recurrir a la forma como Edward Hall (1990) definió a la cultura como un lenguaje silencioso, donde el tiempo, el espacio, la subsistencia, el juego o la sexualidad y en general cualquier otro elemento que forma parte de la cultura comunican algo.

Así, para un investigador perspicaz resulta productivo mirar los sentidos que subyacen en la forma como un sujeto o la comunidad a la que pertenece valoran el tiempo, por ejemplo, los horarios o duración que se destinan para una actividad. De igual forma, la valoración en torno a la forma en que se construyen o se perciben los espacios contribuyen de modo notable a la comprensión de los discursos. Fue precisamente Edward Hall quien propuso que cada persona establece, en relación con otras, distancias o *burbujas* imaginarias íntimas, personales, sociales o públicas, culturalmente determinadas. Es decir, en una cultura específica acercarse mucho al interlocutor podría significar un intento de agresión o de conquista; en todo caso, hay que evitar interpretaciones esencialistas, regidas por parámetros ajenos al contexto de enunciación.

Los objetos forman también parte de la amplia gama de elementos capaces de construir sentido. Por ejemplo, la vestimenta o los accesorios que porta una persona no sólo están determinados por fines prácticos, sino conllevan también una necesidad, consciente o inconsciente, de expresar o rechazar cierta ideología, identidad o incluso mostrar poder. Leeds-Hurwitz (1993) explora en forma detallada la comida, la ropa y los objetos como elementos portadores de sentido.

Los conceptos someramente descritos pueden resultar útiles para analizar las evidencias empíricas recopiladas en campo, complementar la información verbal y permitir una interpretación más profunda de los hallazgos: ¿los hablantes mostraron empatía hacia el investigador?, ¿le dijeron, sin palabras, cosas adicionales?, ¿cómo vestían?, ¿por qué vestían así?, ¿qué objetos había en su casa?, ¿qué comían?, ¿proporcionaban con estos elementos información relevante para la investigación?

Sin embargo, hay que proceder con cautela para no sobredimensionar lo que registramos o percibimos en el campo. En todo caso, la interpretación de nuestras evidencias empíricas supone un constante ir y venir entre los diversos sistemas de comunicación puestos en juego.

Además de textos escritos o transcritos, del registro de comunicación no verbal o modalidades de lenguaje silencioso, el trabajo de campo y archivo puede incorporar acervos visuales o multimodales (es decir, los que combinan lo verbal y lo no verbal en un único conjunto signifiante, por ejemplo, un meme, un tuit o un *post* en Facebook). *Leer* una imagen implica también una operación analítica susceptible de realizarse en dos fases: en la primera, para identificar y segmentar los signos que la componen, y la segunda para interpretarlos.

La percepción de las imágenes está en estrecha relación con la manera en que cada individuo capta la realidad y, al mismo tiempo, está vinculada con la historia personal, los intereses, el aprendizaje y la motivación (Aparici y García-Matilla, 1998:16). Los mismos autores sostienen que el conocimiento de un objeto no está determinado sólo por las sensaciones visuales, auditivas, olfativas, táctiles, sino que existe una forma particular (individual/social) de conocerlo. Cada observador, al contemplar un objeto, le añade asociaciones significativas a sus sensaciones, que dependen de su experiencia personal y colectiva.

La percepción, lejos de ser un fenómeno natural y uniforme para todos los individuos, es un fenómeno cultural: el cerebro interpreta las informaciones de luz y color, de acuerdo con mecanismos culturales que son aprendidos y que establecen la selección de ciertos componentes, que se hacen pertinentes en función de ciertos hábitos y esquemas que le otorgan a las informaciones visuales una estructura, una coherencia y un significado; apoyándose en *Arte e ilusión* de Gombrich, González Ochoa (2001:14-16) considera que en el acto de percibir intervienen tres aspectos:

- 1) La percepción visual presupone un conjunto de expectativas, que están impregnadas por nuestro conocimiento del mundo y de las demás imágenes que hemos visto. Por lo tanto, ver supone comparar lo que se espera ver con lo que realmente se percibe.

- 2) Una imagen nunca puede representar todo; por lo tanto el espectador tiene que llenar las lagunas de la representación con su saber y sus prejuicios.
- 3) Esta capacidad de *ver* se sustenta en la existencia de ciertos esquemas perceptivos almacenados en la memoria de cada espectador. Por lo tanto percibir visualmente implica usar todas las capacidades del sistema visual, de organización de la realidad, y confrontar los datos percibidos con los esquemas perceptivos almacenados.

Al abordar el tema de la percepción de una imagen, Jacques Aumont (1992:81) concede una importancia fundamental al espectador, al sujeto que observa una imagen. En la relación entre el espectador y la imagen se movilizan el saber, los afectos y las creencias, ampliamente modeladas por la pertenencia a una región de la historia (a una clase social, a una época, a una cultura). Todos los elementos de una imagen pueden ser una importante fuente de conocimiento por medio del análisis, siempre y cuando podamos identificarlos y clasificarlos. El reto consiste en considerar los muy diversos aspectos de imágenes, tomando en cuenta que la búsqueda del significado y del sentido no producirá hechos o verdades singulares, sino que reflejará uno o más puntos de vista.

Existe diversidad de procedimientos metodológicos para el análisis visual que pueden resultar productivos. En términos generales podemos distinguirlos entre aquellos que acometen el contenido de una imagen como datos y los que usan las imágenes como vehículos o disparadores de información no necesariamente presentes en las propias imágenes (Collier, 2007:35). A grandes rasgos, estos dos planos corresponden a lo que se conoce como denotación y connotación, donde el primer término alude al registro de qué o quién está representado, en tanto que el segundo se refiere a las ideas o valores expresadas por medio de la representación, y de qué modo se les representa (Van Leeuwen, 2007:92).

Pericot (2002) ofrece una interesante metodología para el análisis visual, diseñada al trasladar los niveles sintáctico, semántico y pragmático del lenguaje verbal a las imágenes. Para ello, propone leer imágenes en una secuencia sucesiva donde primero, en un nivel sintáctico, se identifican las imágenes y sus elementos visibles (objetos, conectores, posición con respecto al conjunto); en segundo lugar, interviene una fase semántica que permite comprender qué significan las imágenes, es decir, qué realidades representan. Por último, en un nivel pragmático, se interpretan las imágenes y sus posibles sentidos considerando sus contextos específicos de enunciación.

Para dar una idea más clara de cómo los tres niveles anteriores intervienen en el proceso de percepción de una imagen, presentamos un ejemplo a partir de un muy

somero análisis de los elementos contenidos en un objeto más o menos cotidiano para un habitante o turista de México en años recientes: el anverso del billete de 500 pesos.



Elementos sintácticos:

En el extremo inferior izquierdo, con orientación vertical: Denominación del billete, con número y con letra.

Elementos de seguridad: una imagen estilizada de un alcatraz, línea de seguridad, mapa de la República Mexicana.

Fragmento de pintura que muestra a una mujer de espaldas con un conjunto de flores frente a ella, bajo del cual se lee “Desnudo con alcatraces”.

Segundo elemento: Retrato de un hombre, al pie del cual se lee: “Diego Rivera” y “Autorretrato dedicado a Irene Rich”.

Elementos semánticos:

Este billete es un homenaje al muralista mexicano Diego Rivera, del cual se incluyen dos obras: su autorretrato pintado en 1940, y dedicado a la actriz cinematográfica estadounidense Irene Rich, así como un fragmento de una de las obras más famosas del pintor: “Desnudo con alcatraces”, complementado con tres pinceles y una paleta.

Elementos pragmáticos:

Para algunos usuarios mexicanos este billete, puesto en circulación en el año 2010, resultó novedoso por varios motivos; en primer lugar, porque dejaba atrás la temática histórica tradicional (el personaje plasmado en la anterior versión de un billete de 500 pesos era el general Ignacio Zaragoza, que se distinguió por su

brillante participación en la célebre batalla del 5 de mayo en la ciudad de Puebla). Asimismo, otra novedad de este billete era que en el anverso mostraba a Diego Rivera, y en el reverso a la pintora Frida Kahlo; de hecho, para varios usuarios el billete suele ser más recordado por la imagen de Frida Kahlo que por la de Diego Rivera. Para algunas personas, haber dado a conocer este billete en el año 2010, en que se cumplía el centenario de la Revolución Mexicana, fue un interesante homenaje a las ideas revolucionarias de Diego Rivera. Para los ciudadanos de Coahuila de Zaragoza, de donde era oriundo el general Ignacio Zaragoza, no resultó grato el hecho de que se hubiese eliminado del billete la imagen del prócer. Para los conocedores de la obra de Diego Rivera, el hecho de haber colocado la pintura sobre una paleta y pinceles no sería una idea afortunada; para otros, esta composición visual pasaría desapercibida. En este nivel, cada observador puede seguir construyendo sentidos: ¿qué se puede comprar con los 500 pesos que representan este objeto como un instrumento de cambio?, ¿es o no merecido el homenaje al pintor mexicano al aparecer en un billete?, ¿debió haber salido Frida Kahlo en el anverso, junto con Diego Rivera, o es interesante haberle destinado a ella todo el reverso?, ¿se debería o no incluir un fragmento monocromático de una pintura tan emblemática como “Desnudo con alcatraces”? De igual forma, para un usuario poco familiarizado con el mundo del arte, el billete contiene el rostro de “alguien”, posiblemente algún personaje famoso.

Así, en una primera fase del análisis podemos identificar quién habla, desde dónde habla, de qué habla y cómo lo expresa, y qué posibles sentidos tiene lo expresado, ya sea que recurra a palabras, gestos, elementos de la cultura (como el tiempo o el espacio), imágenes o acciones. A continuación nos detendremos en algunos de los elementos más interesantes para el análisis, así como los elementos lingüísticos, visuales o semióticos en los que se materializan.

### 5.1.1. Los actores

Una estrategia productiva para analizar los discursos implica enfocar la atención en los actores y la escena enunciativa, es decir, cómo y en qué escenario se construye a la persona, tanto gramaticalmente (por medio de palabras), como por medio de imágenes y otros elementos semióticos. De acuerdo con Van Dijk (2003:172), los autores:

son categorías constitutivas de las situaciones sociales y, como partes de las situaciones comunicativas, desempeñan diversos roles comunicativos, como los asociados a los distintos tipos de hablantes, escritores o autores, así como a los diferentes tipos de destinatarios. Pueden definirse localmente como individuos, o de manera global recurriendo a términos relacionados con los grupos, las organizaciones o las instituciones.

De esta forma, podríamos disponer de importantes elementos para saber si el discurso refiere a actores individuales, colectivos, presentes, pasados, reales, virtuales, imaginarios, ideales; de igual forma, podríamos disponer de información sobre los escenarios en los que se sitúan, y que más adelante podrían ofrecer información importante respecto a cómo se construyen elementos tales como la ideología, la identidad o el poder. Emile Benveniste (1978:86), un autor fundamental para entender la enunciación, define cómo en toda situación de enunciación confluyen tres personas:

Primera persona: sujeto, entidad o colectividad que dice algo, y que se ubica en una escena enunciativa.

Segunda persona: sujeto, entidad o colectividad a quien se le dice algo, y que comparte la escena enunciativa.

Tercera persona: sujeto, entidad o colectividad de quien se dice algo, y que está ausente de la escena enunciativa.

Una vía muy lógica y productiva para encontrar evidencias con respecto al actor que enuncia consiste en identificar las personas gramaticales o pronombres personales, que en el discurso representan un valioso elemento deíctico, es decir, aquellos cuyo sentido se actualiza únicamente al relacionar el enunciado con el contexto en el que se produce. Un procedimiento tan sencillo como identificar en los discursos quién se construye como “yo” o a quién construye como “nosotros”; quién es “tú” o “usted” y “ustedes” o “vosotros”, así como la persona o cosas que representan a “él” o “ella”; “ellos” o “ellas”, ofrecerá elementos para comprender cómo se concibe el hablante (primera persona) con respecto a otros, a quiénes considera como parte de su escena enunciativa (segunda persona), o quiénes son ajenos a ella (tercera persona).

La identificación de personas en el contexto de enunciación no siempre sigue un criterio estrictamente gramatical. Es muy socorrido, por ejemplo, en el discurso político, la autoconstrucción del propio hablante en tercera persona: *“El gobierno a mi cargo se ha visto en la necesidad de aumentar los impuestos”*, podría decir de sí mismo un presidente al rendir informe de su gestión frente a sus gobernados. También el uso de la segunda persona (referida al propio hablante) es un recurso discursivo muy útil para identificar procesos de construcción de identidad: *“Es como cuando usas tu celular y le mandas a las tres de la mañana un WhatsApp romántico a tu novio”* podría decir una joven refiriéndose a una práctica comúnmente realizada por ella misma.

Por cuanto a las marcas gramaticales que nos permiten aproximarnos a la escena enunciativa, además de las referencias a sustantivos que aludan a lugares en forma general o en forma específica (como ocurre con los sustantivos propios, por ejemplo los

nombres de país), son de gran interés los elementos deícticos, como “aquí”, “ahí”, “allí”, “allá”, que sólo tendrán un significado determinado por el contexto de enunciación.

Calsamiglia y Tusón (1999) presentan un detallado y claro recuento de cómo los recursos lingüísticos pueden permitir al analista conocer con precisión cuatro niveles o tipos de contextos: el contexto espacio-temporal; el contexto situacional o interactivo; el contexto sociocultural o el contexto cognitivo.

Las reflexiones anteriores pretenden ser de utilidad en varios momentos de la investigación. Por ejemplo, en *corpus* discursivos construidos (entrevistas, grupos focales, testimonios) la identificación gramatical de personas o escenarios dotan al analista de mayores criterios tanto para diseñar sus instrumentos de recopilación de materiales como para interpretar los resultados obtenidos con el trabajo de campo.

Desde luego, la forma en que se construyen las personas y los escenarios en el discurso puede observarse no sólo al analizar los elementos verbales, sino también al considerar lo no verbal, las imágenes o en general los elementos semióticos; por ejemplo, si se analiza una fotografía es útil identificar quién, con quién y dónde aparece; qué dicen las personas sobre sí mismos a partir de fenómenos paralingüísticos, tales como el volumen o la entonación de su voz; qué información se obtiene a partir de elementos semióticos, tales como su vestimenta, los objetos que emplea o los lugares que visita.

### 5.1.2. Las acciones

Muy ligado con el tema de las personas en el discurso, se encuentran las acciones que realiza, ya sea que afirme, cuestione, refute, solicite o rechace o se muestre adhesión a algo o alguien, con respecto a sí mismo o a los otros que forman parte de su escena discursiva, o a la tercera persona ausente. Como plantea Gee (2002:23), uno es lo que es en parte por lo que está haciendo, y parte de lo que está haciendo se puede reconocer al considerar quién lo está haciendo; por ello se puede decir que los enunciados comunican un *quién-haciendo-qué*, que se expresa en forma integrada, múltiple y heteroglósica.

Para identificar, en el lenguaje verbal, qué es lo que se está haciendo, resulta útil llevar a cabo un inventario riguroso y sistemático de los verbos, los sujetos ligados con ellos, además del registro en torno a otros accidentes gramaticales.

En primer lugar, mencionamos la raíz léxica de los verbos. Considerando la forma en que opera el lenguaje en el nivel semántico, es decir, el significado de las palabras, para el análisis conviene mirar con detenimiento por qué en un discurso se emplea una palabra y no otra. Como propone Lyons (1995: 59), “las diferencias sintagmáticas pueden ser explicadas satisfactoriamente en función de las diferencias de sentido determinables de un modo independiente”. Existen, por ejemplo, profundas diferencias entre *decir*, *informar*,

*comentar, creer, opinar, declarar, proponer, cuestionar, criticar, argumentar, trabajar o ganar el pan nuestro de cada día; querer o sentir aprecio; ir, viajar o trasladarse; reclamar, manifestarse, ir a huelga o exigir derechos; ir al cine o ver una película; vestirse o arreglarse para una cena.* Cada uno de los hipotéticos ejemplos anteriores, podría proporcionar información muy rica en torno a la forma en que sus enunciadores describen su mundo y la forma en que interactúan con él. Esta primera clasificación a partir de la raíz léxica se completa con el análisis de los accidentes verbales como tiempo, persona, voz o modo.

En el primer caso, el tiempo verbal revela profundas y significativas diferencias. Así, por ejemplo, los verbos conjugados en presente remiten a hablantes capaces de actuar sobre el tiempo cronológico en el cual se ubican. El presente resulta idóneo para esto. Hall (1990:22) hace notar que “cuando miramos hacia atrás, raramente lo hacemos para disfrutar del pasado en sí mismo; en general lo hacemos para computar su validez, para evaluar los pronósticos de éxito en el futuro”. No se trata de proponer fórmulas precisas sobre cómo interpretar la ocurrencia individual de uno u otro tiempo verbal, sino de sugerir que, una vez realizado el registro de los distintos accidentes de tiempo verbal, se busquen semejanzas, recurrencias o excepciones entre los discursos recopilados o construidos.

En segundo lugar, nos referimos al modo, cuya identificación permite conocer aquellos hechos que se plantearon como probables, efectivos o como imperativos categóricos. Asimismo, podremos aislar las acciones que se ubican como durativas, efecto que se consigue con el gerundio. La variación entre indicativo y subjuntivo es, desde luego, evidente. Según Alarcos Llorach (1995:152), una de las diferencias entre ambos modos se advierte en su propia denominación: el *indicativo* indica o señala en forma categórica una determinada acción, en tanto que el *subjuntivo* alude a una acción que pudiera o no ser probable.

El imperativo merece un comentario aparte. En términos pragmáticos, obedece a un ritual de cortesía, donde el hablante, más que dar órdenes, construye interlocutores y les marca pautas, acciones, conductas o hasta sentimientos convenientes al sistema. R. M. Hare (1975:16) formula un interesante comentario: “Una oración indicativa es usada para decirle a alguien que algo es el caso; una imperativa es usada para decirle a alguien que haga que algo sea el caso”. Así, al identificar los verbos en modo imperativo podremos aproximarnos al ideal de realidad que subyace en la mente del hablante: ¿cuál es la situación actual?, ¿cuál sería la situación ideal?, ¿qué deben hacer sus interlocutores para llegar a tal situación ideal?

Por último, la distinción gramatical entre voz activa y voz pasiva reviste interés puesto que la transformación de voz activa a voz pasiva invierte el orden de *actor* y

*afectado*. Por ejemplo, en una investigación realizada a partir de un *corpus* de notas de prensa referidas a indígenas durante el contexto preelectoral de fines del foxismo, se registraron “contundentes evidencias discursivas respecto a la pasividad con la que se construye a los indígenas, que rara vez aparecen como sujetos en las notas referidas a ellos” (Salgado, 2012:126).

Desde luego, las acciones pueden ser también detectadas en otros componentes del discurso, ya sea por medio de expresiones verbales, gestos corporales, posturas, con la vestimenta, con los objetos o con los espacios. Hay que tener presente que en una perspectiva amplia del discurso, las acciones son discursos, pues *dicen* cosas; “con más frecuencia de la deseable, al pensar que se pueden *hacer cosas con palabras* tendemos a olvidar la contraparte: la capacidad del ser humano de *decir cosas con acciones*; es decir, cuando hacemos algo, forzosamente, decimos algo” (Salgado, 2014:112).

También las imágenes ofrecen información relevante en relación con las acciones que realizan las personas. Así, al mirar una fotografía, ya sea que hubiera sido tomada por el propio investigador, o recopilada por él a partir de un acervo, se puede obtener evidencia de qué se hace: ¿alguien posa voluntariamente para una imagen?, ¿sonríe o muestra extrañeza?, ¿qué nos dice su vestimenta en torno a sus acciones?

Así pues, un meticuloso registro de las acciones invocadas en los discursos verbales, no verbales, visuales o semióticos ofrecerán valiosas pistas al analista de las formas en que los actores sociales inciden e interactúan con el mundo que les rodea.

### 5.1.3. La modalización

Otro fenómeno de gran interés para el análisis de discurso es el de la modalización, que se refiere a “*cómo* se dicen las cosas; es decir, a la expresión verbal o no verbal de la visión del locutor respecto al contenido de sus enunciados” (Calsamiglia y Tusón, 1999:174).

En el lenguaje verbal, resulta productivo atender a los adjetivos, pues permiten identificar las formas como el hablante, a partir de valoraciones aceptadas como socialmente válidas, modaliza o valora cosas o personas, lo cual puede traer implícitas varias pistas para acercarse a temas relacionados con la memoria social o la percepción.

Veamos, en primer lugar, los adjetivos calificativos. En *Oralidad y escritura*, Walter Ong (1997:74) advierte que la memoria oral funciona eficazmente con los grandes personajes cuyas proezas sean *gloriosas* o *memorables*: “el *sabio* Néstor”, “el *aguerrido* Aquiles”, “el *astuto* Odiseo”. Este uso de los adjetivos como un importante elemento que permite la construcción de una memoria colectiva no se restringe, desde luego, a las personas, ya que también los atributos conferidos a países, procesos, periodos históricos, situaciones de la vida cotidiana revisten gran interés para el análisis.

Por cuanto a los adjetivos posesivos, las marcas de propiedad sobre las cosas, instituciones, procesos y hasta personas, expresadas mediante ellos, permiten acercarse a cómo se concibe el hablante en función del contexto que le rodea; es evidente, por ejemplo, la diversa carga de sentido al enunciar *la* revolución o *nuestra* revolución; *el* presidente o *nuestro* presidente, *el* partido, *mi* partido o *nuestro* partido; *el* movimiento o *nuestro* movimiento.

Otro elemento presente en el lenguaje verbal que permite advertir cómo funciona la modalización son los adverbios, palabras invariables que modifican un verbo, otro adverbio o toda una oración, y que indican lugar, tiempo, modo, cantidad, afirmación, negación o duda. Según Ducrot (1984:195), uno de sus efectos consiste en producir un nuevo contenido a partir del que se expresa en el resto de la frase. Ocurre esto, por ejemplo, cuando encabezamos una oración con locuciones como *sinceramente*, *para ser imparciales*, *confidencialmente*, *en resumen*. No es lo mismo, por ejemplo, si alguien expresa: *afortunadamente* pude viajar a Europa; *inexplicablemente* pude viajar a Europa; *evidentemente* pude viajar a Europa; *finalmente* pude viajar a Europa. En cada uno de los ejemplos anteriores, además de referir el haber viajado a Europa, el hablante hipotético incorpora información muy valiosa en torno a lo difícil, común o añorado que le resultó tal viaje, y esta información, debidamente interpretada, puede arrojar datos muy valiosos en torno a los actores y la forma en que interactúan o valoran su contexto.

Los adverbios de afirmación y, sobre todo, los adverbios de negación son otro elemento muy valioso para contar con evidencias discursivas que conducen hacia el pensamiento del enunciadador y la forma en que concibe la realidad que le rodea; su empleo permite intuir algo de lo *no dicho* por el hablante y que, sin embargo, ha determinado su elección discursiva. Cuando se presenta una negación en el discurso es válido suponer que el hablante *niega lo que otros afirman*; alterando el orden de los factores, se puede sostener que *se afirma lo que otros niegan*. Así, lo que otros *afirman* o *niegan*, aun cuando no está dicho, subyace —y puede ser identificado— en lo expresado. Si alguien dice: “Yo no tengo frío” podría estar implícito que presuponga que sus interlocutores sí lo tengan o que le reclamen por no llevar un abrigo. Esto no significa necesariamente que quien emplea una forma negativa en realidad crea lo opuesto a lo que está diciendo. Para poder negar, el hablante tuvo que haber concebido primero la forma positiva, es decir, que hay una estrecha relación entre las negaciones y los planteamientos hipotéticos. Así, identificar las negaciones o las afirmaciones explícitas en un texto representa una técnica que nos permite avanzar hacia el contenido profundo del habla. Según Beaugrande y Dressler (*Introduction to text linguistics*, 1981:150) necesitamos localizar y analizar las negaciones y las afirmaciones para ver qué contenidos se presuponen.

Las propuestas anteriores no agotan las posibilidades de análisis, y sólo han buscado ilustrar algunas de las posibles estrategias para indagar, a partir de los propios textos, la amplia e intrincada red de relaciones de sentido que subyacen a los discursos verbales.

Una estrategia muy productiva para identificar los signos y su relación con la realidad consiste en explorar el nivel semántico (es decir, la relación que los signos guardan con la realidad). En el lenguaje verbal, puede recurrirse, por ejemplo, a la identificación de las figuras retóricas. Beristáin (2001:8) sostiene que las figuras retóricas son “la más antigua gramática, la más antigua teoría del discurso, teoría de la argumentación, teoría del texto, teoría de los hechos lingüísticos artísticos, y, más ambiciosamente todavía, teoría implícita en la construcción de textos de otros códigos (pictóricos, arquitectónicos, musicales, teatrales –y hoy, cinematográficos– etcétera)”.

El inventario original diseñado por los clásicos griegos incluía varios cientos de figuras retóricas (Crystal, 1993:70). Con el tiempo se han utilizado listas más simples de figuras retóricas. Entre aquellas que podrían resultar interesantes para quien se inicia en análisis de discurso, mencionamos las siguientes, obtenidas de una estrategia analítica para el discurso de la prensa (Salgado, 2009:181-190):

*Elipsis*: consiste en la omisión de una parte de la frase, sin que se afecte la gramaticalidad.

*Epítetos*: consiste en el uso de adjetivos o nominaciones para resaltar las características inherentes de un sustantivo; el epíteto puede acompañar o incluso reemplazar al sujeto referido.

*Eufemismos*: decir algo tratando de suavizarlo ante los interlocutores. Varias estrategias se combinan en la construcción de eufemismos, entre las cuales cabría destacar una fingida cortesía lingüística que, no obstante y desde el plano pragmático, hace evidente una valoración negativa, fingidamente cortés, de los hechos analizados (“cachetadas con guante blanco”, las llamaría el refranero popular).

*Hipérbole*: es la exageración para resaltar lo que se quiere decir.

*Ironía*: referirse a una cosa diciendo lo contrario. Esta figura está muy emparentada con la paradoja, que es una afirmación contradictoria o absurda en apariencia.

*Metáfora*: relacionar dos cosas distintas y sugerir una identidad entre ellas; ésta es una de las figuras retóricas más empleadas en los distintos géneros discursivos.

*Metonimia*: referirse a una cosa con el nombre de otra con la que tiene alguna relación.

*Preguntas*: formular un enunciado como una interrogante es también considerado un recurso retórico:

*Redundancia:* es la repetición de términos o frases, encaminada a dejar más claro el mensaje entre sus destinatarios.

*Simil o comparación:* dos cosas diferentes se comparan de forma explícita para indicar una semejanza. La naturaleza del objeto o circunstancia que se emplea para la comparación imprime un sentido específico al objeto comparado.

*Sinécdoque:* se toma la parte por el todo.

Entre las figuras mencionadas, la metáfora resulta de particular interés. Lakoff, uno de los mayores exponentes de lingüística cognitiva, se ha ocupado extensamente de la metáfora, sobre la cual dice:

Para la mayoría de la gente, la metáfora es un recurso de imaginación poética, y los ademanes retóricos, una cuestión de lenguaje extraordinario más que ordinario. Es más, la metáfora se contempla característicamente como un rasgo sólo del lenguaje, cosa de palabras más que de pensamiento o acción. Por esta razón, la mayoría de la gente piensa que pueden arreglárselas perfectamente sin metáforas. Nosotros hemos llegado a la conclusión de que la metáfora, por el contrario, impregna la vida cotidiana no solamente el lenguaje, sino también el pensamiento y la acción. Nuestro sistema conceptual ordinario, en términos del cual pensamos y actuamos, es fundamentalmente de naturaleza metafórica (Lakoff, 1995:39).

Las metáforas son un elemento clave para comprender la forma en que se articulan lenguaje y pensamiento, cómo nos orientamos, situamos, incluimos o excluimos de espacios, territorios, acciones, actividades o estados, al considerarlos como algo superior o inferior, privado o público, propio o ajeno. Precisamente las metáforas nos llevan a considerar hasta qué punto el lenguaje verbal no puede desligarse de lo no verbal, es decir, del conjunto de las acciones por medio de las cuales expresamos algo.

En resumen, en una primera fase del análisis de discurso se espera que el analista, siguiendo las huellas contenidas en los niveles sintáctico y semántico del lenguaje, ya sea por medio de elementos gramaticales (para el lenguaje verbal) o con otros sistemas de significación propios de las imágenes o de otros elementos semióticos, incluidas las acciones, dispondrá de un conjunto de evidencias más o menos amplias sobre los componentes de los discursos a analizar y las relaciones que éstos establecen en la estructura discursiva. A partir de estos primeros hallazgos podrá emprender la parte más relevante del análisis: interpretar, reuniendo todas las evidencias obtenidas con el análisis sintáctico o semántico, algunos de los posibles sentidos, es decir, entender para qué se habla, qué relación tienen estos discursos con el contexto en el cual se emiten y encontrar así las respuestas a la o las interrogantes que guían la investigación.

## 5.2. Nivel pragmático: encontrar relaciones mutuas y dinámicas entre discurso y contexto

El análisis de discurso supone mucho más que una meticulosa disección de los elementos que lo integran. Como hemos referido al inicio de este capítulo, ésta sería apenas la primera fase, a la que habrá de suceder la de interpretar los resultados, quizás la más importante por cuanto se refiere a los estudios del discurso. En efecto, no basta con saber cuál es la estructura de los discursos analizados, la naturaleza de los elementos que los integran, cómo están sistematizados, cómo se relacionan entre sí, sino que debiera considerarse como una meta principal e ineludible reagrupar todos estos elementos para comprender las relaciones mutuas y dinámicas entre el discurso y su contexto de enunciación.

No es nuestro propósito referir de forma exhaustiva las posibles estrategias que se pueden seguir para interpretar los hallazgos obtenidos luego de una cuidadosa disección de los discursos. Más bien, lo que pretendemos en este apartado es compartir algunas reflexiones sobre algunos aspectos relacionados con el nivel pragmático del lenguaje, que han mostrado su utilidad práctica en diversas investigaciones.

Para ello se reflexiona, en primer lugar, sobre los nexos o conectores del discurso, procurando ejemplificar el potencial de los mismos para aproximarse a los sentidos que subyacen a todo discurso.

Se expone luego el concepto de acciones discursivas, que permiten una interpretación global sobre la forma en que quien produce un discurso se autoconstruye a sí mismo en relación con sus oyentes o destinatarios, a la vez que se dirige a éstos como sus interlocutores o sus adversarios; es decir, se puede reconstruir la escena enunciativa.

En un siguiente apartado se hacen breves reflexiones sobre conceptos derivados de las *Investigaciones filosóficas* de Ludwig Wittgenstein, tales como *juegos de lenguaje*, *formas de vida* o *parecidos de familia*, que ofrecen un interesante marco para comprender de manera conjunta al lenguaje y la forma en que interactúa con la vida humana, y que han sido recientemente incorporados a las metodologías con que opera la antropología o la ciencia política.

Por último, se hacen algunas sugerencias concretas, articuladas a manera de preguntas, sobre cómo los hallazgos deben siempre confrontarse con los conceptos teóricos a partir de los cuales se diseñó el objeto de investigación, y estar así en condiciones de responder la pregunta o preguntas generales de una investigación.

Desde luego, analizar discursos no es una tarea que siga una estructura lineal o definida. Los resultados que se van obteniendo ya desde la primera fase de análisis (¿de qué elementos se conforma el discurso?, ¿cómo se interrelacionan unos con otros?) van

alimentando paulatinamente la curiosidad y la intuición del analista por seguir explorando el discurso en busca de respuestas, que a su vez sugieren o incluso exigen nuevas indagaciones en los discursos, en todo aquello que nos pueden revelar sobre el contexto de enunciación en el que fueron creados.

### 5.2.1. El discurso y sus nexos

Para aproximarse a las condiciones de enunciación, es importante fijar la mirada en la estructura de los enunciados y sus nexos, por ejemplo los que se definen por medio de conectores verbales, tales como las conjunciones copulativas, disyuntivas o adversativas, cuyos conectores más comunes son, respectivamente, “y”, “o” y “pero”. Aunque vacíos de sentido si se les descontextualiza de la oración en la cual son enunciados, los conectores suelen manifestar “lazos preexistentes –en la mente de los interlocutores, en su conocimiento compartido– que se expresan con un elemento sintáctico–semántico para indicar de forma más precisa y clara la relación que se intenta comunicar.” (Calsamiglia y Tusón, 2005:245).

Resulta interesante detenernos en el potencial que, para la reconstrucción de sentido, representan las *oraciones adversativas*, es decir, aquellas unidas por la conjunción *pero* o sus variantes: *mas*, *sin embargo*, *no obstante*. Ducrot (1984:168) considera que estos conectivos proporcionan el ejemplo de morfemas que sólo pueden describirse en términos pragmáticos, ya que se refieren a efectos presentados por el propio acto de habla, o bien lo trascienden, al apelar a “implicaturas presuposicionales”; es decir, a lo que el hablante presupone que sus interlocutores saben o comparten con él.

Por ejemplo, en Calderón (2016:129) se encuentra el siguiente fragmento obtenido de un grupo local realizado en Tamaulipas para hablar en torno a la inseguridad y sus efectos en la población:

... siempre informan, *pero* no informan a nivel local, las noticias de aquí salen en otros lados ...nada de eso se ve aquí, noticias externas. Así como nosotros vemos noticias de otros lados, ellos ven las noticias de nosotros (GF, T, H, 25, licenciado en turismo).

Una mirada profunda a la conjunción adversativa (*pero*) informa sobre la concepción del informante, compartida con el grupo (*noticias de nosotros*), donde critica que los medios no cumplan con una de sus funciones: informar sobre lo que ocurre en la localidad (*aquí*), y más bien volver a la violencia un espectáculo para ser consumido (por *ellos*) en otros ámbitos. Las breves líneas del ejemplo anterior permitieron también advertir cómo los medios en los que la población (*nosotros*) se pueden informar provienen de fuera de

Tamaulipas, con lo cual se genera otro inconveniente: la información no es generada en el momento en que ocurren los hechos de violencia, sino después de que sucedieron, y dejan así de fungir como un elemento de orientación para la población directamente afectada.

En Rincón Gallardo (2015:133) encontramos otro ejemplo interesante del uso del *pero*, que permite ver cómo se van transformando las prácticas entre adolescentes en relación con el uso de teléfonos celulares, donde lo lúdico va incorporando una dimensión adversativa o de precaución ante el temor de que pese a la cordialidad (*nuestro grupo*) su imagen pudiera ser objeto de denostación pública, capaz de rebasar el “*nosotros mismos burlándonos a nosotros mismos a manera de juego*”:

Ceci: Últimamente en nuestro grupo, lo que se está dando es que ya todos están con el celular esperando a ver que alguien haga una cara chistosa o no sé, para tomarle una foto y entre el grupito estar circulando las fotos y pues nosotros mismos burlándonos de nosotros mismos a manera de juego, *pero* ya todos al pendiente del celular cuidándose de que no te vayan a tomar una foto.

En los ejemplos anteriores, es evidente el cúmulo de información que arroja una mirada detallada a la conexión adversativa *pero*, y se materializa de forma clara a qué se alude cuando sostenemos que los signos percibidos son apenas la punta de un *iceberg* cuyo sentido tiene profundas implicaciones.

Las *relaciones de subordinación* entre una oración principal y sus derivadas, también pueden ser de interés para el análisis de discurso; revisemos las principales:

*Concesivas*: son aquellas ligadas con la conjunción *aunque*, que definen una dificultad real o posible pese a la cual habrá de cumplirse lo planteado en la oración principal: “Viajaré a París, *aunque* no tenga dinero”, oración que implica que trasladarse a París requiere tener dinero. En el plano pragmático, la identificación de estas dificultades puede llevar al analista a internarse en condiciones que los informantes o los autores de los materiales analizados consideran como impedimentos para la consecución de algo, o bien como contradicciones en la lógica normal de un sistema.

En la misma tesis ya mencionada (Rincón Gallardo, 2015:83) se identificó un muy sugerente uso de la conjunción *aunque*. A decir de la joven informante, los adolescentes paulatinamente se ven compelidos (“*es imposible ya no estar dentro de una red social*”) a interactuar en las redes sociales:

Sofía: Yo creo que aquí ya todo mundo o sea, *aunque* no quieras, es imposible ya no estar dentro de una red social, es imposible, o sea...

*Condicionales:* son aquellas unidas por la conjunción *si*, que remite a una condición real o hipotética para que se cumpla la principal. Por ejemplo, “si...”. En Calderón (2016:142) encontramos una serie de enunciados precedidos por la conjunción “si” que dibujan dramáticamente las difíciles condiciones a las que se enfrenta la población frente a la violencia que asola Tamaulipas:

Vas en el carro y *si* viene uno cerca de ti dices: “me viene siguiendo y le vas...” yo tengo dos niños chiquitos y ya ni los amarro: “*si* me van a quitar el carro, *si* nos paran, ustedes no pregunten nada, para que el carro no se lo vayan a llevar con ustedes, *si* les dicen bájense, se bajan”. *Si* vas manejando voy *espejeando* por todos los espejos... (GF, NL, M, 32, ingeniera/maestra).

*Causales:* son aquellas que por medio de conjunciones como “*porque, pues, puesto que, ya que, etc.*”, introducen una relación de causa y efecto entre la oración principal y las subordinadas. En estas oraciones es muy interesante advertir el diferente sentido si se invierte el orden de presentación entre la principal (causa) y sus subordinadas (efecto): “Juan es feliz, *porque* está casado” vs “Juan está casado, *porque* es feliz”. En la investigación de Calderón (2016:143) encontramos cómo se está cambiando el paisaje urbano a causa de la violencia:

las primarias están cercado todas con block *porque* hay balceras...” (GF, NL, H, 26, jefe de seguridad).

Vemos así cómo, en el material obtenido en entrevistas, historias de vida o grupos focales, los analistas pueden encontrar en las conjunciones adversativas o subordinadas pistas que le conduzcan a la forma en que los informantes conciben, por medio de sus discursos, las condiciones que contradicen, alteran, condicionan o reafirman el orden normal de las cosas.

### **5.2.2. Autoconstrucción de hablante y construcción de interlocutores o adversarios**

Como ya hemos referido en el capítulo 2, John Austin fue uno de los pioneros en explorar las bases para la pragmática, al proponer el concepto de actos de habla, que implica que la lengua es acción, que no sólo hablamos para constatar cómo es el mundo, sino para intervenir en el mundo, es decir, para hacer cosas con el lenguaje.

La idea de que el lenguaje es acción, combinada con los elementos de la comunicación que propone Roman Jakobson, permite comprender el concepto de acciones discursivas, originalmente empleado para el análisis de discursos políticos, que

más adelante ha probado su utilidad en otros géneros, y que enfatizan al lenguaje como acción, y en consecuencia aluden a las formas en que el hablante se autoconstruye, construye a sus interlocutores o a sus adversarios.

Las acciones discursivas permiten identificar cómo se autoconstruye el hablante en un discurso, en ocasiones para ubicarse como el principal actor en la situación de enunciación (lo cual correspondería a la función emotiva según la refirió Jakobson); cuándo los interlocutores son el principal elemento de un discurso (función apelativa o conativa) y cómo se les construye, y de igual forma cuándo los adversarios son el elemento dominante de la acción discursiva, así como también de qué manera el discurso se orienta a cumplir una función referencial. En este sentido, en Salgado (2003:55-70) se propone identificar, para cada una de las unidades de análisis de un discurso, las siguientes acciones discursivas:

- ◆ Autoconstrucción de hablante: cuando el sentido principal de lo expresado radica en llamar la atención hacia el propio enunciador y sus acciones. Esta modalidad puede ser individual o colectiva.
- ◆ Construcción de interlocutores: el énfasis radica en conseguir la adhesión de aquellos a quienes se dirige el mensaje.
- ◆ Construcción de adversarios: el enunciador pretende poner en evidencia y desacreditar a aquellos o aquello que considera como sus contendientes o circunstancias a vencer en el juego político.
- ◆ Construcción del referente: lo principal es hacer explícito el contexto en el cual se emite el mensaje.

En el discurso político, la identificación de acciones discursivas permite reconocer los *sentidos* o dirección específica del discurso hacia uno de los actores (el propio hablante, sus interlocutores o sus adversarios), o bien hacia el propio contexto en el que tiene lugar.

En el discurso periodístico, una primera vía para identificar acciones discursivas específicas es reconocer en el mismo tres géneros básicos: informativos, interpretativos y de opinión. En este sentido, la acción discursiva fundamental para la prensa sería *informar*, que equivaldría a la función referencial de Jakobson. Una segunda acción consiste en *opinar*, que supone a la función emotiva como dominante, al estar centrada en el emisor, quien ofrece su punto de vista en torno a algo, y que no ha de ser necesariamente el propio columnista o periódico, pues es bastante factible que, en tanto que la prensa funge como mediador-testigo, pueda tratarse de una valoración *filtrada* por algún sujeto

político. Esta opinión podrá ser positiva (para adular, alabar, honrar, festejar, celebrar...) o negativa (criticar, refutar, rebatir, desmentir, contradecir...). Si bien existen diferencias de matiz entre cada uno de los anteriores ejemplos, es conveniente agruparlos en dos categorías suficientemente abarcadoras: *aprobar* o *criticar*. Por último, cabe recordar la función propagandística que se ejerce a través de la prensa, por lo cual se propone otra categoría: *persuadir*, que corresponde a la función conativa según el esquema de Jakobson.

Cabe advertir que estas cuatro funciones (informar, aprobar, criticar o persuadir) no tienen correspondencia precisa con los géneros discursivos, pues es bastante probable que una nota informativa sea redactada de tal suerte que refleje, de manera evidente, la opinión de quien la escribe y, por el contrario, que un editorial o artículo de fondo se limite a describir o narrar, con poca o nula valoración, acontecimientos periodísticos, o bien a *informar*, esto es, a dar cuenta de opiniones ajenas.

Otra posibilidad para el análisis del discurso de la prensa es aplicar para éste las mismas categorías diseñadas para el estudio de discursos políticos, tomando en cuenta las convergencias y divergencias entre ambos discursos:

*Autoconstrucción de hablante:* al considerar el periodismo y sus funciones, conviene distinguir entre hablante *individual* y hablante *colectivo*. En el primero, el sentido del discurso periodístico está encaminado a exponer el sentir, valoraciones, emociones o ideas del propio periodista. En el segundo, el de hablante colectivo, el periodista no se expresa a título personal, sino que expone sus opiniones como parte de un grupo, con quien se identifica, social, cultural o políticamente. Por su naturaleza, este tipo de acciones discursivas conciben al discurso de prensa como un discurso político, es decir, el periodista asume su papel como un actor político autorizado para expresar su punto de vista y generar acuerdos o disensos; por ello resulta interesante, para analizar géneros de opinión, aplicar esta categoría para identificar cuál es el papel que desempeña el periodista en determinado contexto político: ¿hace explícita su posición personal?, ¿se esgrime como el representante de algún grupo y, como tal, expone sus demandas?, ¿construye mensajes explícitos hacia algún personaje político?, ¿manifiesta su disenso frente a algún actor o hecho político?, ¿hace evidente su “neutralidad” frente a lo comentado?

*Construcción de interlocutores:* según Bajtín (1982: 285), el destinatario de un discurso puede representar un grupo diferenciado de especialistas en alguna esfera específica de la comunicación cultural, o bien un público más o menos homogéneo, un pueblo, contemporáneos, partidarios, opositores o enemigos, subordinados, jefes, inferiores, superiores, personas ajenas, etc.; también puede haber un destinatario absolutamente indefinido, un *otro* no concretizado [...] y todos estos tipos y conceptos de destinatario

se determinan por la esfera de la *praxis* humana y de la vida cotidiana a la que se refiere el enunciado. En el discurso periodístico, los destinatarios, es decir los interlocutores, pueden ser, en primera instancia, los propios lectores o bien otros actores sociales insertos en el contexto de la enunciación periodística, cuyo punto de vista resulta coincidente con el del diario o los periodistas.

*Construcción de adversario:* por lógica, puede considerarse la categoría dominante en discursos periodísticos específicamente encaminados a polemizar o denunciar a los actores o procesos políticos que actúan a contracorriente de un orden social deseado. El periodista o articulista se construye a sí mismo como una especie de conciencia colectiva, autorizado para señalar culpables o amenazar a quienes pudieran desquiciar el *statu quo*.

*Construcción del referente:* los discursos que se inscriben en esta categoría serían, en teoría, todos aquellos clasificados como géneros informativos, en tanto que cumplen con uno de los objetivos de la prensa: dar cuenta de *la realidad*.

El concepto de acciones discursivas puede trasladarse a otros géneros; por ejemplo, para el caso de las redes sociodigitales, específicamente para Twitter, fue empleado para analizar cómo los tuiteros han ido conformando reglas específicas de uso de esta red social, como se refiere sucintamente en la siguiente descripción (Salgado, 2017: 450-451):

*Autoconstrucción del tuitero:* para dar a conocer su vida: pasada y presente; construir y mostrar identidad; mostrar adhesión o inclusión hacia aquellos que son como él o ella o hacia aquellos que admira y a quienes desearía emular; para mostrar exclusión hacia los otros, los que considera distintos a él, aspecto que es punto de partida de los mensajes de discriminación tan socorridos en redes sociales.

*Construcción de interlocutores:* para mostrar su adhesión a ideales o personajes públicos, para despertar en otros esta adhesión; para construir o conservar redes (familiares, amistosas, laborales, ciudadanas (locales, nacionales, globales).

*Construcción de adversarios:* para rechazar a personajes públicos (principalmente políticos; para rechazar a los que no piensan o con quienes interactúa en el mundo real o en espacios sociodigitales.

*Construcción del referente en Twitter:* Para difundir y opinar sobre noticias en todos los ámbitos geográficos, principalmente temblores, asesinatos, muertes, noticias insólitas, rumores...

Los mecanismos de construcción de acciones discursivas comprenden al lenguaje en todas sus modalidades: palabras, gestos, posturas, imágenes o discursos multimodales,

como crecientemente ocurre con las redes sociodigitales. Así, examinando las palabras con las que un hablante se refiere a sí mismo, el tono de voz que emplea para dirigirse a sus adversarios o interlocutores (enérgico, suplicante, irónico), sus gestos, su vestimenta, las imágenes que utiliza en sus mensajes, los objetos que porta o la forma en que se apropia de los espacios, tendremos elementos para comprender cuándo el hablante, sus interlocutores o sus adversarios, se convierten en el elemento central del proceso discursivo.

En suma, el concepto de acciones discursivas tiene como punto de partida el hecho de que el lenguaje, además de tener significado, construye sentidos o direcciones específicas según los intereses, motivaciones, experiencias, valores o percepciones de quien enuncia y de sus destinatarios, sean éstos individuales o colectivos. Sólo puede aspirarse a comprender cuáles son estas acciones discursivas si se considera el contexto, a saber, las condiciones específicas de enunciación, a partir de las cuales se puede determinar cuáles son los actores principales en todo proceso de comunicación: los propios hablantes, sus interlocutores, los adversarios o el propio contexto.

### **5.2.3. Juegos del lenguaje, formas de vida, *ver cómo* y parecidos de familia**

Crecientemente las ciencias sociales, en especial la antropología y la ciencia política, han tornado la mirada hacia uno de los mayores exponentes de la filosofía del lenguaje, Ludwig Wittgenstein, quien en sus *Investigaciones filosóficas* incorpora, en ocasiones de formas sorprendentemente crípticas, reflexiones de gran utilidad para entender el papel del lenguaje en la vida humana. Si bien en el capítulo 2 de este trabajo abordamos algunos de sus planteamientos, retomamos algunos de ellos para proponerlos como una interesante vía para comprender al lenguaje en contexto: ¿qué papel desempeña el lenguaje en la vida humana?, ¿cómo evoluciona la vida humana y con ella el lenguaje?, ¿cómo se relacionan lenguaje y pensamiento?, ¿cómo interviene el lenguaje en nuestra visión del mundo?

Wittgenstein y sus planteamientos son una potente herramienta para ordenar y explicar los hallazgos de una mirada detallada a los discursos obtenidos como parte del trabajo de campo o el trabajo de archivo, trátense de entrevistas, diarios de campo, testimonios, documentos diversos, materiales obtenidos de redes sociodigitales, y que están formadas por signos verbales, no verbales, imágenes, objetos, espacios y en general todas las formas en que la cultura se expresa. Entre estos conceptos el principal es el de juegos del lenguaje, que alude a la práctica, a la actividad humana, a lo que hacemos diciendo o a lo que decimos haciendo, y que nos hace recordar una y otra vez que acción y palabra interactúan constantemente.

Sólo se pueden comprender los juegos del lenguaje si tomamos en cuenta el contexto; de hecho, el contexto es un juego de lenguaje. Un término acuñado por Wittgenstein que

ayuda a clarificar esta relación intrínseca entre contexto y juego de lenguaje es *forma de vida*. Hablar el lenguaje es parte de una forma de vida, de tal suerte que el analista puede encontrar cómo todos sus datos habrán de ayudarle a comprender cuál forma de vida subyace a las actitudes, opiniones, valoraciones o creencias de las personas o grupos sociales cuyas acciones, comportamientos o emociones pretende comprender.

No obstante, y considerando que el lenguaje y sus juegos son tan dinámicos como la vida misma, conviene tener presente la advertencia para no caer en esencialismos, es decir, en suponer que lo que observamos tiene necesariamente una forma rígida y estática. Para ello son de gran utilidad los conceptos de *ver como* y *semblanzas o parecidos de familia*.

El concepto *ver como* resulta una potente estrategia metodológica para que el investigador no pretenda atribuir significados únicos a los signos con los que se enfrenta, sino que debe siempre tener presente el concepto de perspectiva o perspectivismo, que puede determinar que una cosa, una acción, una palabra, un objeto, una imagen sea vista por sus informantes de múltiples y cambiantes maneras, y no necesariamente de una sola forma.

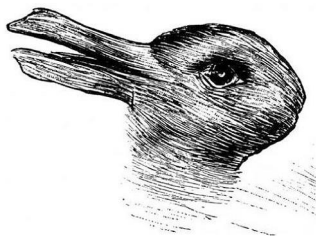


Imagen del célebre “patonejo” referido por Wittgenstein. ¿Un pato o un conejo? Ambos, aunque es imposible percibirlos al mismo tiempo.

Ilustrado con la clásica imagen de un pato-conejo, que puede ser visto sólo como pato o sólo como conejo, pero nunca como ambos al mismo tiempo, el investigador dispone así de una potente metáfora para saber que lo que él mira puede ser algo distinto a lo que miran otros, incluso él mismo puede mirarlo de forma diversa si se ubica en perspectivas distintas. Es evidente cómo este concepto puede ser de gran utilidad para la fase de interpretación, pues el investigador se confronta con palabras, imágenes, objetos, acciones cuya materialidad aparentemente es la misma, no así las múltiples interpretaciones que se generan, para el investigador o para las personas o grupos que pretende entender, cuando se cae en la cuenta de sus diversos aspectos, cuando se le vincula con la experiencia, valores o formas de percibir.

Por otra parte, el concepto de *parecidos de familia* alude a la manera en que las personas, o más específicamente, su pensamiento tiende a relacionar en conjuntos más o menos homogéneos lo que define a alguien o a algo. Trasladando este concepto a la

tarea del analista, los hallazgos que obtenga luego de su inmersión al lenguaje puesto en acción, le ayudará a dilucidar la forma en que las personas organizan sus percepciones, sus definiciones, sus actitudes en torno a esquemas más abarcadores, que guardan entre sí *parecidos de familia*.

Por ejemplo, si se busca estudiar la forma en que una persona o un grupo social conciben un concepto como el de feminismo, resultará útil considerar los diversos elementos, atributos o características, que expresados por medio del lenguaje, en un contexto determinado, se consideran propios de una feminista o de una lucha feminista, y evitar así interpretaciones guiadas por criterios rígidos o anquilosados que impiden captar el dinamismo que subyace al lenguaje y su uso en la vida humana.

En la Tabla 2 se presenta un ejemplo de las diversas características que podrían corresponder a personas (A, B, C, D, E, F) que se consideran a sí mismos parte de la cada vez más infaltable voz colectiva de los tuiteros, que constantemente se hacen presentes para opinar en torno a la vida pública. A las características o actividades brevemente enumeradas, se pueden añadir muchas otras, que contribuyen a comprender las complejas cualidades, inherentes o no, de quienes pueden identificarse a sí mismos, o ser calificados por otros, como un tuitero. Como se ve, es un gran riesgo proponer definiciones rígidas sobre a quién se puede o no atribuir una cierta identidad.

**Tabla 2**  
**Ejercicio de *parecidos de familia***  
**en torno a las características de un tuitero**

Actividad	A	B	C	D	E	F
Tiene cuenta en Twitter con su propio nombre	X			X	X	
Tiene cuenta en Twitter con un pseudónimo		X				X
Tiene una cuenta con una identidad impostada			X			
Tiene miles de seguidores	X	X	X			
Tiene menos de cien seguidores				X	X	X
Revisa Twitter constantemente	X	X	X			X
Sube tuits con contenido propio	X	X				
Comenta tuits frecuentemente	X	X			X	
Comenta tuits esporádicamente			X	X		X
Nunca comenta; sólo retuitea	X				X	
Valora la función política de Twitter	X	X		X	X	X
Valora la diversión que encuentra en Twitter	X		X	X		

Para una mayor comprensión de estos conceptos, que aquí sólo se han referido muy brevemente para llamar la atención sobre su gran potencial metodológico, además de la lectura directa de *Investigaciones filosóficas*, resulta esclarecedora la lectura de Jacorzynski (2011) o la de Tomasini (1994).

Concluimos así esta presentación de algunas propuestas teórico-metodológicas que pueden ayudar a sistematizar los resultados del análisis, integrarlos, entender qué nos dicen los datos duros obtenidos luego del análisis de discursos sobre sus posibles sentidos, en función de su contexto específico de enunciación.

### **5.3. Confrontar el análisis con la teoría: preguntas tentativas a manera de ejemplo**

Para cerrar estas reflexiones en torno a los posibles caminos a seguir para analizar discursos, es útil recordar el carácter interdisciplinario de esta propuesta teórico-metodológica. Como se planteó en el capítulo 1, en los discursos se materializan conceptos clave para las ciencias sociales tales como identidad, poder, representaciones sociales, construcción social de la realidad, memoria social o percepción.

El análisis sólo estará concluido una vez que la interpretación de los resultados obtenidos al sistematizar, segmentar e interrelacionar los elementos del discurso, y relacionar éstos con su contexto, permitan comprender las diversas y complejas formas en que, por medio del lenguaje, los actores sociales conciben, perciben, registran, transforman o se posicionan con el mundo que les rodea. Lo que sostiene Geertz a propósito de la interpretación antropológica puede ser fácilmente aplicable a tareas académicas realizadas desde cualquier disciplina:

Si la interpretación antropológica es realizar una lectura de lo que ocurre, divorciarla de lo que ocurre —de lo que en un determinado momento o lugar dicen determinadas personas, de lo que éstas hacen, de lo que se les hace a ellas, es decir, de todo el vasto negocio del mundo— es divorciarla de sus aplicaciones y hacerla vacua. Una buena interpretación de cualquier cosa —de un poema, de una persona, de una historia, de un ritual, de una institución, de una sociedad— nos lleva a la médula misma de lo que es la interpretación. Cuando ésta no lo hace así, sino que nos conduce a cualquier otra parte —por ejemplo, a determinar la elegancia de su redacción, la agudeza de su autor o las bellezas del orden euclidiano— dicha interpretación podrá tener sus encantos, pero nada tiene que ver con la tarea que debía realizar: desentrañar lo que significa todo ese enredo de las ovejas (Geertz, 2003: 30).

Por ello resulta tan importante el diseño epistemológico de una investigación, cuyo objeto de estudio integra elementos teóricos y metodológicos que en todo momento

sirven de guía para incursionar en los componentes empíricos, es decir, en los discursos. No obstante, hay que recordar que el análisis de discurso es un proceso dinámico, y que el investigador debe estar siempre alerta para reconocer si sus planteamientos teóricos iniciales requieren ampliarse o afinarse para captar, en toda su plenitud, las respuestas que el discurso le ofrece.

Para ejemplificar el potencial de la constante confrontación de la teoría con los datos obtenidos por medio del análisis, presentamos algunas posibles interrogantes organizadas a partir de los conceptos expuestos en el primer capítulo. Puesto que el uso social del lenguaje es un campo de estudio en constante desarrollo, aclaramos de antemano que existen muchos más enfoques teóricos y metodológicos que los que hemos abordado en este trabajo. Corresponderá a cada analista seguir explorando, en función de sus intereses específicos, el vasto campo teórico-metodológico que permite comprender la forma compleja y dinámica en que interactúan el discurso y el contexto.

### *El lenguaje como ideología*

¿Qué nos dicen los datos obtenidos en una entrevista o un grupo focal en torno a las creencias, valoraciones, prejuicios que las personas consideran como válidas? ¿Cuáles se expresan por medio de palabras, cuáles por medio de gestos, vestimenta, empleo de objetos determinados, cuáles por medio de acciones? ¿De dónde provienen estas creencias o valoraciones?, ¿cómo y por qué se confrontan con otras formas de pensar?

¿Qué creencias, valoraciones o prejuicios subyacen en lo que se publica en la prensa o la información que comparten usuarios en las redes sociales?, ¿cómo se expresan estas creencias, valoraciones o prejuicios en un encabezado de prensa, en las opiniones de un columnista, en la imagen que se coloca en un diario, en la fotografía que un usuario coloca en sus redes sociales?, ¿cómo interactúan las formas dominantes de pensamiento con los discursos de resistencia?

¿Qué creencias, valoraciones o prejuicios se expresan en las declaraciones de un político, de un empresario, de un practicante de alguna religión?, ¿cómo se expresan los consensos?, ¿cómo se expresan las divergencias?, ¿qué propicia los consensos?, ¿qué propicia las divergencias?

¿Qué creencias, valoraciones o prejuicios, expresadas en palabras, en imágenes o en acciones, son dominantes en una época, en un grupo social o en una comunidad geográfica determinada?

¿Quién comparte mi visión del mundo?, ¿qué visión considero que posee mi interlocutor?, ¿quiénes piensan distinto a mí o a nosotros?

¿Cómo interactúan los discursos de la vida cotidiana con los discursos educativos, de los medios de comunicación, religiosos, para ir conformando maneras específicas de ver y valorar el mundo que nos rodea?

### *El lenguaje como instrumento del poder*

¿Cómo opera el lenguaje para determinar, expresar, perpetuar o confrontar las relaciones de poder de un individuo o un grupo sobre otros individuos u otros grupos?

¿Qué nos dicen las palabras, los gestos, las imágenes, los objetos, el espacio o las acciones sobre los procesos por medio de los cuales el poder se disputa, se busca, se ejerce o desaparece?

¿Cómo operan las relaciones simbólicas para que quien detenta el poder obtenga el consenso de sus dominados?

¿Cómo opera el poder en los discursos de la vida cotidiana, en los discursos educativos, de los medios de comunicación, de la religión?

¿Cómo se expresan, por medio de palabras, imágenes, objetos, espacios o acciones, las relaciones donde un individuo o un grupo acepta su sometimiento con respecto a otros individuos o grupos?

¿Cómo se generan, por medio de palabras, imágenes, objetos, espacios o acciones, marcos interpretativos que intervienen en la comprensión de acontecimientos sociales y políticos?

¿Cómo me dirijo a los otros?, ¿los considero iguales, inferiores o superiores a mí?, ¿cómo marco la diferencia?, ¿al construirse como un *nosotros*, cambia la forma en que el hablante construye relaciones de poder?

### *Construcción de identidades*

¿Cómo se marcan, por medio de palabras, imágenes, vestimentas, objetos, espacios o acciones, fronteras entre nosotros y los otros?

¿Cómo construyen las personas su identidad en sus interacciones cotidianas?, ¿cómo la construyen por medio de redes sociales, por ejemplo, con el nombre de usuario,

la imagen que los identifica, los mensajes que publican, los usuarios a los que siguen, los grupos a los que se adhieren, los gustos y pasatiempos que declaran?

¿Qué dimensiones de la identidad de las personas son puestas en relieve por medio de su forma de hablar, incluidas las palabras que emplean, la entonación o el volumen de la voz?

¿Cómo se autoconstruyen, por medio de palabras, gestos, vestimenta, espacios, objetos o acciones, identidades específicas para contextos específicos?, ¿cómo estos elementos contribuyen en la heteroconstrucción de identidades?

¿Cómo podemos ver, por medio de palabras, gestos, vestimenta, objetos o espacios, un esfuerzo consciente o inconsciente de las personas con las que interactuamos en una investigación por parecerse o por diferenciarse de otros?

¿Cómo las palabras, gestos, vestimenta, objetos o espacios nos permiten reconocer identidades geográficas, étnicas o sociales específicas?

¿Quién es distinto a mí y queda excluido de mi ámbito de enunciación?, ¿quién se considera distinto a mí y me excluye de su ámbito de enunciación?

¿Quién es *yo* cuando el que enuncia se refiere a sí mismo?, ¿quiénes están incluidos por el hablante cuando se refiere a *nosotros*?, ¿quiénes forman parte del mundo que refiere?, ¿quiénes o qué se encuentra fuera del contexto de enunciación del hablante, pero referidos en su discurso?, ¿quién es igual a mí?, ¿quién es el Otro?

¿Cómo intervienen los discursos sociodigitales en los procesos de construcción de identidades globales?

¿Cómo interviene la propia identidad que el investigador construye de sí mismo (como investigador, estudiante, funcionario público, ciudadano) con la información que obtiene de las personas con quienes interactúa?

### *Construcción social de la realidad*

¿Cómo se relacionan las palabras, imágenes, objetos, espacios o acciones con la vida cotidiana de las personas que interactuamos?, ¿en qué coinciden con nuestra forma de ver la realidad?, ¿en qué se distinguen?

¿Las personas con las que interactuamos emplean distintos conceptos para nombrar una realidad aparentemente similar?

¿Por qué en el discurso político o el discurso periodístico se emplean unas palabras

en lugar de otras, por ejemplo, *países en vías de desarrollo* y no *países en la miseria*, *calentamiento global* y no *desastre ambiental*, *actos de corrupción* y no *delitos graves*?

¿Qué dicen las palabras, imágenes, objetos, espacios o acciones sobre los conocimientos, creencias, valores compartidos y prácticas que una comunidad considera válidos, lógicos y prudentes?

¿Cómo intervienen las palabras, imágenes, objetos, espacios o acciones para que cada individuo defina qué es útil, agradable, importante, bueno, malo?

¿Qué dicen las palabras, imágenes, objetos, espacios o acciones sobre tipificaciones, valoraciones o pautas susceptibles de ser compartidas?, ¿cómo se refleja en el lenguaje la transformación de estas tipificaciones, valoraciones o pautas?, ¿cómo contribuye el lenguaje a su transformación?

¿Qué dicen los discursos de las redes sociodigitales sobre lo que una comunidad considera útil, agradable, importante, bueno, malo?, ¿cómo contribuyen estos criterios para regular lo que circula en las redes sociodigitales?

### *Representaciones sociales*

¿Qué dicen las palabras, las imágenes, los objetos, los espacios o las acciones en torno a lo que por tradición y de manera espontánea forma parte de sentido común?

¿Qué atributos se expresan como ideales para una persona, una comunidad, una institución?

¿Qué características se consideran reprobables para una persona, una comunidad, una institución?

¿Con qué palabras se nombran las cualidades ideales o las características indeseables para una persona, una comunidad, una institución?

¿Con qué imágenes se muestran las cualidades ideales o las características indeseables para una persona, una comunidad, una institución?

¿Qué nos dicen las producciones discursivas sobre la forma en que evoluciona lo que por tradición o de manera espontánea forma parte del sentido común?, ¿cómo nos ayudan a detectar conflictos entre formas grupales de percepción individual y grupal en torno a nuevos fenómenos sociales y culturales?

¿Qué nos dicen las palabras, imágenes, símbolos, que una persona emplea en un comentario que produce o comparte en redes sociodigitales sobre lo que considera,

por tradición o de manera espontánea, parte del sentido común, sobre sus ideas, percepciones y creencias?

¿Qué nos dicen las palabras, imágenes, símbolos, que una persona emplea para saber a quién o a qué destaca, o a quién o qué invisibiliza?

### *Memoria social*

¿Cuáles eventos y emociones sociales están contenidos en los discursos que analizamos?

¿Cómo se imbrican los eventos y emociones colectivas con los eventos y emociones individuales?

¿De qué eventos y emociones se acuerdan las personas?, ¿cuáles de estos eventos y emociones son compartidas por otras personas que pertenecen al mismo grupo o comunidad?

¿Quiénes comparten mis recuerdos y, consecuentemente, forman parte de mi mismo grupo social?

¿Cuáles expresiones, narrativas, relatos, imágenes o percepciones son compartidas, por medio de palabras o imágenes por personas que pertenecen a un mismo grupo o comunidad?

¿De dónde provienen las expresiones, narrativas o relatos que las personas expresan en relación con el pasado de su comunidad?

¿En qué coinciden las expresiones, narrativas o relatos que comparten los informantes en el campo o que encontramos en documentos?, ¿en qué divergen?

¿Cómo se recurre a las expresiones, narrativas o relatos para valorar el presente compartido?

¿De acuerdo con lo que nos dicen los informantes o encontramos en discursos periodísticos o políticos, ¿qué episodios del pasado colectivo son incorporados en la memoria colectiva?, ¿cuáles han quedado en el olvido?

### *Percepción*

¿Qué nos dicen las palabras, imágenes, objetos, espacios o acciones sobre las prácticas o experiencias, que un grupo social considera relevante o destacable?

¿Qué nos dicen las palabras, imágenes, objetos, espacios o acciones sobre las prácticas y experiencias que parecen haber sido invisibilizadas por un grupo social?

¿Qué nos dicen las palabras, imágenes, objetos, espacios o acciones sobre la forma en que son percibidos los espacios?

¿Qué nos dicen las palabras, imágenes, objetos, espacios o acciones sobre la forma en que las personas y los grupos sociales a los cuales pertenecen filtran su realidad?

¿Qué nos dicen las palabras, imágenes, objetos, espacios o acciones sobre la forma en que paulatinamente se transforma la manera en que percibimos o filtramos el mundo que nos rodea?

¿Cómo intervienen las palabras, las imágenes o las acciones en la forma en que se transforma la manera en que percibimos o filtramos el mundo que nos rodea?

¿Cómo veo yo el mundo?, ¿quién lo ve igual que yo?, ¿quién no lo ve igual que yo?

Las preguntas anteriores son apenas una mínima muestra de las múltiples formas en que el analista podrá interrogar a sus materiales, una vez que los ha sistematizado, segmentado, registrado o comparado, con el fin de obtener respuestas que le ayuden a comprender cómo es el mundo que le rodea, cuáles son las problemáticas que le aquejan, cómo se va transformando, cómo se ha reconfigurado y, en última instancia, cómo puede contribuir a mejorarlo.

## CONCLUSIONES

Este trabajo se ha ido fraguando a lo largo de dos décadas, en las que he atestiguado, desde diversas disciplinas y campos profesionales, un creciente interés por los discursos y su estudio y en las que también he constatado cómo este interés no siempre llega a buen puerto, pues son muchos los escollos teóricos, metodológicos y prácticos a los que nos enfrentamos quienes analizamos discursos. Con los aspectos desarrollados en este trabajo, que se alimenta de numerosas experiencias de investigación y docencia, he pretendido mostrar una ruta más o menos clara, aun con el riesgo de caer en esquematizaciones excesivas, para compartir con estudiantes, profesores e investigadores provenientes de distintas disciplinas posibles caminos para aproximarse de formas diversas a los discursos en los que se materializan todas las formas de interacción individual, grupal, colectiva o incluso global. No necesariamente está dirigido a quien decida llevar adelante un esfuerzo formal para analizar discursos; bastará con dejar en claro el potencial de este concepto o, al menos, que al emplearlo se tenga conciencia de la amplitud de fenómenos a los cuales alude.

En este esfuerzo por mostrar qué es el discurso y su análisis, y cuáles han sido las corrientes, conceptos o autores a los que se puede recurrir en esta ambiciosa tarea, estoy consciente de que seguramente no están todos los que son, aunque sí son todos los que están. Si bien el campo de estudios del discurso encuentra amplios fundamentos en la lingüística y la semiótica, como ciencias por excelencia para estudiar al lenguaje, el diálogo con otras disciplinas ha sido constante y ha permitido comprender no sólo cómo están estructurados los lenguajes, cómo son sus signos, cómo se interrelacionan entre sí y con la realidad, sino también han permitido comprender cómo los lenguajes y sus signos evolucionan y se transforman; cómo el poder se ejerce mediante el lenguaje y cómo el lenguaje permite resistir y confrontar al poder; cómo podemos presentarnos y representarnos ante los otros por medio de lenguaje, y cómo el lenguaje define la forma en que los otros nos perciben; cómo interviene el lenguaje en la forma en que captamos el mundo, y cómo el mundo se transforma merced a la forma en que lo captamos.

Estos retos académicos exigen borrar fronteras disciplinarias, explorar la creatividad para emplear conceptos y estrategias metodológicas, que permitan aproximarse al lenguaje desde visiones amplias y complejas. La lingüística y la semiótica no pueden ya permanecer en un nicho consagrado exclusivamente al lenguaje y, peor aún, pretender que su estudio

les corresponde casi de manera exclusiva. A la vez, los antropólogos, sociólogos, psicólogos, historiadores, pedagogos, comunicólogos o en general cualquier científico social no puede ignorar que sus disciplinas están cada vez más involucradas con la forma en que los individuos y las sociedades se comunican.

Más allá de aspectos teóricos, donde las visiones interdisciplinarias se erigen como la vía más plausible para entender la compleja sociedad en que vivimos, es innegable que la tecnología ha propiciado una sociedad cada vez más avasallada por el lenguaje en todas sus modalidades. Así, a las tradicionales formas de interacción cotidiana y de comunicación por los medios tradicionales como la prensa, la radio, la televisión o el cine, se suman crecientemente muchas otras modalidades que han propiciado formas diversas, antes inimaginables, de transmisión de contenidos, formas de vida, valoraciones y experiencias, que imponen otras prácticas discursivas que requieren la inmediata atención de los analistas, como ocurre con las redes sociodigitales como Facebook, Twitter, Instagram o WhatsApp, para entender en qué nuevos universos discursivos transcurre ahora la vida humana.

Estas transformaciones tecnológicas han permitido formas de interacción, cooperación y transmisión de información que facilitan la interacción entre individuos y comunidades, y transforman la manera en que nos comunicamos, nos informamos, opinamos y participamos en deliberaciones colectivas. Investigadores y estudiantes provenientes de todas las disciplinas se percatan cómo el estudio de fenómenos tan diversos como las movilizaciones sociales, la democracia, los estudios de género, el impacto de la interculturalidad, la globalización, la migración, el arte, la sustentabilidad, la violencia, la diversidad sexual, la discriminación y la exclusión, las emociones colectivas y muchos otros temas que parecieran no tener relación alguna con la lingüística y la semiótica, los confrontan con discursos, palabras, imágenes y, en general, con sistemas de comunicación multimodales que exigen un acercamiento sistemático al lenguaje para comprender y proponer soluciones a problemáticas antes impensables.

Estas transformaciones tecnológicas tienen una doble cara en el aspecto académico. Por una parte, los investigadores han sido beneficiados, al aumentar como nunca antes su potencial para captar, almacenar y analizar discursos, comunicar sus hallazgos y consultar los de colegas en cualquier parte del mundo. Sin embargo, plantean también el riesgo de sumergirlos en cantidades abrumadoras de materiales que no parecen tener fin. Cualquier búsqueda del estado del arte, de teorías, de metodologías, arroja infinitas cantidades de libros, capítulos, artículos, ensayos, donde a las propuestas de pensadores clásicos se suma la creciente producción de investigadores, estudiantes y público interesado en analizar y opinar en torno a los discursos que nos rodean.

Frente a todo ello, y a sabiendas de que es importante proceder con cautela y de manera sistemática para enfrentarnos a cualquier discurso, pareció conveniente reunir un conjunto de experiencias concretas para mostrar un posible camino que incorpora, hasta donde es posible, diversas aristas relacionadas con la investigación cualitativa, en la que se enmarcan los estudios del discurso y los signos que lo conforman: verbales, no verbales, paraverbales, icónicos, multimodales o semióticos.

Por lo anterior, además de intentar ofrecer una explicación más o menos breve pero abarcadora para definir los discursos y sus camaleónicas formas, se incluyen también algunas reflexiones que atienden a un proceso que muchas veces no merece la debida atención: el diseño epistemológico de una investigación, que implica un diseño cuidadoso y sistemático de un objeto de estudio, a partir del cual debe formularse una pregunta que sirva de guía en todas las etapas: investigación sobre el estado del arte, diseño de un marco teórico-metodológico pertinente, elaboración de instrumentos para la recopilación y construcción de materiales empíricos y primeros pasos para sistematizarlos.

Aseverando de antemano que no existe una sola metodología para analizar el discurso, se ofreció una guía muy general en torno a las grandes etapas que comprende o debería comprender cualquier análisis de discurso. Corresponderá a cada analista tomar de esta guía lo que le permita diseñar y aplicar la mejor ruta posible para intentar aproximarse al sentido que subyace en los discursos, con el fin de contribuir al conocimiento de la realidad que nos circunda.

## BIBLIOGRAFÍA

- Abric, J.C. (2001), *Prácticas y representaciones sociales*, Ediciones Coyoacán, México.
- Aguayo, Adriana A. (2008), *Construcción de la otredad en la prensa nacional mexicana. Ideología y racismo en torno a la visión del indígena: 1988-1992*", tesis para obtener el grado de doctora en Antropología Social, CIESAS, México.
- Alarcos, E. (1995), *Gramática de la lengua española*, Espasa Calpe, Madrid, España.
- Algarabel, Nimbe Montserrat (2012), *De subversión, transgresión y alteridad: reconstrucción analítica de los discursos sobre la censura y el escándalo en el cine mexicano*, tesis para obtener el grado de doctora en Antropología, CIESAS, México.
- Alston, W. P. (1964), *Filosofía del lenguaje*, Alianza Editorial, Madrid, España.
- Alvarado Gamiño, Hugo H. (2013), *El impacto de las nuevas tecnologías en el uso del lenguaje de los jóvenes mexicanos*, tesis para obtener el grado de maestro en Comunicación, Facultad de Ciencias Políticas y Sociales, UNAM, México.
- Álvarez-Gayou, J. L. (2003), *Cómo hacer investigación cualitativa. Fundamentos y metodologías*, Paidós, México.
- Amossy, R. y Herschberg Pierrot, A. (2010), *Estereotipos y clichés*, Eudeba, Buenos Aires.
- Angenot, Marc (2010), *El discurso social. Los límites históricos de lo pensable y lo decible*, Siglo Veintiuno Editores, México.
- Aparici, R. y García-Matilla, A. (1998), *Lectura de imágenes*, Ediciones de la Torre, Madrid, España:
- Aristóteles. (1987), *Metafísica. Edición trilingüe por Valentín García Yebra*, Gredos, Madrid.
- Atkinson, D., Okada, H. y Talmay, S. (2011), "Ethnography and Discourse Analysis" en Hyland, K. y Paltridge, B. *Continuum Companion to Discourse Analysis*, Continuum, Londres/Nueva York.
- Aumont, J. (1992), *La imagen*, Paidós, Barcelona, España.
- Austin, J. (1982 [1962]), *Cómo hacer cosas con palabras*, Paidós, Barcelona, España.
- Bajtín, M. M. (1997 [1982]), *Estética de la creación verbal*, Siglo Veintiuno Editores, México.
- Barceló Aspeitia, A. A. (2004), "Sobre la idea misma de análisis semántico. Sobre "Tres métodos de análisis semántico" de Max Fernández de Castro", en *Signos Filosóficos*, 12, julio-diciembre, pp. 9-32.
- Beaugrande, R. A y Dressler, W.U. (1981), *Introduction to Text Linguistics*, Longman, Nueva York.

- Benveniste, Émile (1978 [1974]), *Problemas de lingüística general. II.*, Siglo XXI Editores, México.
- Berger, P. y Luckmann, T. (2001 [1968]), *La construcción social de la realidad*, Amorrortu Editores, México.
- Beristáin, H. (comp.) (2001), *El horizonte interdisciplinario de la retórica*, Instituto de Investigaciones Filosóficas/UNAM, México.
- Beuchot, M. (2011). *Perfiles esenciales de la hermenéutica*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Bolívar, A. (2007), *Análisis del discurso. Por qué y para qué*, Universidad Central de Venezuela/Los Libros de *El Nacional*, Caracas, Venezuela.
- Bourdieu, P., Chamboredon, J. C. y Passeron, J. C. (2002 [1973]), *El oficio de sociólogo. Presupuestos epistemológicos*, Siglo XXI Editores, Argentina.
- Bouveresse, J. (2006 [2000]), *Wittgenstein. La modernidad, el progreso y la decadencia*, Instituto de Investigaciones Filosóficas, UNAM, México.
- Briggs, C. (1986), *Learning how to ask. A sociolinguistic appraisal of the role of interview in social science research*, Cambridge University Press, Cambridge, Inglaterra.
- Briggs, J. y Peat, D. (2000), *Las siete leyes del caos. Las ventajas de una vida caótica*. Grijalbo Mondadori, Barcelona, España.
- Calderón Santos, Lucía L. (2016), *Percepción y reacción de los tamaulipecos en relación al manejo del gobierno en la crisis de seguridad*, tesis para obtener el grado de doctora en Ciencias Políticas y Sociales, con orientación en Ciencias de la Comunicación, Facultad de Ciencias Políticas y Sociales, UNAM, México.
- Calsamiglia, H. y Tusón, A. (1999), *Las cosas del decir. Manual de análisis del discurso*, Ariel, Barcelona, España.
- Candau, J. (2002), *Antropología de la memoria*, Ediciones Nueva Visión, Buenos Aires, Argentina.
- Carbó, T. (2001 a), “La constitución del corpus en análisis de discurso”, *Escritos. Revista del Centro de Ciencias del Lenguaje*, núm. 23, 17-47.
- Carbó, T. (2001 b), “Regarding reading. On a methodological approach” en María Laura Pardo (ed.), *Political Discourse Analysis in Latin America*, número especial de *Discourse & Society*, Sage Publications, Londres, pp. 7-9.
- Carbó, T. (2002). “Investigador y objeto: una extraña/da intimidad”, *Iztapalapa*, número 53 (julio-diciembre de 2002), pp. 15-32.
- Castro Méndez, E. N. (2010), *La construcción ideológica de Occidente en discursos de organizaciones islamistas vinculadas con la red Al-Qaeda (2001-2005)*, tesis para obtener el doctorado en Ciencias Políticas y Sociales, Facultad de Ciencias Políticas y Sociales, UNAM, México.
- Charaudeau, P. (1986), “Semiolingüística y comunicación”, *Núcleo-4*, U. C. V., Caracas, en: <http://www.patrick-charaudeau.com/Semiolingüística-y-Comunicación.html>

- Chartier, R. (1992), *El mundo como representación. Estudios sobre historia cultural*, Gedisa, Barcelona, España.
- Chomsky, N. (1970 [1965]), *Aspectos de la teoría de la sintaxis*, Aguilar, Madrid, España.
- Collier, M. (2007), “Approaches to analysis in visual anthropology” en Van Leeuwen, T y Jewitt, C., *Handbook of Visual Analysis*, Sage Publications, Londres/California.
- Comas, J., Infante, V., Martello A., Ríos, S., Fernández, A., Recio, E., Spizzirri, V., Benedetto, A. y Etchaire-Curuchet, R. (2011), *Ensayos sobre discursología. Políticas del discurso y el psicoanálisis contemporáneo*, Laborde, Argentina:
- Connerton, P. (2006 [1989]), *How societies remember*, Cambridge University Press, Cambridge, Inglaterra.
- Cooper, D. E. (2002), “Filosofía del lenguaje” en Payne, M. (comps.), *Diccionario de teoría crítica y estudios culturales*, Paidós, Buenos Aires, Argentina.
- Coronado, G. y Hodge, B. (1998), “La cultura como diálogo: semiótica social para antropólogos mexicanos”, *Dimensión Antropológica*, 12 (enero-abril), <http://www.dimensionantropologica.inah.gob.mx/?p=1359>
- Curcó, C. y Ezcurdia, M. (2009), “Identidad personal e identidad cultural: un panorama” en C. Curcó y M. Ezcurdia (comps.), *Discurso, identidad y cultura. Perspectivas filosóficas y discursivas*, UNAM, México.
- Crystal, D. (1993), *Enciclopedia del lenguaje de la Universidad de Cambridge*, Taurus, Madrid, España.
- Davies, B. y Harré, R. (2007 [1990]), “Posicionamiento: La producción discursiva de la identidad”, *Athena Digital*, 12.
- Ducrot, O. (1984), *El decir y lo dicho*, Librería Hachette, Buenos Aires, Argentina.
- Eco, U. (1986), *La estrategia de la ilusión*, Editorial Lumen, Barcelona, España.
- Eco, U. (1988), *Tratado de semiótica general*, Editorial Lumen, Barcelona, España.
- Eliade, M. (1991 [1963]), *Mito y realidad*, Editorial Labor, Barcelona, España.
- Fairclough, N. (1995), *Critical Discourse Analysis: The Critical Study of Language* (Language in social life), Addison-Wesley Publications, Londres, Inglaterra.
- Folguera, P. (1994), *Cómo se hace historia oral*, Eudema, Madrid, España.
- Foucault, M. (1967 [1964]). *Historia de la locura en la época clásica*, FCE, México.
- Foucault, M. (1980), *Microfísica del poder*, Las Ediciones de la Piqueta, Madrid, España.
- Foucault, M. (1982), *La arqueología del saber*, Siglo XXI Editores, México.
- Foucault, M. (1986 ([1966]), *Las palabras y las cosas. Una arqueología de las ciencias humanas*, Siglo XXI Editores, México.
- Foucault, M. (1988), “El sujeto y el poder”, *Revista Mexicana de Sociología*, 50(3), pp. 3-20.
- Foucault, M. (1991), *Vigilar y castigar. Nacimiento de la prisión*, Siglo XXI Editores, México.

- Fowler, R. y Kress, G. (1983 [1979]), “Reglas y regulaciones”, en Fowler, R., Hodge, B., Kress, G. y Trew, T., *Lenguaje y control*, FCE, México.
- Fowler, R. y Kress, G. (1983), “Lingüística crítica” en Fowler, R., Hodge, B., Kress, G., y Trew, T., *Lenguaje y control*, Fondo de Cultura Económica, México.
- Fowler, R., Hodge, B., Kress, G. y Trew, T. (1983), *Lenguaje y control*, Fondo de Cultura Económica, México.
- Gee, J. P. (2002), *An Introduction to Discourse Analysis: Theory and Method*, Routledge, Gran Bretaña.
- Geertz, C. (2003 [1973]), *La interpretación de las culturas*, Gedisa, Barcelona, España.
- Giménez, G. (2005), *La cultura como identidad y la identidad como cultura* en <http://perio.unlp.edu.ar/teorias2/textos/articulos/gimenez.pdf>
- Giménez, G. (2008), *El debate político en México a finales del siglo XX. Ensayo de análisis del discurso*, UNAM, México.
- Giménez, G. (2009), *Identidades sociales*, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes e Instituto Mexiquense de Cultura, México.
- Godínez, C. (2014), *Prensa y construcción semiótica en el marco del proceso electoral del 2006 en México*, tesis para obtener el grado de doctora en Antropología, CIESAS, México.
- Goffman, E. (1981 [1959]), *La presentación de la persona en la vida cotidiana*, Amorrortu Editores, Buenos Aires, Argentina.
- González Bedolla, J. (1989), “Prólogo a la edición española” en Perelman, Ch. y Olbrechts-Tyteca, L., *Tratado de la argumentación. La nueva retórica*, Editorial Gredos, Madrid, España.
- González, S. (2009), *Géneros periodísticos 1. Periodismo de opinión y discurso*, Trillas, México.
- González, S. (coordinadora) (2010), *Teorías del discurso. Antología*, Facultad de Ciencias Políticas y Sociales, UNAM, México.
- González, C. (2001), *Apuntes acerca de la representación*, UNAM, México.
- Goodwin, C. (1994), “Professional vision”, *American Anthropologist*, 96(3).
- Guiraud, P. (1972 [1971]), *La semiología*, Siglo XXI Editores, México.
- Gutiérrez, I. M. (2011), *Argumentos en el debate legislativo sobre la despenalización del aborto en el Distrito Federal (2006-2007)*, tesis para obtener el grado de doctora en Ciencias Políticas y Sociales, con orientación en Comunicación, Facultad de Ciencias Políticas y Sociales, UNAM, México.
- Gutiérrez, S. (2014), “Emociones y representaciones sociales. Reflexiones teórico-metodológicas” en Flores-Palacios, F. (coord.), *Representaciones sociales y contextos de investigación con perspectiva de género*, CRIM, UNAM, México.
- Habermas, J. (2002 [1981]), *Teoría de la acción comunicativa, I. Racionalidad de la acción y racionalización social*, Taurus, México.

- Habermas, J. (2010 [1984]), *Ciencia y técnica como "ideología"*, Tecnos, Madrid, España.
- Halbwachs, M. (2004 [1994]), *Los marcos sociales de la memoria*, Anthropos Editorial, Barcelona, España.
- Hall, E. (1990 [1959]), *El lenguaje silencioso*, Alianza Editorial Mexicana/CONACULTA, México.
- Hall, E. (2001 [1966]), *La dimensión oculta*, Siglo XXI, México.
- Hall, S. (2003), "¿Quién necesita identidad?" en Hall, S y Du Gay, P. (comps.), *Cuestiones de identidad cultural*, Amorrortu, Buenos Aires, Argentina.
- Halliday, M.A.K. (1982), *El lenguaje como semiótica social. La interpretación social del lenguaje y del significado*, Fondo de Cultura Económica, México.
- Hare, R. M. (1975), *Lenguaje de la moral*, Instituto de investigaciones Filológicas, UNAM, México.
- Harris, Z. (1963 [1951]), *Structural Linguistics*, University of Chicago Press, Chicago, Estados Unidos.
- Hernández, R. (2012), *Fragmentación socioeconómica y espacios públicos de interacción en la Ciudad de México. Análisis semiótico de la desigualdad social contemporánea*, tesis para obtener el grado de doctor en Antropología, CIESAS, México.
- Hodge, R. y Kress, G. (1995 [1988]), *Social Semiotics*, Cornell University Press, Ithaca, Nueva York, Estados Unidos.
- Hodge, B. (2017), *Social Semiotics for a Complex World*, Polity, Cambridge.
- Hodge, B., Salgado, E. y Villavicencio, F. (2018), "Semiotics of corruption: ideological complexes in Mexican politics", *Social Semiotics*. DOI: 10.1080/10350330.2018.1500510.
- Hymes, Dell. (1972), "Models of the interaction of language and social life" en Gumperz, J. y D. Hymes (eds.), *Directions in Sociolinguistics. The Ethnography of Communication*. Basil Blackwell, Nueva York.
- Hymes, D. (1976), "La sociolingüística y la etnografía del habla" en Ardener, E., *Antropología social y lenguaje*, Paidós, Buenos Aires.
- Ingold, T. (2012), *Ambientes para la vida. Conversaciones sobre humanidad, conocimiento y antropología*, Trilce, Montevideo, Uruguay.
- Jäger, S. (2008), "Discurso y conocimiento: aspectos teóricos y metodológicos de la crítica del discurso y del análisis de dispositivos" en Wodak, R. y Meyer, M., *Métodos de análisis crítico del discurso*, Gedisa, Barcelona, España.
- Jakobson, R. (1981 [1974]), "El lenguaje común de antropólogos y lingüistas. Discurso de clausura del Congreso de antropólogos y lingüistas celebrado en la Universidad de Indiana en 1952" en *Ensayos de lingüística general*, Seix Barral, Barcelona, España.
- Jakobson, R. (1981 [1974]), *Ensayos de lingüística general*, Seix Barral, Barcelona, España.

- Jacorzynski, W. (2008), *En la cueva de la locura: Aportación de Ludwig Wittgenstein a la antropología social*, CIESAS, México.
- Jacorzynski, W. (2011), “La filosofía de Ludwig Wittgenstein como una nueva propuesta para la antropología y las ciencias sociales” en *Sociológica*, vol. 26, núm. 74, sep/dic., México, [http://www.scielo.org.mx/scielo.php?script=sci\\_arttext&pid=S0187-01732011000300006](http://www.scielo.org.mx/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S0187-01732011000300006)
- Jodelet, D. (2008), “El movimiento de retorno al sujeto y el enfoque de las representaciones sociales” en *Cultura y representaciones sociales. Un espacio para el diálogo transdisciplinario, Revista Electrónica de Ciencias Sociales*, año 3, número 5.
- Knapp, K. (1972), *La comunicación no verbal. El cuerpo y el entorno*, Paidós Comunicación, Buenos Aires, Argentina.
- Kress, G. (1983), “Los valores sociales del habla y la escritura” en Fowler, F., Hodge, B., Kress, G., y Trew, T., *Lenguaje y control*, Fondo de Cultura Económica, México.
- Kress, G. y Fowler, R. (1983), “Entrevistas” en: Fowler, R., Hodge, B., Kress, G., y Trew, T., *Lenguaje y control*, Fondo de Cultura Económica, México.
- Laguarda, R. (2003), *Formación de identidad en los bares gay de la Ciudad de México*, tesis para obtener el grado de maestría en Antropología Social, CIESAS, México.
- Lakoff, G. y Johnson, M. (1995), *Metáforas de la vida cotidiana*, Cátedra, Madrid, España.
- Leeds-Hurwitz, W. (1993), *Semiotics and Communication: Signs, Codes, Cultures*, Lawrence Erlbaum Associates, Publishers, New Jersey.
- Llamas, A. L. (2010), *Los locos en calidad de detenidos en el manicomio general de la Ciudad de México. Complejos ideológicos detrás de la intersección del crimen con la locura en los albores del siglo XX*, tesis para obtener el doctorado en Antropología, CIESAS, México.
- Lyons, J. (1995 [1981]), *Lenguaje, significado y contexto*, Paidós, Barcelona, España.
- Marx, C. y Engels, F. (1970 [1932]), *La ideología alemana. Crítica de la novísima filosofía alemana en las personas de sus representantes Feuerbach, B. Bauer y Stirner y del socialismo alemán en las de sus diferentes profetas*, Ediciones Grijalbo, Barcelona, España.
- Mier, R. (1993), “Derroteros del análisis” en *Discurso. Teoría y análisis*, 14, Primavera, UNAM.
- Mondragón, S. J. (2017), *Prensa popularizada: El Gráfico y Metro y su construcción periodística del sujeto popular*, tesis para obtener el doctorado en Ciencias Políticas y Sociales, Facultad de Ciencias Políticas y Sociales, UNAM, México.
- Morris, Ch. (1971 [1938]), *Fundamentos de la teoría de los signos*, Paidós, Barcelona, España.
- Müller, M. y Halder, A. (1976), *Breve diccionario de filosofía*, Editorial Herder, Barcelona, España.
- Norris, C. (2006 [2002]), “Discurso” en Payne, M. (comp.), *Diccionario de teoría crítica y estudios culturales*, Paidós, Barcelona, España.

- Ong, W. (1997 [1982]), *Oralidad y escritura. Tecnologías de la palabra*, Fondo de Cultura Económica, México.
- Paz, O. (1974), *El mono gramático*, Seix Barral, Barcelona, España.
- Paz, E. (2015), *El barrio de La Merced: una memoria desde la experiencia de sus habitantes*, tesis para obtener el grado de maestra en Antropología Social, CIESAS, México.
- Pêcheux, M. (1978 [1969]), *Hacia el análisis automático del discurso*, Editorial Gredos, Madrid, España.
- Perelman, Ch. y Olbrechts-Tyteca, L. (1989), *Tratado de la argumentación. La nueva retórica*, Editorial Gredos, Madrid, España.
- Pericot, J. (2002), *Mostrar para decir. La imagen en contexto*, Universidad Autónoma de Barcelona, Barcelona, España.
- Pitkin, H. F. (1985 [1972]), *Wittgenstein and Justice. On the Significance of Ludwig Wittgenstein for Social and Political Thought*, University of California Press, Berkeley/Los Angeles/Londres.
- Plantin, Ch. (2001), *La argumentación*, Editorial Ariel, Barcelona, España.
- RAE (Real Academia Española) (2017), *Diccionario de la lengua española*, <http://dle.rae.es/?id=2Vga9Gy>
- Ricoeur, P. (1999), *La lectura del tiempo pasado: memoria y olvido*, Arrecife Producciones, Madrid, España.
- Ricoeur, P. (2003), *La memoria, la historia, el olvido*, Fondo de Cultura Económica, México.
- Rincón Gallardo, P. (2015), *Teléfonos celulares y adolescentes: universos simbólicos en construcción*, tesis para obtener el grado de maestra en Antropología, CIESAS, México.
- Rodríguez, E. (2008), *La marcha de protesta como un texto multimodal*, tesis para obtener el doctor en Antropología, CIESAS, México.
- Salgado, E. (2003), *El discurso del poder. Informes presidenciales en México, 1917-1946*, CIESAS/Miguel Ángel Porrúa, México.
- Salgado, E. (2009), *¿Qué dicen los periódicos? Reflexiones y propuestas para el análisis de la prensa escrita*, CIESAS, México.
- Salgado, E. (2012), “Indígenas en la prensa mexicana en el contexto electoral de fines del foxismo”, *ALED*, 12(2).
- Salgado, E. (2014), “Cómo decir cosas con acciones? Reflexiones sobre la naturaleza discursiva de la acción” en Méndez Martínez, J. L., Salgado Andrade, E. y A. Torrentera, *Filosofía y antropología: interconexiones*, CIESAS, México.
- Salgado, E. (2017), “Los tuiteros frente al poder. Estrategias de la confrontación discursiva” en Hernández Ruiz, L. y Salgado Andrade, E., *Estudios del discurso en México. Nuevas prácticas, nuevos enfoques*, UNAM, México.

- Salgado Andrade, E. y Villavicencio Zarza, F. (2013), “Reconstrucción periodística de nuevas formas de vida democrática (la “marcha del silencio”, abril de 2005)”, *Desacatos*, septiembre-diciembre 2013, CIESAS, México.
- Saussure, F. (1980 [1916]), *Curso de lingüística general*, Akal Editor, Madrid, España.
- Secretaría de Educación Pública (2016), *Programa @prende 2.0. Programa de Inclusión Digital. 2016-2017*, Secretaría de Educación Pública, México, <https://www.gob.mx/cms/uploads/attachment/file/162354/NUEVOPROGRAMAPRENDE2.0.pdf>
- Schiffirin, D., Tannen, D. y Hamilton, H. (2001), *The Handbook of Discourse Analysis*, Malden, Blackwell Publishers, Massachusetts/ Oxford, UK.
- Schütz, A. (1972), *Fenomenología del mundo social*, Paidós, Buenos Aires.
- Signorelli, A. (1999), *Antropología urbana*, Editorial Anthropos, México.
- Thomas Muñoz, R. (2012), *El discurso de la sustentabilidad, un análisis mediático y social*, tesis para obtener el grado de doctora en Ciencias Sociales, Universidad de Colima, Colima, México.
- Tomasini Bassols, A. (1994), *Lenguaje y antimetafísica. Cavilaciones wittgensteinianas*, INBA/ Interlínea, México.
- Ullmann, S. (1978 [1965]), *Semántica. Introducción a la ciencia del significado*, Aguilar, Madrid, España.
- Valdés Teja, V. (2006), *Familia y mundos posibles: la percepción del ideal de vida de padres e hijos de familia de la Ciudad de México en el siglo XXI*, tesis para obtener la maestría en Antropología Social, CIESAS, México.
- Van Dijk, T. A. (1997), *Racismo y análisis crítico de los medios*, Paidós, Barcelona, España.
- Van Dijk, T. A. (comp.) (2000a), *El discurso como estructura y como proceso. Estudios sobre el discurso. Una introducción multidisciplinaria*, Gedisa, Barcelona, España.
- Van Dijk, T. A. (comp.) (2000b), *El discurso como interacción social. Estudios sobre el discurso II. Una introducción*, Gedisa, Barcelona, España.
- Van Dijk, T. A. (2003), “La multidisciplinariedad del análisis crítico del discurso: un alegato en favor de la diversidad” en Wodak, R. y Meyer, M. (2003), *Métodos de análisis crítico del discurso*, Gedisa, Barcelona, España.
- Van Dijk, T. A. (2010), “Discurso, conocimiento, poder y política. Hacia un análisis crítico epistémico del discurso”, *Revista de Investigación Lingüística*, núm. 13.
- Van Dijk, T. A. (2012 [1980]), *Estructura y funciones del discurso, una introducción interdisciplinaria a la lingüística del texto y a los estudios del discurso*, Siglo XXI Editores, México.
- Van Leeuwen, T. (2007), “Semiotics and Iconography” en Van Leeuwen, T. y Jewitt, C. *Handbook of Visual Analysis*, Sage Publications, Londres/California.
- Vignaux, G. (1986 [1976]), *La argumentación. Ensayo de lógica discursiva*, Hachette, Buenos Aires.

- 
- Vygotsky, L. S. (1996), *Pensamiento y lenguaje. Teoría del desarrollo cultural de las funciones psíquicas*, Ediciones Quinto Sol, México.
- Watzlawick, P., Beavin Bavelas, J. y Jackson, D. D. (2008 [1967]), *Teoría de la comunicación humana. Interacciones, patologías y paradojas*, Herder, Barcelona, España.
- Wittgenstein, L. (1988 [1953]), *Investigaciones filosóficas*, Crítica, Barcelona, España.
- Wodak, R. y Meyer, M. (2003), *Métodos de análisis crítico del discurso*, Gedisa, Barcelona, España.

*Los estudios del discurso en las ciencias sociales* libro digital editado por la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales de la Universidad Nacional Autónoma de México se terminó el 16 de octubre de 2019, en los talleres de Comercial de Impresos MB, Petróleos Mexicanos 11, Col. Petrolera Taxqueña, Alcaldía Coyoacán, C.P. 04410, CDMX. En su composición se usó el tipo Garamond 11.5/14.5. El cuidado de la edición estuvo a cargo de Domingo Cabrera Velázquez.